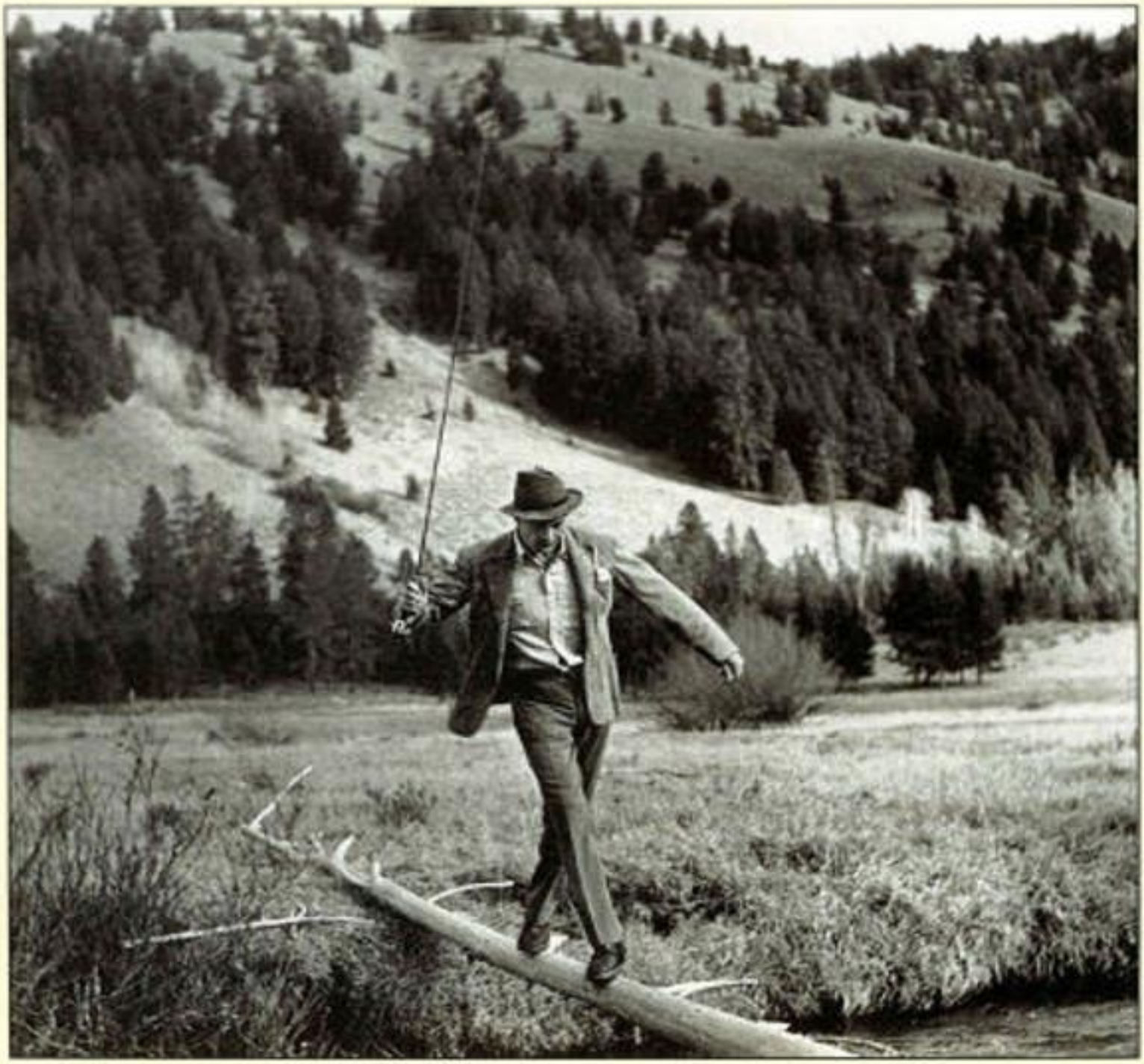
Ray Loriga

Trífero



Lectulandia

¿Quién es Trífero? Personaje inesperado en el panorama literario español, sus raíces habría que perseguirlas seguramente en alguno de los interesantísimos bellacos creados por Nabokov, aunque no está tampoco lejos de la tradición del pícaro. Su vida, o mejor sus vidas, nos llevan desde Escandinavia junto a su esposa, la dulce Lotte, hasta Nueva York, donde se embarcará en una insensata farsa en busca de escurridizos universos paralelos.

Jamás un encantador embustero estuvo tan cerca de engatusar a la respetable comunidad científica.

Lectulandia

Ray Loriga

Trífero

ePub r1.0
Titivillus 26.06.15

Título original: *Trífero*
Ray Loriga, 2000

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

…venía de muy lejos. Era nieto
de príncipes vencidos

ALEJO CARPENTIER

Only appearances are fertile;
they are gateways to the primordial.

ROBERT SMITHSON

I

SILENCIO

No diré su nombre.

Cuando la lluvia dejó por fin de golpear la superficie del lago, llegaron la nieve y el hielo y luego, como cada año, la primavera. Al animarse el bosque y los jardines de la vieja mansión Happensauer, Saúl Trífero, contrario al ritmo de todas las cosas, se encogía.

Jamás diré su nombre. Insiste. Levantando entre su determinación y sus verdaderos impulsos un muro coronado con alambre de espino, como los que alzan entre sí países en guerra. Para luego, cubierto ya por la oscuridad de la noche, arrastrarse de un lado al otro como un desertor o un fugitivo. Cruzando desde este lado; la renuncia, hasta el otro; su nombre.

Saúl Trífero se da cuenta entonces de que está de pie, sin motivo, y vuelve a sentarse. Se asusta: ¡A lo mejor hasta he alzado la voz! ¡Qué tontería!, vea usted que ni siquiera llevo una foto de ella en la cartera. (Saca unos billetes doblados y la cuenta de su ultimo almuerzo.)

Enseguida él mismo se pregunta: ¿Y eso qué demonios prueba? ¿No son siempre los culpables los primeros en mostrar las manos limpias? Si hubiera sido capaz de vivir mi vida con mayor dignidad. Se lamenta Trífero. De labios de reyes y emperadores se ha escuchado el mismo lamento. (Ahora se seca la frente con un pañuelo.) ¡Las bromas del destino! Cuanto más cree alejarse de su nombre, más crece la sombra de su esposa que amenaza ya su propia sombra. Cuanto más lejos está del lago, más clara le parece el agua y más oscuro el fondo. ¿No crecen de igual manera los secretos cuanta más tierra los cubre?

Y hubiera sido tan fácil, al recordar sus gruesos tobillos, sus manos fuertes, sus absurdos postres, ah la repostería, qué ciencia más difícil, al volver a verla en suma en esas otras fotografías que se recuperan al cerrar los ojos y se pierden al abrirlos, hubiera sido tan sencillo —sentado, en pie, en voz baja o a voz en grito— haber dicho, sólo una vez y para siempre, las cinco letras que aún le separaban, apenas cinco pasos del recuerdo de su esposa.

Habría confesado sus pecados, uno a uno, y habría calculado con diabólica exactitud el montante de sus deudas, sin reparos.

Cuántas cosas habría dicho Saúl por no decir Lotte.

Por lo demás, no será ésta la primera vez, ni la última, que empieza a contarse la historia de un hombre desde el final. Ni debiera sorprender a nadie que saltemos de aquí a allá, ni de allá de vuelta hasta aquí, guiados no sólo por el capricho, que también, sino por la necesidad de hacer justicia al color del retrato, tan importante o más que el propio contorno. Se puede reconstruir una vida enfrentando la luz de los

salones a la penumbra de las buhardillas, las tazas de té a los tragos de vodka, los besos a las traiciones. Enfrentando estos momentos sin importancia a aquellos acontecimientos devastadores a los que, engañados por el ruido, otorgamos un peso exagerado. Al fin y al cabo, la brisa y los huracanes quedan marcados de manera idéntica en la serie casi infinita de círculos concéntricos que dan cuenta del paso del tiempo en el tronco de un árbol talado.

AL NORTE DE LA RUTA ROMÁNTICA

Mas círculos. Los que van describiendo las vías del ferrocarril a lo ancho de Alemania. De Berlín a Leipzig, de Leipzig a Múnich, de Múnich, pasando por Núremberg, hacia Frankfurt y de allí a Colonia. ¿Y, ahora mismo, dónde? Ahora mismo en Aschaffenburg, una pequeña población que vio tiempos mejores pero que apenas los recuerda, obligada a vivir de rodillas frente a Frankfurt, a la que sirve de oportuno desahogo o, como dice la guía, de ciudad dormitorio. También habría que aclarar, siempre según la guía, que no se trata técnicamente del norte de la ruta romántica, *Romantische Strasse*, sino de la *Strasse der Residentz*, otra de las grandes rutas turísticas que cruzan Alemania. La guía, por cierto, no la lleva Trífero, a él no podrían importarle menos el nombre de las ciudades o los ríos por los que pasa, sino Agedor Grenen, el emprendedor abogado que recorre tras él los mismos caminos. ¿De dónde viene el bueno de Agedor? Pues es difícil de decir. Viene de Oslo, de la oficina central de Angsbar, Jorgen y Dretzel, la más prestigiosa firma de abogados de toda Noruega, pero la pista de Trífero le ha llevado ya de Nueva York a Berlín y de allí a Múnich y ahora hasta Aschaffenburg. En realidad, Agedor llegó a Berlín esperando encontrar un hombre muerto, pero un amable jardinero filipino le informó de que el difunto doctor Trífero había salido, apenas una semana antes de su llegada, rumbo a Leipzig.

Mientras Agedor repasa la dichosa guía y se promete, si hay tiempo, visitar la iglesia de los santos Pedro y Alejandro, Saúl Trífero decide hacer noche en un modesto hotel que suma tan sólo seis habitaciones sobre un alegre café animado por un nutrido grupo de ancianitas locales y sus correspondientes tartas.

—¿Más té? —pregunta una robusta camarera que a Saúl le recuerda con dolor a su propia robusta esposa.

—No, gracias —responde Saúl, haciendo lo posible por mirar hacia otro lado cuando la adorable joven le pone los muslos a la altura de la boca y a la distancia de un mordisco.

—¿Va usted muy lejos? —pregunta entonces la muchacha.

—Voy a Colonia —responde Saúl.

—Colonia —añade la camarera—, qué bonito.

Y después se va y Saúl se queda más tranquilo, pero al poco ella vuelve y se planta de nuevo frente a su mesa.

—¿Doctor Trífero?

—Ese soy yo —responde Saúl con aire mundano. Con esa expresión que viene a

decir, estoy aquí, en efecto, pero he estado antes en otros muchos sitios.

—Tiene usted una llamada.

—¿Una llamada? —pregunta Saúl alarmado—. Quién demonios puede saber dónde paro. Si prácticamente he muerto para el mundo.

—¿No es su habitación la número seis?

Saúl saca del bolsillo la pesada llave y comprueba desolado que, en efecto, la habitación número seis es la suya.

—Bien. En ese caso la llamada es para usted.

Trífero se acerca a la barra, donde la dueña del hotel le entrega el teléfono con una sonrisa.

—¿Doctor Weisman? —pregunta Agedor Grenen al otro lado de la línea.

—No, se equivoca usted, soy el doctor Trífero.

—Oh, lo siento, debo de haberme confundido.

—Desde luego que sí —responde Saúl—. No le quepa duda.

Un error sin importancia y, sin embargo, al colgar el teléfono, Saúl siente que los fantasmas han dado con él.

Por eso apenas se sorprende cuando a la mañana siguiente vuelve a encontrarlos en el andén, esperando el mismo tren que él habrá de tomar.

Y si es bien cierto que hace falta un gran hombre para tumbar a un hombre grande, no lo es menos que el más débil se basta y sobra para acabar con el más débil de entre nosotros, y así la lucha de un hombre contra sí mismo está siempre equilibrada.

Saúl Trífero Sabe que el tamaño de su miedo es idéntico al tamaño de sus fuerzas, y sabe también que no hay más fantasmas que los que habitan la propia conciencia, y que un naufragio no es sino la derrota de un solo hombre frente a la marea de sí mismo, y que la arena de la playa donde van a dar nuestros huesos es la arena de nuestro propio destino y, así las cosas, Saúl no ve la manera de librarse de lo que se le viene encima.

Y éste es el final, aproximadamente, y ahora, aproximadamente, el principio.

II

BÉSAME

La pequeña Lotte, como a él le gustaba llamarla, era una robusta noruega que se alzaba hasta el uno ochenta y dos descalza, y hasta el uno noventa y dos con los patines de cuchilla puestos. Su abuela, ya se lo habrán imaginado, era la gran Helka Happensauer, seis veces campeona del mundo de patinaje artístico, amiga personal de Hitler y deslumbrante aunque efímera princesa de Hollywood, famosa por sus espectaculares musicales sobre hielo. Quién no recuerda *Blanca pasión, Patinando hacia Río* o *Las mejores Navidades de Helka*… La madre de Lotte, Ingrid Happensauer, una mujer dulce y disciplinada, consiguió, con más tesón que talento, colgarse una medalla de plata en las Olimpiadas de invierno de 1964. Lotte, por su parte, había crecido demasiado durante su infancia en la sobrealimentada California como para hacerse un sitio en el equipo olímpico, donde el perfil del resto de las patinadoras, delicadas como figuritas de mazapán, le había llevado a darse cuenta de que, pese a su natural predisposición genética para la gélida danza, la gran estirpe Happensauer tocaba con ella a su fin. Tal vez algún día, se consolaba Lotte, mi hija consiga encaramarse de nuevo a la gloria. Pero Lotte nunca tuvo una hija, sino un fornido varón, y ahí se fastidio el invento.

Aun así, Lotte, siempre que podía, patinaba. No como los ángeles, pero sí con suficiente soltura como para impresionar a cualquiera que no fuera un experto en los deportes de invierno.

Saúl Trífero estaba apoyado en la barandilla de madera que separaba la pista de la grada, y miraba la encantadora figura de Lotte ir y venir sobre el hielo, mientras sonreía y agitaba las manos en señal de respetuosa aprobación. Lotte estaba la mar de contenta y su cara redonda se iluminaba con cada una de las sonrisas del joven Saúl, un hombre encantador al que ella consideraba el colmo de la elegancia.

—¡Mira esto, Saúl!

Y Saúl miraba, y entonces Lotte hacía una pirueta que mantenía, por un instante infinito, todo su espléndido cuerpazo en el aire. Después Lotte caía de nuevo sobre sus delgadas cuchillas y Saúl se deshacía en aplausos.

—¡Magnífico, Lotte! —le gritaba—. ¡Magnífico!

Lotte se acercaba entonces a la baranda para recibir su premio y Saúl, generoso, le obsequiaba con un beso en los labios.

La pequeña Lotte estaba radiante. Enamorada como un caballo.

Saúl Trífero reunía todas las virtudes que ella había soñado encontrar en un hombre, y él, a su manera más callada, parecía sentir por ella una inclinación especial, un interés particular, o quién sabe, pensaba Lotte, tal vez amor. Los últimos días habían sido tan absurdamente encantadores que la nieta de la gran Hellka apenas se atrevía a formular un deseo por miedo a que se deshiciera el hechizo. Pero, a pesar de todo, soñaba. Lotte, por lo general una mujer razonable, acostumbrada a ver el

tamaño de su sombra sobre el hielo, se había dejado ir en estos días de romance como una colegiala atontada por el champán. No es la misma, pensaban sus pocas amigas noruegas. No es la misma, había ratificado su propia madre. No soy la misma, pensaba por fin Lotte, como se piensan siempre estas cosas del amor, con una mezcla de arrojo y vergüenza.

—¡Te quiero! —dijo Lotte al pasar junto a la baranda.

—Te quiero —dijo Saúl al verla marcharse.

—Bésame —dijo Lotte realizando con algo de dificultad un triple Squartan.

—Te beso —respondió Saúl en cuanto la tuvo otra vez al alcance de sus labios.

Y así fue pasando la tarde hasta que, en una de esas idas y venidas, Saúl agarró con delicadeza sus dulces manos y le dijo al oído:

—Cásate conmigo.

Lotte se sonrojó desde las cuchillas hasta las orejas y se alejó deslizándose, con la cabeza baja, como si un disparo le hubiera acertado en el pecho. Cuando estuvo en mitad de la pista, se envolvió en un diabólico remolino y gritó hacia el cielo:

—¡Sí quiero! ¡Sí quiero! ¡Sí quiero!

La boda fue como se supone que deben ser las bodas, ruidosa, excesiva, ridícula. Doce niñas vestidas de ángeles arrojaron flores blancas sobre el hielo. Doce guardianes armados con trompetas escoltaron el paso de los ángeles. Doce campeonas regionales de la escuela olímpica de Oslo dibujaron acrobacias imposibles. Doce perros tiraron de doce trineos cargados de fresas. En fin, doce de todo. Saúl, que no era más que uno, permaneció en silencio, emocionado y perplejo, hasta el límite de lo insoportable. Dijo sí, cuando le llegó el turno, cuando hubiese resultado catastrófico no decir nada o decir cualquier otra cosa y, al decirlo, sintió a sus espaldas como la iglesia entera respiraba con alivio.

—Es raro —dijo la madre de Lotte al verse acorralada por la curiosidad malsana de sus miles de invitados—, pero es bueno.

Con eso se zanjaba el asunto. Por otra parte, si el éxito de una boda se mide por la satisfacción de la novia, jamás hubo una boda mejor, ni más lustrosa. Sobre la inmensa sonrisa de Lotte podrían haber patinado seis legiones romanas. El novio, bien mirado, es al fin y al cabo lo de menos, y para el ejército de familiares, amigos y allegados basta con que esté en su sitio, en el altar, en el banquete y en la cama. Saúl Trífero ventiló los tres asuntos con exquisita elegancia. Callado pero afable durante la ceremonia. Más animado en el banquete. Brillante en su pequeño discurso a los postres: Los ángeles me la han traído y ya sé pues de donde viene, dijo Saúl mirando hacia arriba, arrastrando con la suya la mirada de todos los comensales que, deslumbrados por el brillo de las aparatosas lamparas, volvieron la vista hacia sus copas para un brindis final, con los ojos empañados de lágrimas. En la cama, después del coñac y la polka, Lotte se encontró con el sofisticado animal que ya conocía.

Habilidoso como un pianista uruguayo en los juegos previos y salvaje hasta la brutalidad en las acometidas. Al llegar la mañana (no más tarde de las doce del mediodía partirían hacia Praga), en la sonrisa de Lotte había sitio para una o dos legiones más. Saúl había cumplido. Y Lotte, es justo decirlo, también. Saúl, que la amaba, aquí nadie ha dicho lo contrario, miró a su mujer con cariño mientras untaba, Lotte, mantequilla y mermelada en las tostadas. Saúl nunca desayunaba, aunque esto no es importante.

—Soy la triste mantequilla —dijo Saúl—, y tú, mi amor, eres la mermelada.

—Te equivocas, cariño —le corrigió Lotte—. Yo sólo soy el pan, tú eres todo lo demás.

Nada de lo cual debe juzgarse con severidad, ya que el amor le empuja a uno a decir cosas así y aún peores.

Praga, el París negro, y París, el otro, y Roma y Venecia y las costas de Cerdeña. Casi tres meses perfectos. Bordados de amor, champán y acometidas. Lotte le gritaba: ¡Más! Y Saúl se lo daba. Hasta el agotamiento. Si el matrimonio es una mesa de al menos cuatro patas, las otras tres pueden mandarse al carajo cuando la pata del sexo es lo suficientemente gorda. No sé si esto suena como debiera. La mesa en cualquier caso se sujetaba y estaba llena, en esos días, de manjares y extravagancias. En las cenas de Saúl y Lotte, siempre en la suite nupcial, una docena de ellas, se mezclaban la langosta, el caviar, los blinis, la pasta, el vino, el dulce de leche, el sudor y la sangre. No había tiempo para nada. Corrían por las calles como dos fugitivos perseguidos por los perros. ¡Ánimo, gondolero! ¡Suban el equipaje más tarde! *¡Vite! ¡Subito! ¡Warcheostska!* Apenas conseguían llegar a sus habitaciones. Cualquier demora le parecía a Lotte inaceptable. ¡Desnudémonos, Saúl! Y Lotte desenfundaba su cuerpazo de campeona mientras Saúl apenas tenia tiempo de desatarse los zapatos. ¡Más!, decía Lotte al caer rendida. Como si fuera broma, aunque Saúl sabía bien que no lo era. Los días y las noches apenas se diferenciaban por el cambio de color en la luz que se colaba por las persianas de madera; naranja por culpa del sol de Roma, azul por la luna de Praga. Los desayunos y las cenas se daban de narices con el estruendo de las bandejas y la televisión permanecía rigurosamente apagada. Sólo nosotros, decía Saúl, y a Lotte le recorría el alma una serpiente envenenada. En las costas de Cerdeña alquilaron un velero de tres palos que al menos tres veces estuvo a punto de hundirse, o eso le pareció a Lotte, que tendía a pensar que la fuerza de su pasión podía mover el mundo. En fin, que si alguna vez dos recién casados han follado más allá del límite de la cordura y las buenas costumbres, ésos fueron Saúl y Lotte. Follaron y follaron y volvieron a follar como dos bestias salidas del infierno.

Y después se volvieron a Noruega, con un montón de carretes de fotos sin usar y los botes de bronceador casi intactos.

—¿Qué es esto que nos pasa? —le preguntó Lotte, en el avión de SAS, camino de

casa.

—No tiene nombre —respondió Saúl, sin dejar de mirar las nubes por la ventanilla.

La dulce Lotte seguramente esperaba otra respuesta, pero se dio por satisfecha. El resto del vuelo fue tranquilo, salvo unas ligeras turbulencias a la altura de los fiordos.

VIDAS DE SAÚL

Saúl Trífero era un hombre misterioso hasta el punto de que todo lo que hacía se convertía en un asunto inconfesable. Se sabe que estuvo una vez en Tánger y que en el mismo aeropuerto requisaron su máquina de escribir portátil, pero no por qué la llevaba, ni qué pensaba hacer con ella. Se sabe también que se hospedó en el Tangerin, un pequeño hotel en lo alto de la colina regentado por dos viejos homosexuales ingleses.

Se le vio tomando el té en casa del comisario de Tanger, y se le vio salir de allí sonriendo. Vestía de blanco en los trópicos y de oscuro en los climas continentales. Caminaba deprisa y nunca llevaba reloj. No es extraño que la pobre Lotte tuviera más de una vez la sensación de haberse casado con un fantasma. No es extraño, tampoco, que en el expediente que el bueno de Agedor Grenen había conseguido reunir, los hechos y las suposiciones, la verdad y la mentira, cayeran siempre juntas en el mismo tazón, con la misma alegría que la nata y las fresas. Se sabe que perdió su título de conde de Illas por negarse a pagar los impuestos correspondientes, y que el titulo fue a parar a manos de un pariente lejano, más rico y más ambicioso, un primo segundo que llegó a ser embajador en París.

Adoraba el Schnitzel, bebía cerveza con moderación y se entristecía al pasar cerca de un circo. Antes de convertirse en el sospechoso doctor Trífero frecuentó cierto club de mar y sedujo al menos a una viuda alemana. ¿Y no fue en ese mismo club de mar, en Palma de Mallorca, donde se dio de bruces por primera vez con Lotte Happensauer? Allí fue y de ese encuentro nació un amor que duró lo que tardan en pasar dos inviernos, pero que acompañó a Trífero muchos inviernos más, y que terminó por arrojar finalmente un saldo favorable, un niño gordo como un bimbollo y tan rubio como los dioses. El pequeño Frederick Nicolaj Trífero Happensauer. Un nombre digno de un zar.

Si cada uno de nosotros tiene al menos dos vidas, Saúl Trífero pudo tener al menos diez. De la mayor parte de ellas jamás se supo nada.

Merodeador de cementerios, cazador de leones, traficante de armas, hombre de fe, anarquista, predicador, comerciante, muchos son los rumores que rodearon su vida y muchos más aún los que disparó su muerte. Casi todos falsos. Tenía las manos grandes, siempre frías, y los dedos delgados. No sabía tocar instrumento alguno. Nunca jugó a la lotería, y su absurda aportación al universo cuántico será recordada por algún tiempo y después olvidada.

Saúl Trífero no fue un genio ni un farsante, probablemente no fue nada.

La sensatez es la mejor guía, si es que se trata de desenredar este nudo de mentiras: su vida fue mucho menos tortuosa de lo que pudiera imaginarse.

Unos ejemplos:

—¿Ha terminado?

Saúl mira al camarero y hace un gesto con la mano. Normalmente es más que educado con el servicio, pero se ve que ahora mismo su cabeza está en otra cosa.

El camarero retira los platos y se alarma al ver que Saúl apenas ha tocado la menestra.

—¿No estaba a su gusto?

—Sí, mucho, deliciosa, pero me temo que he perdido el apetito. Serán las olas.

—Seguramente, señor. Serán las olas.

El camarero recoge su falsa preocupación junto con la menestra y se retira. Faltan sólo seis semanas para que Saúl le declare su amor a la dulce Lotte. Dicen que es un hombre preocupado, pero nadie sabe qué le preocupa, ni por qué. Tiene los ojos grandes y sampacos, es decir, la pupila no llega a tocar el parpado inferior. Algo no demasiado común, pero en absoluto extraordinario, una circunstancia a la que algunas culturas orientales otorgan cierta singularidad.

El barco se agita con moderada violencia, pero no es eso lo que le quita el apetito.

El doctor Trífero dejó el restaurante y dio un paseo por cubierta mientras le alcanzaba el sueño. Le costaba dormir de noche y, sin embargo, disfrutaba mucho durmiendo de día. Nada extraordinario. Las olas salpicaban las tumbonas así que, a pesar de que no era aún ni medianoche, la mayoría de los pasajeros estaban ya en sus camarotes. Una señora vestida con una gabardina, la capucha bien calada, como si el barco estuviera a punto de hundirse, le preguntó si había visto a su perro. Pero incluso a la pálida luz de la luna, Saúl pudo ver que mentía. Esa mujer no tenía perro. Tal vez nunca lo había tenido.

No se molestó en contestar.

Saúl reanudó su paseo. De vez en cuando las olas trepaban por el casco del buque y se desparramaban por el puente. Esperó hasta que por fin el agua le acertó de lleno en la cara, saboreó la sal sobre sus labios y sonrió como un niño. Después bajó a su camarote, se quitó la ropa húmeda y se metió en la cama. Tardo un par de horas en quedarse dormido. En el techo estaba pintada la rosa de los vientos.

Saúl saludaba cortésmente a todo el mundo y, cuando alguien le preguntaba, sólo decía, soy amigo del novio. El salón era de madera. Vigas de madera, techo de madera y suelo de madera. Pero no era una cabaña, era el club de arte de Nueva York, así que la madera estaba trabajada con exquisita elegancia y de las paredes colgaban piezas de arte más o menos valiosas. Saúl se detuvo ante un cuadro en el que se veía a una mujer corrigiendo la inclinación de su sombrero. Se quedó mirando la pintura durante un buen rato y, pese a que la firma era ininteligible, decidió que el cuadro lo había pintado una mujer. Siempre había pensado que las mujeres ven cosas que a los hombres se les escapan. Los hombres acostumbran relacionarlo todo con ellos mismos, y eso tiende a reducir su capacidad de observación. Estaba terminando su

segunda copa de champán cuando comenzó a sonar el cello. Había una violoncellista muy mona, y un tipo estirado frente a un piano. Los asistentes se pusieron en pie. Los novios descendieron juntos por una impresionante escalera con un tremendo pasamanos de caoba. Saúl no había visto en su vida a aquella gente. La madre de uno de ellos se echó a llorar, Saúl no sabía de quién era madre. Dos mujeres le habían saludado en la entrada diciendo «soy la madre», pero ninguna había especificado de quién y lo cierto es que ambas se parecían al novio y también a su prometida, ya que el tipo aquel y su inminente esposa eran casi idénticos, como hermanos. Saúl pensó entonces en lo mucho que se parecían todos, unos a otros, en esa boda y enseguida se sintió fuera de lugar.

Mientras los novios caminaban hacia el juez de paz, que estaba parado, imponente, con su toga negra, frente a una ventana tras la que resplandecía un almendro en flor, Saúl Trífero se dirigió en silencio hacia el fondo del salón y desde allí, sorteando el cello y el piano de cola, hasta la salida.

La señora del guardarropa le atrapó en la puerta.

—¿Su abrigo, señor?

—No he traído abrigo —dijo Saúl, como si se defendiera de una acusación de asesinato.

Una vez fuera, frente a Grammercy Park, se dio cuenta de que ni siquiera había entregado su regalo. Consideraba inaceptable colarse en una boda sin regalo, pero no tuvo valor para volver a entrar.

Se fue caminando con su pequeña cajita, cuidadosamente envuelta en papel de seda, en el bolsillo de la chaqueta.

Siento que esté lloviendo, pensó, las mujeres siempre esperan casarse en días soleados.

—Vuelva a visitarnos —dijo el embajador junto a la puerta.

Saúl estaba conmovido por la amabilidad de aquel hombre, al que no le unía más que la sangre. ¿Qué es un apellido?, se preguntaba, apenas un puente en la niebla, sin embargo, el abrazo impreciso de dos desconocidos se vuelve cálido y confiado a la luz de la sangre común.

—¡Somos familia! —había dicho el embajador.

—¿Más té? —había dicho la risueña embajadora.

—No, gracias, debo irme —había respondido él.

¡Qué agradable velada! Saúl sintió que durante todos estos años no había valorado con justicia la importancia de su nombre. ¡Si hasta podría haber sido conde! Dios sabe cuánto facilita un título el camino de un hombre. Cuántas puertas se abren. Cuántas sospechas se cierran. Qué estúpido has sido, Saúl, las jirafas se valen de la exagerada longitud de su cuello para comer las hojas de las ramas más altas, y tú has desperdiciado las oportunidades que te brindaba la nobleza de tu nombre. ¡Señor

conde!, qué diferente hubiera sido todo.

Saúl contempló desde el jardín la suntuosa mansión del embajador. Las ventanas iluminadas, al menos una docena, no eran ni la mitad de todas las ventanas. ¡Cuántas ventanas! ¡No puedes ni contarlas! Y las fuentes. Tres, ni más ni menos. Y las flores, cuidadas por más de un jardinero, es imposible imaginar a un sólo hombre cuidando tantas flores. Todo esto podría ser tuyo.

Saúl sabía que estaba exagerando, que el peso de un apellido no da para tanto, pero se dejo llevar por la envidia y los remordimientos.

¡Imbécil! Mira lo que has perdido.

Entonces recordó a su abuelo, que solía llevarle de paseo al parque del Retiro para explicarle el sentido de las cosas. Mira los árboles, le decía. Los hay débiles, sin brillo, creciendo en cualquier parte y de cualquier manera. Árboles nuevos, enanos, insignificantes. Mira en cambio los arboles viejos que hunden sus raíces en la noche de los tiempos. Mira la fuerza y el orgullo de su tronco, y mira ahora la alegría y el brillo de las ramas jóvenes, que brotan al amparo de la savia vieja. Así somos nosotros, Saúl, no lo olvides. Los siglos nos protegen y nos vigilan. Utiliza bien estos dones para elevarte hasta el cielo. La gente vulgar sólo ES, nosotros SOMOS.

Saúl trató de recordar en qué momento había perdido la fe en el pasado de su estirpe. En qué preciso instante se había convertido en un hombre vulgar, desamparado, en un árbol enano. Pero al contrario de las ramas, que se podan de un tajo, un hombre no se separa del camino de los suyos de un solo golpe. No sé cómo ni cuándo, concluyó, cruzando la verja de la embajada, pero los he perdido.

Casi cinco años separan estos dos instantes. Saúl está mirando sus corbatas. El tren va camino de Skagen.

—La azul —dice Lotte desde la cama.

Saúl ve a un hombre en el bosque. Un segundo después el hombre ha desaparecido y sólo quedan los árboles que siguen rozando la ventanilla como si alguien los arrojara al paso del tren. Para ese hombre en el bosque, piensa Saúl, somos nosotros los que desaparecemos. El bosque se queda con él. Nosotros sólo pasamos.

Después mira a su mujer y siente que ella también se esfuma. Vuelve la vista a las corbatas.

—La azul —repite ella.

Saúl coge la corbata azul. Guarda las otras en la maleta. No hay posibilidad de error. No hay acierto posible. El peso de los huesos nos arrastra hasta el fondo.

El Hotel Bendinat en esta época del año es un sitio tranquilo. Los turistas comienzan a llegar en mayo. Los últimos días de abril son, en Mallorca, los primeros

del verano. Sólo hay dos niños en el agua. La terraza está colgada sobre la cala. A los lados se extienden las sabinas y entre las sabinas se esconden los pequeños bungalows. Saúl viene aquí todas las tardes. Cuando Saúl piensa en el mar, siempre ve el Mediterráneo. La negrura y la violencia de los océanos le intranquilizan. Este mar amable es el mar de su infancia.

—¿Otro gin-tonic, señor Trífero?

Saúl mira su vaso vacío y asiente con la cabeza.

—Gracias.

Los camareros son siempre los mismos, pero ahora, en abril, le dedican a cada cosa su tiempo. Durante el verano los camareros olvidan el nombre de sus clientes y hasta sus propios nombres y corren de un lado para otro arrastrados por un vendaval de paellas, sangrías, espaguetis a la boloñesa y llantos. Cómo lloran los niños en verano, recuerda Trífero, alejados del agua un tiempo insufriblemente largo durante las interminables comidas de sus mayores. Cuánto calor y cuánto ruido. Devolved los niños al agua y tengamos la fiesta en paz. El ruido es la consecuencia directa del esfuerzo de la gente por luchar contra la naturaleza de las cosas. El ruido es el accidente que acompaña a los comportamientos impropios. Nos estrellamos, de ahí el ruido. Dejad que las cosas sigan su curso y acabaremos de una vez por todas con este ruido insoportable.

Saúl se iba enfadando. La terraza estaba en calma, el mar estaba en calma, el bosque estaba en calma. Tranquilo, Saúl, se dijo. Todo está bien. Se sorprendió de su mal humor teniendo en cuenta que estaba pasando un día estupendo. La cabeza de Saúl tenía perros. Normalmente los perros dormían, pero a veces por culpa del silencio los perros no podían dormir y entonces ladraban. No hay uno solo de nosotros que no tenga perros en la cabeza, se disculpaba, perros cobardes, perros valientes como dragones, perros alegres que mueven el rabo ante los desconocidos con la inocencia de los idiotas. Están ahí, por eso vuelan los sombreros y caen rodando por el suelo. Son los perros.

—¿Otro gin-tonic?

—No, gracias, creo que ya he bebido bastante.

La cena se servía dentro, en el porche. Sólo había tres mesas ocupadas. Los dos niños que jugaban en la cala estaban sentados, aún mojados, delante de un par de hamburguesas. Su madre les pasaba un peine por el pelo enredado. Saúl no los tenía lo suficientemente cerca, pero sabía que las yemas de sus dedos estaban arrugadas y que sus rodillas temblaban de frío, y sin embargo, estaban la mar de contentos.

En la otra mesa, un anciano inglés se echó una mantita sobre las piernas. Se estaba haciendo de noche.

Momentos perfectos, pensó Saúl, no hay más de una docena de éstos en toda una vida. Una vez que la carpa dorada ha mordido el anzuelo, lo mejor que uno puede hacer es devolver el pez al agua con la esperanza de pescarlo de nuevo algún día.

Saúl se distrae con nada, pero enseguida recobra el interés.

—Filadelfia —responde por fin al agente de inmigración.

—Destino final, Filadelfia. Perfecto. —Y, después de estampar media docena de sellos—: Que tenga usted una feliz estancia.

Saúl piensa quedarse en Nueva York, pero ha dicho Filadelfia porque estaba pensando en otra cosa y porque le divierte mentir a los agentes de inmigración, perros distraídos que se creen perfectamente entrenados para detectar la mentira.

Se debe entrar mintiendo en todas partes, eso da un metro de ventaja.

Saúl recogió la maleta de la cinta y tomó un taxi.

Te veré en Filadelfia, pensó, ante la sombra de los rascacielos al otro lado del puente Lincoln.

Saúl acababa de alquilar una casita en Hoboken. Todo lo que está alrededor de las ciudades no existe. Esos barrios inmensos que se extienden en los suburbios con sus canchas de tenis y sus piscinitas son el mundo invisible. Aquí es donde quiero vivir. Barbacoa. Suena como una isla del Pacífico. Ésta es mi casa. He llegado hasta Barbacoa para enterrar un tesoro. Mi barco ha naufragado junto a las playas de Barbacoa. Barbacoa es la próxima parada de mi fantástico viaje. Mujeres desnudas en Barbacoa, asistentas polacas en Barbacoa. Cerveza de lata y bricolaje. Nativos sonrientes. Olor a césped recién cortado y a zapatillas de deportes. Chándales y multicines. El fin del mundo. La gloria. Los hijos del demonio. Los gatos atropellados. Los niños tontos. La recaraba. Bienvenido a Barbacoa.

Saúl se pasaba el día mirando a sus vecinos.

Van al trote. En las ciudades la gente corre, en los pueblos caminan despacio como en un entierro, aquí van al trote. Son ágiles pero no tienen prisa. Están perfectamente relajados pero no han perdido el nervio. Son capaces. Viven tan cerca de la ciudad que están a un salto. Diez minutos, veinte, una hora. Casi nada. ¡Ven a vernos! Fax, e-mail, televisión por cable. El mundo entero puede dirigirse desde aquí.

—¿Cómo dice que se llama?

—Carolina.

Saúl seducía a las mujeres en el supermercado.

—Bonita raqueta.

—Es Dunlop.

—Ah.

—¿Juega usted al tenis?

—No soportaría ver una red entre nosotros.

Entonces Carolina sonríe y después se inclina sobre las bandejas de lenguado para que Saúl pueda verle las tetas.

¡Barbacoa!, pensaba Saúl. No hay un lugar como éste.

La luz de un rayo, y unos segundos después el sonido de un trueno, dejaron a Saúl sentado en la cama mirando la noche, la noche en su habitación, como nunca antes la había visto. Lo importante ahora es no perder la calma. Las cosas negras son al fin y al cabo mis cosas. Saúl, el niño, esperó en silencio la luz de otro rayo, pero no pasó nada. ¿Se puede soñar una tormenta? Seguramente, y aun hay suenos más extraños. Entonces escuchó la música de la radio que venía de la habitación de sus padres. Salió de la cama y se encaminó hacia la luz, al final del pasillo. Vio a su madre sentada en el suelo, junto a la cama. No se atrevió a entrar. Había colillas en un cenicero. Huele a papá, pensó Saúl, que conocía el olor de su padre más que a su padre mismo.

Llegó hasta el salón. Quedaba un poco de whisky en el fondo de un vaso. Bebió un sorbito. No le gustó. Sonaron las tres en el reloj del pasillo. Saúl nunca había estado despierto a las tres de la mañana. Se sintió como Neil Armstrong durante su paseo por la luna. Trato inútilmente de dejar una huella en la alfombra. La luz del televisor iba cambiando la forma de los objetos. Saúl nunca habría imaginado que su padre pudiera pasar las noches fuera de casa. Intentó imaginar qué podía haber ahí fuera, al otro lado de la puerta de la calle.

La tormenta había amainado, ya ni siquiera llovía. No tenía miedo. Sentía algo muy distinto, algo para lo que no era capaz de encontrar un nombre. Si las perlas de un collar caen al suelo, es imposible perseguirlas todas al mismo tiempo. No es algo en lo que uno piense a los seis años. Sin embargo, la intranquilidad que atrapó a Saúl en mitad de su primera escaramuza nocturna no era consecuencia de los rayos o los truenos o la forma cambiante de los muebles en la oscuridad, sino de la intuición de que todas las cosas corrían en un millón de direcciones distintas y la certeza de que sería imposible detenerlas.

DÍAS FELICES CON LOTTE

La dulce Lotte. Robusta y saludable como una barra de pan de centeno. ¿Quién dijo que Saúl no la amaba? Cayó rendido a sus pies nada más verla venir, saltando como un gigantesco ratoncito entre las amarras de los yates del club de mar, mucho antes de oír el silbido de sus cuchillas sobre el hielo. Vestía de blanco como una reina de Wimbledon y, aunque Saúl no pudo precisar en un principio cuál era exactamente su disciplina, encandilado por su corpulencia, se dijo, deportista, sin duda, y enseguida, en el curso de la más inocente de las conversaciones, ella le dio la razón.

—Patinaje, patinaje artístico, aunque hace tiempo que no compito.

Saúl hubiera apostado por algo más enérgico. Lanzamiento de disco, judo tal vez, pero no se atrevió a comentarlo por miedo a ofenderla.

—Soy noruega —dijo entonces Lotte y tendió su mano, que a Saúl le pareció fuerte como la de un hombre y tan suave como las plumas de un ángel.

—¿Sabe usted dónde está el bar? —preguntó Lotte.

—Claro —respondió ofendido—, este lugar es mío, quiero decir que he pasado tanto tiempo en este viejo club de mar que no recuerdo si cuando llegué aquí estaba ya el mar o si lo trajeron luego.

Lotte sonrió y su sonrisa alteró por un momento la disposición de todas sus pecas, que volvieron luego a su sitio.

Es una niña, pensó él, una niña fornida, pero una niña al fin y al cabo.

—¿Y bien? —dijo Lotte.

Saúl extendió su brazo, como había visto hacer en las películas, y ella lo tomó con la mayor naturalidad y eso es lo bueno de los clubes náuticos, que la gente tiene la certeza de encontrarse entre los suyos aun al toparse con completos desconocidos.

Saúl pidió champán. Lotte volvió a sonreír. Sus ojos se hicieron pequeños como dos cortes en la piel.

Qué encantador, pensó, ojitos de esquimal. Cuántas mujeres he besado con ojos grandes como ensaladeras y, la verdad, qué torpes resultaron todas. En cambio, esta hermosa vikinga, con sus dos ranuritas, qué delicadeza promete.

—¿Me está usted mirando?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —respondió Saúl.

—¿Navega usted?

—No, si puedo evitarlo.

—¿Se marea?

—No me mareo en el mar, pero me mareo aún menos en tierra.

—Mi padre tenia un barco.

—Mi abuelo tenia una escopeta.

—Yo siempre he preferido el hielo.

—El hielo es el agua cuando se está quieta. ¿No es así? —dijo Saúl sirviendo más

champán—. El hielo está muy bien, seguramente.

Después hablaron de sopas frías, de trenes, de ciudades europeas.

—Praga —dijo ella—, si tuviera que elegir sólo una, sería siempre Praga.

—Siempre Praga —asintió él, y Lotte se pasó entonces la mano por la mejilla y ese sencillo gesto le pareció más importante, en el curso de la historia, que la ocupación de Polonia por las tropas de la Wehrmacht, y hablaron de tenis, Lotte de su drive, con orgullo, y Saúl de su revés, con moderada vergüenza, y de animales, el caballo para Lotte y las serpientes para Saúl, no porque le gustaran un carajo las serpientes, sino porque pensó que le haría parecer peligroso e intuía que una mujer como aquélla se rendiría antes al veneno que a la ternura, la velocidad o la fuerza.

—Serpientes —repitió, dejando fuera conejos, leopardos y elefantes. Y hablaron de actores de cine y Lotte se fue previsiblemente por la Garbo y Saúl eligió a Dirk Bogarde donde otros hubieran elegido a Gary Cooper, y todas y cada una de sus respuestas fueron creando en Lotte el efecto perseguido y al final, la adorable noruega no tuvo más remedio que comentar: es usted un hombre extraño, y Saúl pensó ya es mía y sin embargo, bajó su copa de champán, como quien esconde un trofeo, pues sólo los tontos enloquecen al sentir el tacto del tesoro.

—¡Por aquí, doctor! —gritó Lotte—. Creo que he encontrado un atajo.

Un atajo me vendría la mar de bien, pensó Saúl.

Llevaban ya más de dos horas dando vueltas por el bosque y a Saúl le pesaban las piernas. Lotte, en cambio, disponía de una reserva de energía ilimitada. Saltaba las zarzas, trepaba a lo alto de las encinas y perseguía a los conejos con el entusiasmo de esos bondadosos niños campesinos de las películas italianas de posguerra. Tal vez, después de todo, no ha sido tan buena idea llenar la cantimplora de Veuve Cliquot, reflexionaba Trífero sentado en una roca amablemente cubierta de musgo. Aunque, por supuesto, a Lotte le había parecido un detalle encantador. Saúl tenía todas sus esperanzas puestas en esta pequeña excursión al campo que Lotte había organizado con tanto esmero. Una vez llegaran a lo alto del monte, sobre la impresionante vista del pequeño puerto de Andratx, había planeado besarla, si es que le quedaban fuerzas. Luego bajarían a cenar al puerto y, entre los barcos de pesca, le propondría pasar allí la noche, en uno de esos deliciosos hotelitos colgados literalmente sobre el mar.

Lotte no se negaría. Su estrategia hasta el momento había sido perfecta. Después del primer encuentro en el club, donde estaba seguro, Lotte ya se esperaba un beso (tal vez cuando él se acerco más de lo debido para susurrarle la letra entera de *La flor de la canela*), después de encender la llama y ver el resplandor del fuego sobre las costas de Noruega, el asombroso doctor Trífero aún había sido capaz de apartar la vela.

Tras haber avanzado con paso firme hasta el borde de ese abismo que llamamos amor, Saúl se había detenido y, a partir de entonces, durante los tres días siguientes había mantenido una distancia insoportablemente cortés con la fornida noruega. Lotte, por su parte, había encontrado esos días insufriblemente largos y la frialdad de

Saúl descorazonadora. Y ése era el estado en el que Trífero quería mantenerla hasta su asalto final. Esconde el cepo, tensa la trampa, se decía Trífero, sentado en su roca mientras trataba de recuperar el aliento.

—Ánimo, doctor, ya se ve la cima.

Saúl no se movió, dejó que Lotte llegara hasta él y le tomara de la mano.

—No está usted en forma, Saúl, pero eso puede arreglarse.

Continuaron el ascenso. Lotte tirando de Saúl y Saúl dejándose arrastrar. Lo cierto es que su comportamiento respondía, por una vez, al más honesto de los cansancios, y se alejaba mucho del ritmo resuelto, de escalador capaz, que tenía en mente al comenzar el paseo. Le hubiera encantado terminar la jornada entero como un soldado pero, dado que en el ámbito de las actividades deportivas estaba muy a la zaga de su enamorada, decidió jugar la carta del hombre enigmático de corazón cansado, quién sabe si por culpa de una enfermedad incurable que no tiene traducción del alemán o por un terrible accidente de la infancia. Eso aún estaba por decidir.

—Pobrecito, le estoy matando —dijo Lotte—, a sólo diez pasos de la cima, pero ahora verá que ha merecido la pena.

Saúl trató de contestar, pero le faltó el aliento.

—¿Está usted bien?

Saúl consiguió resoplar.

—Dios mío, es peor de lo que pensaba. Está usted muy pálido.

—No se… preocupe… yo… un terrible accidente… siendo apenas un niño… estaré bien… en un momento.

—Tal vez deberíamos volver. No pensé que fuera a sentarle tan mal. Las Happensauer somos chicas muy fuertes. A veces no me doy cuenta…

Saúl sintió que había perdido demasiado terreno. Ahora, ante los ojos de la más fuerte de las Happensauer, se había transformado en un niño desvalido. Si conseguía besarla finalmente al borde del acantilado, Cosa que ya no pensaba intentar, el beso de Lotte sería un beso de enfermera, de hermana mayor, peor aún, ¡de madre!, y no era ése el beso que Saúl quería. Decidió dejar pasar la oportunidad e intentarlo de nuevo en el puerto. Tendría, eso sí, que replantear todo el asunto. El beso no podía estar demasiado cerca de la proposición definitiva, la que habría de llevarles a la oscuridad de la diminuta habitación del hotel. El romance y la pasión debían mantenerse a la distancia precisa, de otro modo aquello no pasaría de ser una aventura de una noche o, con suerte, un amor de verano de esos que sirven para animar las postales, y no era eso, ni mucho menos, lo que Trífero había planeado.

Cuando por fin se asomaron a la magnifica vista de Port d’Andratx, Trífero se limitó a conceder:

—Magnífica.

Después bajaron muy despacito el dichoso monte. Al llegar al coche, Saúl le habló a Lotte de un precioso restaurante junto a las barcas de pesca.

—Perfecto, necesita usted comer bien, y yo, bueno, las Happensauer tenemos un

hambre de lobo.

La cena, comparada con la bochornosa ascensión, fue una delicia. Lo más peligroso a lo que Saúl tuvo que enfrentarse fueron las tenacillas de marisco, con las que destripó su cangrejo con suficiente destreza. Estaba contento de que la batalla volviera a su terreno, eligió bien el vino, adelantó los peones de su ingenio, e incluso tuvo oportunidad de lucir sus vastos conocimientos de jazz cuando Lotte, a los postres, comentó:

—Oh, qué musica tan encantadora.

—John Coltrane, *The Night Has a Thousand Eyes* —dijo Saúl, y hasta podía haber añadido la fecha, pero se contuvo por miedo a resultar pedante.

El beso llegó, por fin, junto a las barcas. Entre el olor a pescado y las redes. El hotel no hizo falta mencionarlo, porque Lotte se había tomado la libertad de reservar una habitación antes de salir de Palma.

—Espero que no te lo tomes a mal —le dijo Lotte, que después de los primeros restregones había decidido tutearle.

—En absoluto —contestó Saúl. Aunque lo cierto es que le fastidiaba que hubiera tornado ella la iniciativa. Tan orgulloso estaba de su cita de Coltrane que por un momento pensó de veras que había recuperado el mando.

Las Happensauer no parecían mujeres fáciles de domar. Saúl se tenía por un experto en los lances amorosos, pero jamás se había enfrentado con una patinadora noruega y como pudo comprobar después en la intimidad del hotel, esta mujer no llevaba las cuchillas únicamente en los pies.

Aquélla sí fue una noche de amor. La más dulce de las batallas, el más cálido de los tormentos: arriba, abajo, arriba otra vez, sus cuerpos enredados como una madeja de lana. En algún momento Saúl hubiera necesitado que alguien le pinchara un pie con una aguja para poder reconocer sus propias extremidades. Cuando empezó a clarear, Saúl tuvo la sensación de haberse enfrentado con todas las Happensauer a un tiempo. Resultaba difícil creer que semejante vendaval lo hubiera causado una sola mujer.

Trífero no se consideraba ni mucho menos un boy scout, pero nunca antes había visto una cosa parecida. Cuánta energía y al mismo tiempo qué ternura. Cuántas manos. Cuántas lenguas. Qué estupendo manejo del cinturón de cuero. Qué brillante compenetración. Como esos bailarines de las películas, que sin haber ensayado se enzarzan en los más complicados pasos y continúan después, una vez se ha callado la música, charlando como si nada.

Las proezas del amor, si es que existe tal cosa, jamás se consuman por la habilidad de un amante, y ahí es donde se confunden quienes presumen de ser infalibles en el terreno de la pasión. Las proezas son siempre un pas-de-deux, una asombrosa y rarísima conjunción de los astros, un juego de equipo, y para que las

toallas acaben empapadas en sudor en el suelo del vestuario tiene que darse esa reacción química capaz de alterar dos compuestos estables, transformándolos en un líquido viscoso altamente inflamable. Y eso fue, ni más ni menos, lo que descubrieron Lotte y Saúl, colgados sobre el mar como dos murciélagos exhaustos. Saúl no era Saúl sin Lotte y Lotte jamás hubiera alcanzado a Lotte sin la ayuda del asombroso doctor Trífero.

Estos dos peces han nacido para remontar los ríos juntos, pensó Saúl antes de caer rendido.

Pasaron diez días en Port d'Andratx y apenas dejaron la habitación. El mundo entero podría haberse hundido mientras tanto, que a Lotte y Saúl no les hubiera distraído de su pequeño negocio ni un instante.

Volvieron juntos a Palma, Saúl, enfurruñado la mitad del camino porque Lotte no le había dejado pagar el hotel, ni las cenas, ni tan siquiera las barcas de pedales. Juntos continuaron el resto del verano, en la villa de Lotte, y juntos volvieron a Noruega. Treinta y cuatro días después de aterrizar en el aeropuerto de Oslo, contrajeron matrimonio. Después de casi tres meses de luna de miel, cuando por fin se instalaron en su casita de Skagen, al norte de Dinamarca, Trífero hubiera dado la vida por no tener que beber ni una sola copa más de champán.

Saúl sabía que, desde la primera noche, las cosas se le habían escapado de las manos, pero estaba tan contento que jamás se le ocurrió pararse a remediarlo.

EL CORAZÓN EN JUTLANDIA

Jamás me atrapará la nostalgia, pensó Trífero al descubrir que las ensoñaciones de su nueva esposa le empujaban siempre hacia adelante, hacia un tiempo aún por inventar, jamás serán estos días la cárcel de otros días, jamás volverán mis pasos sobre estas huellas. Y en cambio, Lotte, ¿qué placer adivina en los próximos inviernos que enturbia ya esta dicha? ¿Tienen las mujeres una habilidad especial para vivir inmersas no en éste, sino en todos los tiempos posibles, pasado, presente y futuro? Tal vez no son todas, tal vez es sólo ella, sólo Lotte. Y si supiera el dolor que me causa ver mi propia existencia deshilachada, enredada en las ramas de los árboles de ayer y después proyectada hacia dios sabe dónde, contra las mareas de mañana.

—¡Calla, mujer! ¡Me ahogo!

—¿Te ahogas, amor mío? —preguntó Lotte aún medio dormida, agotada, después de haber pasado los últimos días arreglando la casa junto a la playa, en la que al parecer vivirían hasta que se les ocurriera algo mejor.

—Así es, Lotte, ¡me ahogo!

—Abre la ventana, mi amor.

—No es la ventana, Lotte, es otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Las horas.

—¿Qué horas?

—Todas las horas juntas.

—¿De qué me hablas?

—No importa, mi amor, duerme.

Pero Lotte ya estaba despierta. Bastaba con un suspiro para despertarla, así de ligero era su sueño.

—Veamos, qué pasa con las horas.

De pronto, Saúl encontró sus preocupaciones absurdas, pero conocía bien a su esposa y sabía que una vez despertado su interés y una vez arruinada la siesta no habría manera de hacerla abandonar.

—Pues bien —comenzó Saúl—, ¿no dijiste hace un momento, apenas un segundo antes de caer rendida, que esta felicidad, esta misma que ahora tocamos con la punta de los dedos, no era nada comparada con la felicidad que aún nos espera?

—Puede ser, ¿y qué si lo dije?

—Dios mío, Lotte, no me gusta verme atrapado por las tenazas del tiempo. Deja que los días lleguen solos, sin aviso alguno, sin expectativa.

—Por mi, perfecto, mi amor. ¿Y para eso me has despertado?

—Me temo que sí, tal vez no te parezca importante, pero empezaba a respirar con dificultad tratando de imaginar qué clase de felicidad sería ésa que haga que ésta palidezca en comparación.

—¿Te estás volviendo loco, Saúl?

—No, no creo.

—Ah, mucho mejor, porque no queremos volvernos locos todavía, ¿verdad? Apenas llevamos casados tres meses. Será mejor que esperemos un poco para hacernos la vida imposible, llenándola de complicaciones imaginarias, ¿no crees?

—Desde luego que sí, mi amor, perdona.

—Estás perdonado. Y ahora, ¿por qué no te vas a dar un paseo? Voy a tratar de recuperar el sueño. Queremos estar en forma para esta noche, ¿no te parece? Después de todo, tenemos que inaugurar esta casita.

—Claro, mi amor, tenemos que inaugurarla bien inaugurada.

—No sabes lo que me alegra oírtelo decir; anda, vete a dar un paseo. El aire del mar te hará bien.

Saúl sabía como acababan siempre las fiestas con Lotte y, desde luego, no era mala idea estirar los músculos con un buen paseo antes de empezar a rodar por el suelo y por encima de las mesas y por debajo de las barcas de madera. Una vez que se ponían era difícil predecir dónde iban a acabar, y las barcas alineadas en un cobertizo junto a la casa no parecían en absoluto un destino inalcanzable. Ya les había llevado la pasión, más de una vez, a recorrer distancias mayores, enzarzados en una presa, como un sudoroso animal de ocho patas.

Saúl salió al bosquecito que rodeaba la cabaña y sin saber por qué, siguió el camino de una duna y desde la duna vio el mar a ambos lados. La estrecha lengua de tierra se estiraba hasta adentrarse en el mar, en los mares en realidad, pues allí, en Skagen, extendía la península de Jutlandia su brazo y su dedo más largo hasta hundirse en el agua. El Skagerrak a un lado y Kategatt al otro.

Y esa misma noche Lotte hizo una tarta de manzana y Saúl, al probarla, dijo ¡bravo!, y Lotte se sonrojó sin saber que no exageraba y antes de ponerse a follar, Saúl pensó seriamente: ¿qué clase de vida es ésta? Pero enseguida, ya con los pezones de Lotte en la boca, primero uno y luego el otro, dejó de pensar y la mente se le nubló envuelta en la más placentera de las brumas. Ése era el efecto que le producía aquella mujer. Su cuerpo musculoso y delicado al mismo tiempo aplastaba, al caer sobre él, todas las dudas. Hurgando en su interior se olvidaba Saúl de su propio nombre, y no necesitaba otra fe que la que parecía encontrar después de cada orgasmo.

—¡Dios mío bendito de Dios! —exclamó Saúl mientras Lotte terminaba de acariciarle los testículos.

—¡Dios, Dios, Dios! —repitió, pues le parecía estar sentado, en ese preciso momento, no a la derecha del padre, sino en el mismo regazo del mismísimo creador.

Y así era siempre y cada vez. Lotte escondía el mundo entero dentro de su cuerpo y no parecía soltarlo hasta que habían terminado.

Poco a poco, alrededor de Saúl fueron apareciendo las cosas; la mesita del salón, la fotografía de la abuela Helka plantando su huella en Hollywood Boulevard, sus libros, una alfombra árabe que alguien les había regalado el día de su boda, un trofeo escolar de patinaje que Lotte llevaba siempre consigo y que representaba a un ángel calzado con patines de cuchillas. Todas las cosas aparecían ahora, por primera vez, como si en ese mismo instante alguien les hubiera dado nombre. El televisor, encendido, parecía un invento de Lotte, y la botella de vino y los periódicos sobre el sofá y la cabaña y toda Escandinavia. Lotte le robaba el mundo entero y volvía luego a reinventarlo, en perfecto orden, intacto, como una fotografía perdida y encontrada.

Y si eso no es amor, ¿qué demonios es el amor entonces?

Trífero en bicicleta. ¿Quién lo habría imaginado? Y sin embargo, Saúl iba y venia en su modesto vehículo, tan contento, pedaleando y silbando al tiempo, como un niño camino del campo de juegos. Por una razón u otra, nunca había aprendido a conducir y, a pesar de que se había acostumbrado a ser siempre un pasajero, encontraba en esta recién descubierta autonomía un placer hasta entonces desconocido.

¡Voy donde quiero!, se decía con orgullo. Y escuchaba emocionado el sonido de las llantas sobre el asfalto mojado, sobre la tierra del bosque, sobre la arena de la playa. Aquí la bicicleta hizo un extraño. La rueda delantera se enterró en una duna y Saúl salió catapultado hacia adelante. Magnífico, se dijo, al estrellarse y comprobar que no había sufrido daño alguno. Después sacó la bici de la arena y regresó al pueblo.

Aparcó la bicicleta en la puerta de Trekosten, una antigua taberna frente a la playa. Entró en el bar y pidió una cerveza. De pronto se echó a reír, como si por fin hubiera entendido un chiste.

¡Menuda bofetada! Esto de Conducir no es un asunto que se pueda tomar a la ligera.

—¿Todo va bien? —le preguntó un amable camarero danés, en un inglés más que aceptable.

—Sí, sí, todo va de maravilla —respondió Saúl. Y no mentía. Desde que conociera a Lotte las cosas habían ido, cómo decirlo, ¡sobre ruedas!, aquí soltó una nueva carcajada. Cuidado, Trífero, se dijo, no bajemos la guardia.

Pese a todo, era difícil no dejarse llevar por esa agradable sensación de no tener nada que hacer más que seguir el dulce curso de los días. La fortuna de la familia Happensauer le aseguraba un bienestar que había empezado a disfrutar, primero con pudor y, ahora, ya abiertamente. Claro está que enseguida empezaré a procurarme mis propios recursos, se decía, pero siendo como era un magnífico cazador de mentiras, no se le escapaba que se mentía a sí mismo como un bellaco.

Y este amargo sentimiento de culpa ¿de dónde viene? Saúl sabía que la felicidad se vería frenada tarde o temprano por la conciencia. Un jinete apocado sobre un

caballo salvaje. Supuso que debía agradecerle a su educación católica sus frecuentes arrebatos de vergüenza. Se pierde la fe, pero nunca el peso de la culpa. Y, sin embargo, quién dice que yo solo no fuera capaz de comprarme una bicicleta, sin ayuda, y es a ella, a mi querida bicicleta, a la que le debo los mejores ratos, lo demás, en realidad, me sobra. Concluido ese razonamiento se sintió más cómodo y se dispuso a disfrutar de su cerveza.

A menudo funcionan así las señales que gobiernan la vida de un hombre. La luz verde y la roja se encienden al tiempo y uno avanza y se detiene. Se despliegan las velas y se esconde el viento, se desenvaina la espada y el valor se esfuma.

Y a esto le iba dando vueltas Trífero, en su bicicleta, camino de la cabaña.

No es fácil, Lotte, deslizarse contigo por la superficie inmaculada de esta felicidad extraña, pero no desesperes que prometo intentarlo.

Se decía estas cosas como si al abrazar sin reservas la clase de vida que Lotte le ofrecía le hiciera un favor a alguien más que a sí mismo.

¿No seria más fácil extender las manos y agradecer después los bienes recibidos?

Seguramente, pero no es así como funciona el alma envenenada de los ingratos.

Al aproximarse a la casa, Saúl vio la figura de su esposa, que dejaba un búcaro de flores recién cortadas junto a la ventana.

¡Maldita Lotte!, se dijo, antes de guardar la bicicleta en el cobertizo.

EL DEMONIO DE LA TARDE

Había mucho que hacer en esa cabaña. Trífero se levantó muy temprano, afiló el hacha lo mejor que pudo y se dispuso a cortar la leña que Lotte había acumulado la jornada anterior. Había visto a su esposa cortar esos troncos de un solo golpe, con una facilidad pasmosa, y aun así pensó que ése era un trabajo más apropiado para un hombre. Colocó una rama gruesa entre dos troncos y descargó el primer golpe. La hoja apenas se hundió un par de centímetros en la madera y al volver a elevar el hacha, la rama se fue detrás. ¡Dios mío, qué complicado es esto! Descargó el segundo golpe, y la rama rodó por el suelo, casi intacta. La recogió y la volvió a colocar sobre los troncos. El tercer hachazo fue aún más desafortunado. No acertó en el centro, como era su intención, sino al extremo de la rama, que salió disparada hacia arriba y le golpeó la cara. ¡Maldita sea! Esta debe de ser del mismísimo árbol del que se colgó Judas. Decidió probar con otra rama, pero no tuvo más suerte. Diez minutos después, sudoroso, herido y humillado, abandonó la tarea. Entró de nuevo en la casa y se quedó por un momento mirando a su mujer, aún dormida. Es un gigante, debe de tener la fuerza de tres hombres. ¿No cortaba ramas aún más gruesas como si fueran queso gouda? Mira bien con lo que te has casado, Saúl. Tiene la fuerza, el coraje y el dinero. ¿Qué tienes tú?

Abandonó el dormitorio y se puso a preparar café y tostadas. Lotte desayunaba como un soldado. Después exprimió tres naranjas y puso el zumo junto al café y el pan caliente. Cuando volvió al dormitorio, Lotte estaba ya despierta.

—Uhmmmm, menudo desayuno —dijo Lotte—, eres el mejor de los maridos.

—Come, mi amor, te va a hacer falta, aún queda mucha leña que cortar.

A veces era Lotte la que preparaba una cestita de picnic, y el matrimonio Trífero montaba en sus bicicletas. Lotte también tenía una, Saúl no había sido capaz de impedirlo, y allí que se iban los dos hacia el interior del bosque, siguiendo los sinuosos senderos que sólo Lotte conocía. A Saúl le faltaba el resuello, tratando de seguirla, tan fuertes eran las piernas y la determinación de esa mujer. ¡Lotte, que te estoy perdiendo!, le gritaba al verse rezagado, y entonces Lotte hacía un alto y le esperaba, y al llegar Saúl a su lado le pedía perdón, con cariño, y trataba de mantenerse a su paso. Y así, la herida que se abría cada día más en el orgullo de Saúl alcanzaba al menos la medida de un palmo.

Al caer la tarde, Trífero montaba de nuevo en su bicicleta, solo, marcando y respetando su propio ritmo, y se acercaba al Trekosten a por su cerveza.

Y al fin y al cabo, ¿qué demonios puedo reprocharle?, se preguntaba, tratando de ser justo con su esposa. ¿Su entusiasmo, su dedicación, su alegría, su tamaño? De ninguna de esas cosas tiene ella culpa alguna. ¿Su generosidad, su fortuna, su entereza? Ningún juez la condenaría por ello. No obstante, alguna culpa debo encontrar si quiero salvar mi propio pellejo. ¿Su inocencia? Eso no es pecado. ¿Su

ignorancia? Aquí Saúl se detuvo un instante. Ignorar la debilidad de la persona amada puede considerarse un delito según el estricto código del matrimonio. Y a la luz de este descubrimiento, ¿no se torna su entusiasmo en arrogancia, su generosidad en presunción, su alegría en desconsideración y su entereza y su tamaño mismo en manifiesta crueldad? Sin duda alguna.

Encontrada por fin la culpa de Lotte, Saúl se sintió mejor al instante. Al fin y al cabo, sólo cuando ella descendía conseguía él ganar altura. No hay más ley en un matrimonio que la que rige una balanza, y sólo quitando peso en un platillo puede el otro recuperar su nivel. Quien no haya estado nunca casado quizá juzgue estas prácticas despreciables, pero Trífero sabía que cualquiera que haya compartido una cama el tiempo suficiente no tendría más remedio que estar de acuerdo.

Si cada mañana Saúl se levantaba cabizbajo, temeroso del castigo que sin duda le esperaba, cada tarde, al caer el sol sobre el norte de Jutlandia, Trífero regresaba a casa, encendido por la ira, dispuesto a enseñarle a la dulce Lotte que aún no estaba del todo vencido.

PREGÚNTALE AL GATO

El pequeño Frederick Nicolaj Trífero Happensauer pesó más de cuatro kilos al nacer. La comadrona, asombrada ante el tamaño y la apariencia más que saludable del bebé, exclamó con orgullo:

—¡Es un gigante!

Saúl sujetó al crío entre sus manos y pensó justo lo contrario: Dios mío, apenas es nada.

—Manténgalo debajo de la lámpara —le dijo el pediatra—. Necesita calor.

Saúl colocó al niño debajo de una lampara roja parecida a esas que utilizan en las hamburgueserías para mantener la carne caliente. Debajo de la luz roja, su hijo, que apenas se atrevía aún a abrir los ojos, tenía el aspecto de un pequeño demonio dormido.

—Fred, te presento a Saúl —dijo entonces la comadrona, pero el doctor Trífero no le vio la gracia al asunto.

Saúl se sorprendió buscando algo dentro de sí mismo, como un hombre desesperado busca dentro de una maleta desordenada.

—Estará usted feliz —dijo el pediatra, un hombre alegre que se había acostumbrado a la rutina con que los milagros se sucedían en su oficio.

¿Feliz?, pensó Saúl. Me siento como un piloto que ha conseguido aterrizar en la cubierta de un portaaviones con una sola rueda, como un soldado atravesado por una flecha en la campaña de Filipinas, como un galeón hundido por el peso del oro, como la cabeza de san Juan Bautista sobre una bandeja. ¿Feliz? ¿Qué demonios es eso? Los nombres que la gente le otorga a las cosas imposibles resultan tan arbitrarios como los números impresos en los billetes de lotería. 68 273 significa que es usted millonario. 71 539 no significa nada. Las manos en la nieve. Los pies en el agua de un río. Las campanas de la iglesia. El miedo que nos sorprende al apagar la luz como si todas las noches fueran una sola y la primera. ¿Qué nombre le ponemos a eso, doctor?

Saúl se quedó mirando al pediatra como si esperara la respuesta a una pregunta que en realidad no había formulado. Como ocurre siempre en estos casos, no hay más remedio, descabalgó el animal de su propia naturaleza y aterrizó en lo que, entre las salas de parto de los hospitales y entre las tumbas de los cementerios, se conoce como normalidad, recurrió al manual de instintos domados por siglos de civilización y formuló, esta vez en voz alta, una pregunta perfectamente comprensible.

—¿Cómo está Lotte?

—Bien —respondió la comadrona—. Dormida.

—¿Dormida?

—Es la morfina. Tienen que cerrar. Este gigante le ha hecho un buen agujero. Estará dormida al menos dos horas.

¡Dos horas! A Saúl le pareció que dos horas con aquel niño en las manos serían como dos vidas, puede que más largas aún.

—¿Qué se supone que debo hacer?

—Puede hacer lo que quiera, señor Trífero. Puede quedarse aquí con su hijo. O puede dejárnoslo a nosotros.

Quiénes son ustedes, pensó Saúl, pero no lo dijo. Permaneció en silencio, sujetando al niño bajo la lámpara roja. Durante aquellas dos horas que no terminarían nunca porque ni siquiera parecían haber empezado.

—Háblame de Roma —le había suplicado Lotte, mientras las enfermeras extendían una sábana que le separaba de cuanto los médicos hacían con su cuerpo. Al contrario que en una representación teatral, las leyes de la medicina responden a una lógica diabólica, al caer el telón la representación comenzaba, y sólo al levantarlo se daría por concluida la función. Saúl observaba la operación como un hijo que mira a un mago sacar un conejo de una chistera y siente que algo así no ha sucedido antes, que algo así es sencillamente imposible.

—Roma —le dijo a Lotte—, Roma es un lugar admirable. Las calles parecen iluminadas por la luz de los edificios y no a la inversa, tanta es la belleza de cada una de sus fuentes, de sus retorcidas estatuas, de la más humilde de las esquinas.

—La Fontana de Trevi —dijo Lotte en un susurro, consumida por la bruma de los calmantes.

—La Fontana, por supuesto —siguió Trífero—, donde todos creen aún ver a la rolliza Anita Ekberg y donde yo sólo consigo verte a ti, más grande y más hermosa que cualquiera de esas mujerzuelas del cine.

No exageraba, Lotte le sacaba al menos dos cabezas a la Ekberg, y sus espaldas, igual de blancas, se extendían aún un palmo mas.

—Pero su pecho —dijo Lotte—, el pecho de la Ekberg…

—Por supuesto —admitió Saúl—, las tetas de la Ekberg no tienen parangón en el mundo conocido pero, aunque no me creas, mi amor, no las cambiaría por tu minúsculo y adorable pecho de lanzadora de jabalina.

Lotte no entendía la mitad de lo que le decía y aun así, sonreía, mientras una legión de carniceros forcejeaba con sus entrañas tratando de rescatar al niño, que sin duda andaba por alguna parte, pero que al parecer no acababa de salir.

—¿Qué hacen? —pregunto Lotte—, ¿algo va mal?

—En absoluto —respondió Saúl—. Al contrario. Los médicos están tan contentos que no se deciden a irse. Como los invitados de una magnífica fiesta.

—No siento nada —dijo Lotte.

—Es que esta buena gente tiene las manos invisibles, mi amor.

—¿Ves algo?

Lo cierto es que Saúl veía más de lo que quería ver. A excepción del bebé,

parecían haberle sacado todo, Saúl se preguntaba si serían capaces de volver a poner todas las piezas en su sitio.

—No veo nada, mi amor. Pero algo me dice que ya están acabando. Cuando terminen recogeremos a nuestro hijo y nos iremos todos a Roma.

—¿A Roma? —preguntó Lotte—. ¿Por qué a Roma?

La pobre mujer desvariaba.

—A Roma porque a mí me da la gana y porque en Roma estás más guapa que en ninguna parte.

—¿Más que en Praga? —dijo Lotte, que sentía por Praga una especial predilección.

—¿Más que en Praga? No lo sé, mi amor, me lo pones muy difícil. En Praga hasta los caballos se paraban a mirarte.

Lotte cerró los ojos un instante. Y Saúl pensó que aquello no era buena señal.

—No te duermas ahora, Lotte, que hay alguien que quiere saludarte.

Apenas había terminado de decirlo cuando el doctor, uno de ellos, parecían todos iguales embozados tras sus máscaras, levantó por encima de la cortina un cuerpecillo envuelto en sangre.

Lotte clavó sus ojos en aquella cosa y exclamó:

—¡Es mi hijo!

—Por supuesto que lo es —dijo el doctor.

Lotte cerró los ojos y cayó en un profundo sueño. Tenía en la cara la más dulce de las sonrisas.

Saúl se quedó un segundo mirando a los miembros del equipo médico, todos cubiertos de sangre y todos satisfechos. Como los asesinos del César.

Abandonaron el Hospital Comunale Legevackt de Oslo una gélida mañana de febrero, Lotte apenas recuperada después de una semana y media de cariñosos cuidados y Saúl aún profundamente confundido, con el otro Trífero en los brazos, vestido como un esquimal enano y con los ojos abiertos de par en par, sin el menor resquicio de desconfianza. Ingrid Happensauer les esperaba en la puerta junto a una nube, pequeña, de reporteros. Las aventuras de la familia Happensauer eran parte habitual de las crónicas mundanas. El chófer de Ingrid, un gigante noruego capaz de partir un tronco de roble con una mano, se abrió paso hasta ellos y, tomando las maletas y las cosas del niño, un millón de cosas diminutas, se encaminó hacia el viejo Rolls de la bisabuela Helka. Ingrid tomó entonces al niño mientras Saúl ayudaba a Lotte a entrar en el coche.

—El nuevo campeón —exclamó la abuela eufórica, como si aquel crío acabase de ganar el Grand National montado en un caballo de tres patas.

Los fotógrafos dispararon sus cámaras para captar el glorioso acontecimiento.

—¿No es maravilloso?

—Seguramente —contesto Saúl—, y ahora, si no le importa, deberíamos irnos. Lotte debe de estar rendida.

Harald, que así se llamaba el imponente chófer, igual que el fundador de Oslo, por otro lado, arrancó por fin el monstruoso automóvil y se encaminó hacia Larvick, donde la mansión de los Happensauer les esperaba presa de una excitación sin precedentes, no en vano aquél era el primer varón nacido en las tres últimas generaciones. Cómo se las habían apañado para mantener su apellido sólo era una muestra más de la fortaleza de aquel manojo de campeonas.

—El primer Happensauer —confirmó la abuela Ingrid con un suspiró de admiración.

—Trífero Happensauer —le corrigió Lotte, pensando sin duda que el entusiasmo de su madre podría ofender a Saúl, sin saber que a él no le importaba en absoluto que su apellido descendiera un puesto, y que aún hubiera preferido que pasase a un tercer lugar o ya puestos, que se perdiera para siempre. Tantas eran las sombras que la llegada de aquel intruso habían arrojado sobre su propia existencia.

—Es igual que nosotros —dijo Ingrid volviendo a la carga.

—Es cierto —reconoció Saúl—, es igual que ustedes.

Mientras el coche tomaba la autopista, Saúl se hundió en el asiento, realmente puede uno hundirse en el asiento de un Rolls Royce, y se quedó un momento mirando su reflejo en la cubitera de plata que enfriaba el champán. Le tranquilizó comprobar que ni siquiera él se parecía a sí mismo.

La mansión de los Happensauer se alzaba en lo alto de una colina junto a las aguas de Skagerrak, de espaldas a las pistas de esquí, rodeada por tupidos bosques de abetos y cubierta de nieve al menos durante seis de los doce meses del año. En realidad sería más apropiado decir la mansión de las Happensauer, ya que los hombres, los distintos maridos ocasionales de las campeonas, apenas habían dejado huella en la magnifica construcción, edificada, mantenida y embellecida por una legión de mujeres. Allí habían vivido la gran Helka y sus dos hermanas, y más tarde la media docena de hijas que habían logrado reunir entre todas, y a las que se habían sumado Lotte y sus cinco primas. Contando las altas y las bajas, es decir, las muertas y las nuevas adquisiciones, su estatura siempre considerable nos es ahora indiferente, vivían allí, en el momento en el que llegó por fin el heredero, doce mujeres Happensauer. Si sumamos la parte femenina del servicio, la cifra se acercaba a las treinta damas. Muy pocos hombres, en cambio. Aparte del afable Harald, sólo figuraban dos más en nómina: Reimar, el anciano jardinero, y un apuesto patrón que se ocupaba del barco y de algunos extras, a juzgar por la expresión de las primas de Lotte cada vez que aquel buen señor entraba en la casa a buscar tabaco para su pipa.

Saúl había convencido a Lotte, con muy buen criterio, de que ese ambiente no era el más indicado para una pareja de enamorados a la que, en palabras de la propia

Lotte, le sobraba el mundo entero, de manera que hasta entonces, como ya se ha dicho, habían compartido un más que apacible destierro en una de las casitas de verano de la familia, al otro lado del mar, en Dinamarca, muy cerca de la playa, muy lejos de aquel ejército de patinadoras enloquecidas. Con la llegada del príncipe, Lotte había aceptado de buen grado la invitación de su madre para volver a la vieja mansión. Al menos durante los primeros meses. Saúl, que no era un hombre dispuesto a luchar contra lo inevitable, había acogido la sugerencia con el entusiasmo que le producían siempre las decisiones ajenas. Aquellas sobre las que no tenía, por tanto, responsabilidad alguna.

El Rolls cruzó la verja y subió la colina, entre la nieve, como un león agotado. Un alud de esquiadores armados con bengalas descendió entonces desde la mansión, al tiempo que el cielo se iluminaba bajo una espesa red de fuegos artificiales. A uno y otro lado del camino, las alegres Happensauer y sus no menos alegres doncellas arrojaban rosas blancas sobre la pintura dorada del coche.

—Oh, mamá —exclamó Lotte—. Es tan…

La abuela Ingrid no pudo contener las lágrimas.

—¿No es precioso, Saúl?

Saúl no supo contestar, lo cierto es que estaba francamente impresionado.

Según se acercaban a la puerta principal, las notas de *Siempre habrá calor para ti en esta casa*, una de las más famosas canciones de una de las más famosas películas de la bisabuela Helka, inundaron la colina.

Lotte abrió la ventanilla del Rolls.

El pequeño príncipe estornudó.

—Demonios —dijo Ingrid—, ningún bebé ha estornudado jamás en esta familia.

Saúl bajó la cabeza, avergonzado, y se maldijo mil veces por la debilidad de sus genes.

Entre todas las primas de Lotte, había dos que le resultaban a Trífero particularmente graciosas, aunque lo cierto es que su interés por las mujeres de la casa había variado de forma caprichosa durante los primeros días, y sus fantasías se habían visto pobladas por muy diversas combinaciones, de las cuales ni siquiera la madre de Lotte, una mujer muy atractiva considerando su edad e incluso sin considerarla, se había escapado. Claro está que Saúl no tenía intención de tontear con ellas, su corazón se debía a Lotte, pero en la soledad de su habitación —disponía de una suite en el extremo opuesto de la mansión al que ocupaban su mujer y su hijo— se había visto a menudo asaltado, entre sueños, por las más descabelladas escenas, en las que sólo, o ayudado por el marinero de la pipa, daba buena cuenta de todas y cada una de las Happensauer. Ese clima de febril frustración al que la cuarentena conyugal le había sometido se veía agudizado por el hecho de que aquellas mujeres, acostumbradas a vivir lejos de las manos y los ojos de los hombres, se dejaban llevar,

en lo referente a su más estricta intimidad, por una descuidada inocencia que rayaba en el libertinaje. Así, las puertas casi nunca se cerraban, las batas no se abotonaban hasta arriba, y las toallas apenas si se sujetaban con esmero alrededor del cuerpo, de los cuerpos, que eran muchos, a la salida del baño.

Lotte permanecía casi todo el día en su habitación, reponiéndose de la operación, y sus primas iban y venían con el crío, saludable como un toro, como si fuera un juguete. Saúl visitaba a su esposa todos los días, dos y hasta tres veces, y con su permiso y su bendición pasaba el resto del tiempo disfrutando de la hospitalidad de aquella fantástica familia. Paseando por el jardín, tomando el té en el salón principal, aburriéndose en la sala de billar, comiendo arenques ahumados aderezados de mil maneras distintas o manteniendo conversaciones irrelevantes con Gilda e Imelda, sus dos primitas preferidas. Tan risueñas, torpes y graciosas como uno de esos dúos cómicos del cine mudo.

—Y díganos, doctor Trífero, si tuviera que elegir, ¿con cuál de nosotras se quedaría?

—Bueno, sería difícil, sois las dos muy bonitas, pero como bien sabéis jamás podría pensar en otra mujer que no fuera vuestra prima Lotte.

Gilda le propinó a Imelda un codazo, Imelda trató de reprimir una carcajada llevándose las manos a la boca y al hacerlo tiró al suelo un jarrón de porcelana.

—Oh, se ha roto y ya sabe lo que quiere decir eso —dijo Gilda.

—No, no lo sé, ¿qué quiere decir? —preguntó Trífero.

—Cuando algo se rompe después de hablar, significa que se ha dicho una mentira.

—Jamás he oído una cosa parecida —contestó Saúl, que desde niño creía tener un don natural para detectar las mentiras, se rompieran o no los jarrones.

—Se ha puesto colorado —exclamó Gilda.

—No lo creo, y ahora, ¿por qué no os vais a estudiar? Yo tengo que subir a ver al niño.

—El niño está con la abuela, y además no tenemos nada que estudiar.

—Demonios, marchaos de una vez —dijo Saúl agitando los brazos. Las dos primas se levantaron y se fueron corriendo muertas de risa, como dos palomas revoloteando en una plaza pública.

Y así se le iban los días al doctor Trífero, esperando la pronta recuperación de Lotte, acorralado por todas aquellas mujeres que eran, a todas luces, demasiadas.

Finalmente, una soleada mañana de marzo, Lotte se puso en pie, aunque dios sabe que habría sido mejor que nunca lo hubiera hecho.

En sus constantes visitas a las habitaciones de su esposa, tres piezas comunicadas entre sí donde dormían también el niño y a menudo la abuela Ingrid o alguna de las primas si la abuela estaba cansada, Saúl había escuchado de los labios de Lotte las

más entusiastas propuestas para el futuro inmediato de la pequeña familia Trífero.

—En cuanto me reponga —le decía—, haremos planes para establecernos en el lugar del mundo que mejor te parezca. Dame dos o tres meses para complacer a mi madre, y después nos marcharemos donde tú quieras. París, Nueva York, Kenia.

—¿Kenia? —había preguntado Saúl.

—Si, tenemos una casa preciosa en Kenia que ya no visita nadie. Podríamos ir allí, si tú quieres.

Saúl se imaginó en Kenia y, aunque no tenia la menor idea de cómo podía ser aquello, le pareció de pronto un lugar muy adecuado para sus propios proyectos, que aún no tenían nombre ni forma, pero que en ningún caso deberían separarse demasiado de esta plácida inactividad a la que le había acostumbrado Lotte.

—Kenia, me suena muy bien —confesó.

—Bien, mi amor, pues piensa en Kenia. Si es donde quieres ir, es donde iremos.

Saúl se había puesto desde entonces a pensar en Kenia y había pensado tanto en Kenia que se le había olvidado todo lo demás, y durante aquellos días previos al accidente, su cabeza vivió feliz en un lugar que nunca visitaría, mientras su cuerpo seguía postrado a los pies de la cama de su querida esposa. Afortunadamente nadie puede librarnos de esos viajes que emprendemos sin movernos de sitio y de los que volvemos con el olor y el sabor de las cosas reales. Saúl viajó mil veces, todas las tardes, a los años de felicidad que les esperaban en África, se sentó bajo la sombra de los árboles, abrió un libro, se bajó de un jeep, se probó un sombrero de ala ancha. Soñó que no se despertaría ya en otro sitio, pero al final se despertó y al hacerlo vio que todo, hasta lo que nunca llegó a ser, se había terminado.

Como decíamos antes, Lotte se recuperó. Salió de la cama y se sintió como un oso después de un largo invierno. Sujetó a su hijo entre los brazos y se puso a dar vueltas por la habitación. Estaba tan contenta que su risa alarmó a Bibeke, la más fiel de las doncellas, y al montón de primas que andaban por la casa. También alarmó a Saúl, que se presentó allí a la carrera.

—Lotte —dijo Trífero entusiasmado—. ¿Ya estás bien?

—Estoy mejor que nunca. Y ahora mismo nos vamos los tres de paseo. ¡Bibeke, tráeme los patines!

Si la abuela Ingrid hubiera estado en casa nada habría pasado, pero la abuela había salido a primera hora para solucionar unos asuntos de índole financiera en Oslo. Y la abuela era, sin duda alguna, la única capaz de detener a Lotte. Saúl lo intentó, y lo intentaron con él Bibeke y todas las primas, algunas de ellas llorando desconsoladamente, pero no había alma humana en aquella casa capaz de sujetarla. Lotte quería patinar y patinaría aunque fuese lo último que hiciera en la vida. Para aquellos que no tuvieron la suerte de conocer a la enérgica Lotte, todo este desgraciado episodio resultó más que confuso, incomprensible. ¿A quién se le

ocurre?, dijeron los médicos, los vecinos, los periodistas y hasta la mismísima policía. Y aún coincidieron en otra pregunta: ¿Cómo es que nadie pudo impedirlo? Pues bien, caballeros, por la sencilla razón, y no hay razón más poderosa, de que Lotte era una mujer ingobernable. Si Lotte quería patinar, patinaba, y poco le importaba entonces que apenas unos segundos antes hubiera estado postrada en la cama herida por un mal parto y una larga convalecencia.

—Me siento más que capaz —dijo ella y se lanzó a buscar sus patines, ya que nadie parecía dispuesto a ir a por ellos.

Y lo cierto es que su condición física nada tuvo que ver con la naturaleza de su accidente, y que hasta el momento mismo en que se quebró el hielo bajo sus pies estuvo deslizándose por la superficie del lago con la gracia de los ángeles y hasta fue capaz, a modo de grand finale, de broche de oro de su propia trayectoria deportiva, de acometer con éxito figuras que durante sus años de competición se le habían resistido obstinadamente.

Aquella mañana de marzo, con Saúl Trífero de testigo, Lotte brilló con la fuerza de la llama que está a un paso de apagarse y pretende, aún así, dejar prendido ese otro fuego que no se ve ni da calor, pero permanece vivo para siempre en la memoria.

Nunca se sabrá, nadie se puso de acuerdo, si el hielo era demasiado fino, la mañana demasiado cálida o el peso de Lotte, que había ganado quince kilos durante el embarazo y aún conservaba al menos siete, excesivo. No puede negarse que una extraña ecuación se alió con el paso del tiempo en contra de la familia Happensauer, sus mujeres cada vez eran más grandes y los inviernos cada vez más cortos.

Y tan pronto como el doctor Trífero se reponga, él mismo nos contará el final de esta parte de su historia. Con su hijo, el joven Frederick Trífero Happensauer, en los brazos, vio hundirse en el hielo a la dulce Lotte, y contempló aterrorizado como las aguas heladas del lago Librick se la tragaron con el apetito de quien lleva años, tal vez siglos, esperando una presa. Y si no dio un paso más sobre la quebradiza superficie de espejo, si no hizo más por salvarla, nadie podrá culparle, pues tenía en sus manos la vida más preciada, la que no se ha de dar a cambio de nada y, al mismo tiempo, tampoco conseguirá nadie levantar el azote del castigo que la culpa y la memoria habrían de marcar a fuego como un estigma hasta el último aliento en el último de sus días.

Acababa de cerrar Lotte la curva final de un remolino, cuando el sonido insignificante de una grieta abriéndose bajo sus cuchillas hizo temblar el valle entero.

Corrí hacia ella, que nadie lo dude, pero a mis pies se abrieron también las mismas grietas que acabaron con Lotte y, teniendo al niño en los brazos, me pudo el miedo y la prudencia. Regresé al coche para dejar al pequeño Frederick y apenas lo tuve atado en su silla, regresé al lago, pero de Lotte sólo quedaba una burbuja. La más grande de todas las Happensauer se hundió sin hacer ruido, sin un grito, sin un

lamento. Avancé diez pasos sobre el hielo, cubiertos los pies de agua, y entonces si, por qué negarlo, temí por mi propia vida y allí mismo, a pocos metros de su muerte, me detuve. Todo lo que podríamos haber sido Lotte y yo se hundió en ese instante. Nada de lo que vino después fue mi vida. Ninguna desgracia fue nunca más mia. Ninguna suerte, mi suerte.

El lago Librick había sido testigo de las andanzas de la familia Happensauer desde que la abuela Helka construyera la mansión en 1930. Durante la guerra vio pasar las tropas alemanas camino de Oslo. Oficiales de las SS trataron de requisar la propiedad entera, pero desistieron al ver en el salón de la gran Helka, sobre el piano, fotografías en las que la bisabuela sonreía flanqueada por el ruidoso Goebbels y el mismísimo Führer. Durante muchos años, hasta 1960, pasó el lago los días sin más compañía que los hijos de los guardeses y algunos chicos del pueblo, pero con el regreso de Helka y de toda su gente a Noruega volvió a servir de pista de hielo y de piscina para Ingrid y sus hermanas Tony, Elena, Pia, y para todas sus hijas. El lago nunca había hecho daño a las niñas. El hielo era consistente en invierno y el agua, fresca y dulce, les había ayudado a combatir el calor de los meses de verano. No era el Librick uno de esos lagos oscuros que arrastran antiguas maldiciones, era un lago amable, respetuoso con la vida que se amontonaba a sus orillas, protegido por los árboles y animado por la risa de los niños. Sólo Lotte dio con el corazón envenenado de aquellas aguas. Nadie antes, nadie después. La abuela Ingrid maldijo el Librick mil veces tras la muerte de Lotte y juró que ninguna Happensauer volvería a clavar en él sus cuchillas.

No pudo evitar, sin embargo, que al llegar el calor, ese mismo año, las más audaces de sus nietas bajasen de nuevo al lago y se arrojaran desnudas al agua, cuando ya casi había caído la tarde y, con ella, su estricta vigilancia.

Para entonces, Saúl Trífero ya estaba muy lejos de allí.

III

LA VIDA BAJO EL LAGO

El naufragio de su vida anterior arrojó a Trífero contra las costas de Manhattan. ¡Estoy vivo!, se dijo al bajar del avión, casi con vergüenza. Destino final, Filadelfia, mintió al agente de inmigración, y sonrió al ver desde el taxi la hilera de rascacielos al otro lado del río. No son tan grandes, pensó al entrar en el Lincoln Tunnel, y al salir se sintió un hombre nuevo, no un hombre mejor, pues lo uno nada tiene que ver con lo otro. Pasó una noche en el Hotel Myflower, junto a Central Park, y a la mañana siguiente rellenó las botellitas de Whisky con té y las de ginebra con agua del grifo antes de bajar a la recepción y pagar solamente por un par de cervezas. Dejó Manhattan y alquiló una casita en Hoboken, Nueva Jersey, porque de pronto los rascacielos le volvieron a parecer enormes. Vivió en Hoboken, junto a la avenida Washington, menos de un mes, porque una buena mañana se dio cuenta de que aquel era un lugar insignificante. Regresó a Manhattan no sin antes haber seducido a media docena de mujeres casadas en el supermercado. No encontró razón alguna que justificara su comportamiento. ¡Era tan fácil! Había descubierto una mina junto a la sección de congelados. Allí el recuerdo de la dulce Lotte se hacía más vivo y le resultaba absolutamente imposible reprimir las lágrimas. Soy viudo, les decía entonces a las pobres amas de casa que arrastraban sus carritos con la desesperación y el aburrimiento de quien cava su propia tumba. No hizo falta mucho más. Un sollozo, un café, dos lecciones de tenis, ¡cómo les gusta a las mujeres el tenis, sobre todo en los suburbios! Coser y cantar, como habría dicho su abuela, una obstinada aragonesa que tonteó con un brigadier poeta pero terminó casándose con una mala bestia. De vuelta a Manhattan, caminó mucho y siempre en círculos concéntricos. De Harlem a Battery Park, del Upper East Side al mercado de la carne, de South Port a la cocina del infierno, de este a oeste, de un río al otro, para acabar finalmente en el centro de la ciudad, bajo la sombra arrogante del Rockefeller Center, frente a la pista de hielo, arrastrado hasta allí como una araña atrapada en los violentos remolinos del agua de una bañera.

Deslizó la vista por el hielo. Ignoró a los turistas y buscó a las campeonas. Sin éxito. El único patinador competente resultó ser un anciano, vestido con una camisa atiborrada de frutas tropicales. Trífero estaba a punto de desesperar cuando en el centro mismo de la pista descubrió a la pequeña Albita.

Torpe como un caballo percherón y diminuta como una ardilla, latina, mal teñida de rubio, encantadora, grotesca, perfecta.

Sólo una mujer despreciable conseguirá corregir el tamaño desmesurado de Lotte, pensaba Saúl mientras se acercaba, resbalando sobre sus zapatos, hasta lo más profundo del círculo helado. Hasta el lugar exacto al que nunca se había atrevido a llegar. Después le bastó la más estúpida de las conversaciones, antes de que les expulsaran juntos de la pista.

LOS MEJORES AMIGOS DE JERUSALEM

¿Qué harán estas manos?, se preguntó el profesor Jerusalem. ¿Serán capaces en alguno de esos otros mundos paralelos de tocar el piano con la precisión resuelta de los maestros? El pobre hombre sabía poco de pianistas, por eso no pensaba en ninguno en concreto. ¿Cerrarán negocios a escala internacional? ¿Firmarán tratados de paz que consuelen a las naciones? ¿Acariciarán a las mujeres más hermosas? Llegado a este punto el viejo profesor vio a la señora Jerusalem al otro lado de la ventana, ocupada como siempre en sus rosales, y no pudo evitar cierta vergüenza. Y es que así había sido todo en su vida, hasta el tamaño de sus sueños resultaba insignificante. Cómo recordaba los días de la academia, cuando el entonces brillante matemático aún creía posible escribir su nombre en los libros de historia. Sin embargo, los años habían ido pasando y los altares de la ciencia habían sido ocupados poco a poco por nombres más ilustres: Hawking, Dewitt, Germer, Tauloski, Kaku… ni una nota a pie de página para el pobre Jerusalem.

—¡Hola, cariño!

El profesor le devolvía el saludo a su señora, que agitaba las tijeras de podar con afecto.

Soy como los monos, se dijo, refiriéndose a los monos del experimento del Jardin des Plantes, que después de seis meses jugando con un lápiz y un papel sólo habían alcanzado a dibujar los barrotes de su jaula. Soy un mono encerrado por los números. Al otro lado de estas silenciosas ecuaciones se extienden luminosos mundos *n*-dimensionales, y mientras tanto yo no soy capaz de ver más que el grosor de los barrotes. Me agarro como un idiota a la poesía de las posibilidades, y caigo una y otra vez derrotado por la tiranía de las probabilidades. Soy el mono del Jardin des Plantes, repitió en voz alta dejando escapar la angustia y la frustración acumuladas en años de cálculos inexactos.

—¿Dices algo, cariño? —preguntó la señora Jerusalem desde el jardín.

—Nada, mi amor, no digo nada —respondió el profesor.

—Me había parecido. Y ahora, si no estás haciendo algo muy importante, haz el favor de sacar el coche, que tenemos que bajar a la ciudad a comprar patatas. Esta noche viene tu madre, y ya sabes cuanto adora Thelma mi ensalada campesina.

El profesor Jerusalem aparcó el coche frente al supermercado. La señora Jerusalem se sorprendió al ver que su marido no se bajaba.

—Te espero aquí, cariño, creo que tengo algo en la cabeza.

La señora Jerusalem estaba acostumbrada a que su marido fuera presa de momentos de inspiración en los lugares más insospechados, así que no le dio demasiada importancia.

—¿No vamos a fumar, verdad?

—No vamos a fumar, sólo vamos a pensar.

—De acuerdo, vuelvo en un momento. Patatas, vino blanco y salsa mil islas. No necesito más.

—Aquí te espero.

—Ten muchas buenas ideas.

—Lo intentaré, mi amor.

El profesor Jerusalem se quedó mirando a su mujer hasta que estuvo seguro de que había traspasado las puertas mecánicas. Aún esperó un poco por si se había olvidado algo y volvía a salir. Después, ya más tranquilo, encendió un cigarrillo. Desde el aparcamiento, al otro lado del río, se veía el perfil abultado y puntiagudo de Manhattan.

Nueva Jersey, pensaba Jerusalem, no dejé Santa Cruz para vivir en Nueva Jersey Esto no es Nueva York. Esto no es nada. Muchas buenas ideas. Pobre mujer. En Nueva Jersey no se tienen ideas. Se tienen ideas en Manhattan, en París, en Viena. Los grandes hombres viven en grandes ciudades. Sólo los condenados vivimos a este lado del río. Los habitantes del desierto. Los desterrados. Estamos solos, Thelma, solos y vacíos.

Por una cruel coincidencia, la mujer del profesor Jerusalem se llamaba Thelma, como su madre. Al principio no le había dado importancia al asunto, el joven profesor se creía aún capaz de vencer un par de desgraciadas casualidades pero, ahora, después de treinta años de matrimonio, había comprendido que la teoría del caos se desmoronaba ante la perfecta maquinaria de fatalidades que regía su vida. Nada es casual, se decía. Por más que se agite el puzzle, todas las piezas vuelven a encajar con demoledora exactitud en el mapa de mi fracaso.

El profesor Jerusalem apagó el último cigarrillo al ver salir a Thelma cargada con las bolsas de la compra. Después puso el motor en marcha.

—Salsa mil islas —dijo la madre del profesor Jerusalem—, me pregunto qué mil islas son ésas.

La cena había sido un éxito. Thelma había devorado con pasión la ensalada campesina de Thelma y después Thelma y Thelma habían jugado al scrabble hasta que Thelma, su madre, pensó que ya estaba bien y que mejor sería que su hijo sacara el coche del garaje para llevarla a la estación de autobuses.

El profesor Jerusalem había estado leyendo el periódico después de la cena y apenas si había prestado atención a las dos mujeres, hasta que escuchó a su madre decir:

—¡Cracela! Treinta puntos.

—Dios mío, mamá, eso no es una palabra.

La otra Thelma, su mujer, le miró con un gesto de reprobación. Los dos sabían que Thelma, su madre, se inventaba palabras al jugar al scrabble, pero sólo al profesor parecía molestarle.

—Sí que lo es. Sabelotodo. Cracela. Es una palabra tan buena como cualquier otra.

—¿Ah, sí, mamá? Entonces, dinos qué demonios significa.

—Deberías tener más respeto, hijo mío, puede que sepas manejarte bien con esos números tuyos, pero no sabes como tratar a una madre y desde luego, no sabes una mierda de palabras. Cracela, querido mío, es una llave de madera en forma de tridente que se usaba en las tribus primitivas de África para cerrar las grandes puertas de los almacenes de grano.

—Y un cuerno —protestó el profesor Jerusalem.

Madre e hijo fueron en silencio hasta la estación de autobuses. El profesor Jerusalem trató de encender un cigarrillo, pero su madre se lo arrancó de los labios y lo arrojó por la ventanilla.

Al llegar, el profesor besó a su madre en la mejilla.

—Salsa mil islas —dijo ella—, me pregunto qué mil islas serán ésas. —Después entró en la estación.

El profesor Jerusalem encendió por fin un cigarrillo y condujo de vuelta a casa.

POCO COMÚN

Las fiestas junto al mar tienen un encanto especial del que carecen las fiestas de interior, por llamarlas de alguna manera, y Saúl Trífero, que no era ni mucho menos buen bailarín, se había acostumbrado al reflejo de la luna en el agua y al crujir de la madera de los puertos, con la resignación con que un obrero de la construcción se acostumbra al sudor bajo el casco. Qué extraña alegría, sin embargo, al cambiar una copa de martini vacía por una copa de martini llena. Así es todo en la vida, pensaba Saúl, perfectamente reemplazable. Por supuesto que pensaba también en Lotte, la dulce Lotte, la robusta Lotte, la pobre Lotte, pero no pensaba en ella como podría imaginarse, y podrían imaginarse cientos de maneras de pensar en una esposa recién fallecida, sino de una manera cien veces distinta. Cualquiera que haya conocido siquiera un poco a la alegre Lotte, la ardiente Lotte, la pobre Lotte, sabrá que se trataba de una mujer irreemplazable, pero si Saúl Trífero pensaba lo que pensaba al cambiar, con un elegante juego de manos, una copa de martini por otra, sus razones tendría.

—¡Caramba, amigo mío —dijo el predicador—, está usted estupendo, considerando lo que ha sufrido!

—Caramba, amigo mío —respondió Saúl—, eso parece.

Si Saúl Trífero hubiera sido capaz de detestar, sin duda habría detestado a todos y cada uno de los predicadores, y en especial a éste, que le recordaba los largos inviernos noruegos y los cortos veranos noruegos y todo el resto de las molestas cosas noruegas, pero Trífero no era capaz de un sentimiento tan profundo, así que se conformaba a menudo con ser impertinente.

La impertinencia no está del todo mal vista en según qué fiestas y es, en cualquier caso, un pecado perdonable. Seguramente porque la impertinencia, como el ping-pong, es una actividad insignificante que jamás ha matado a nadie.

Había algo más en ese hombre, aparte del mero hecho de ser noruego, que intranquilizó a Saúl enormemente. Apenas le bastó cruzar dos palabras con él para darse cuenta de que mentía. No respecto a su fe, la fe es al fin y al cabo una mentira incuestionable, sino respecto a sus verdaderas intenciones. También puede ser que la sola mención de su difunta esposa le llevara a ese estado. A pesar de sus esfuerzos aún podía escuchar el crujir de las grietas en el hielo. Incapaz de adivinar la causa de su inquietud, decidió alejarse de aquel noruego entrometido, como antes se había alejado de todo cuanto le llevase de vuelta, aunque sólo fuera por un instante, a esas desafortunadas tierras. Abandonó al predicador y se perdió de nuevo entre el ruido de la fiesta.

Agedor Grenen se ajustó el alzacuellos, más que satisfecho.

Conozco a la gente de su clase, se había dicho Trífero al mirar de frente a los sofisticados invitados, que formaban un grupo heterogéneo, pero abarcable, según su

propio criterio, bajo el abrazo común de la elegancia, el exceso de bienes y esa tristeza casi imperceptible que ya había visto en los dueños de otros yates, gente que ha llegado al borde mismo de sus sueños para comprobar que la altura del abismo que se abre bajo sus pies sigue siendo la misma que les impulsó a emprender el camino.

La fiesta, que tenía lugar en el embarcadero de Battery Park, detrás del Millenium Center no se diferenciaba en lo esencial de las veladas que había frecuentado en el club náutico de Palma de Mallorca o en el pequeño puerto de Skagen al norte de Dinamarca, salvo por el hecho de que aquí los barcos eran aún más grandes, y la gente, aún más rica. La cena había sido convocada por un famoso millonario con nombre de perro, que alternaba la construcción de torres monstruosas en el centro de Manhattan con una serie de actividades atípicas que incluían tanto apariciones en episodios piloto de series de televisión fracasadas, como generosas contribuciones económicas en el campo de la ciencia experimental y el desarrollo de nuevas tecnologías, Saúl se había colado allí, con la ayuda de su esmoquin, para robar canapés, una vieja costumbre de la que no había logrado librarse, y se había dado cuenta, tres o cuatro martinis después, de que se encontraba en una extraordinaria velada científica. Junto a personajes que le resultaban familiares, lo fueran o no, Saúl descubrió a unos tipos ajenos al tono y el ritmo de esta clase de ambientes. Profesores huraños y sabios despistados que alternaban el vértigo frente a los escotes de las damas con el pavoneo infantil de quienes sin estar acostumbrados se tropiezan de pronto con la crema de la comunidad náutica internacional. Apropiándose de la vieja fábula podría decirse que se abrieron mucho los picos y se cayeron muchos quesos. Saúl se mostró enseguida profundamente interesado en las conversaciones que saltaban sobre la cubierta de los yates, iluminando a los no iniciados en los abismos de la mecánica cuántica, esa revolución científica que comenzó Albert Einstein y que desde entonces ha puesto patas arriba cuanto hemos aprendido de nuestro mundo y de nuestra propia razón de ser. Tan apasionante le pareció el tema a Trífero que al quinto martini, y antes de pasarse al champán, se había nombrado a sí mismo doctor en la materia y hasta se había atrevido a exponer algunos puntos de vista, improvisados y medio robados de cuanto iba escuchando, con el fin de impresionar por su cuenta a alguna de las atractivas invitadas. Después de rodar durante poco menos de una hora por los diferentes corrillos ya creía haber almacenado la suficiente información como para dárselas de experto entre los ignorantes. Una tarea más sencilla de lo que pudiera parecer. Mientras escuchaba, Saúl se había percatado (su impermeabilidad ante la mentira era tanto un don como un vicio) de que entre los científicos asistentes había quienes mentían y quienes creían decir la verdad. Era difícil decidir cuáles resultaban más sorprendentes o más peligrosos.

—La mecánica cuántica se nos muestra tan contraria a la razón, que para tratar de acercarse a su misterio no hay que estar iluminado, sino más bien confundido —dijo

el doctor Trífero, recitando de memoria algo que acababa de escuchar en boca de un verdadero doctor en física por la Universidad de Córdoba, Argentina.

—Es fascinante —dijo la señorita O'Reylle, una adorable heredera que había conseguido esconder bajo una pequeña porción de tela un cuerpo fresco y ondulado como las colinas de Irlanda.

Por supuesto, Trífero había tenido la precaución de alejarse de los corrillos que formaban sus colegas, así había decidido llamarlos, y se había refugiado en una esquinita del embarcadero donde la luz era tenue y la música de la orquesta apenas se oía bajo el murmullo del mar. No había contado, claro esta, con la timidez del profesor Jerusalem, que había decidido apartarse también de sus colegas, él sí podía llamarlos así con absoluta propiedad, y del ruido de la fiesta para encerrarse en sus propias meditaciones, que incluían importantes disensiones con el pensamiento del resto de las estrellas de la velada. Y así fue cómo Saúl, buscando el amparo de la soledad para desplegar su alfombra de encantadoras mentiras, y Jerusalem, buscando justo lo contrario, un refugio para sus nada populares certezas, se encontraron por primera vez.

—No hay por qué sorprenderse tanto, señorita O'Reylle, el espacio y el tiempo no son el decorado de la acción sino jugadores esenciales en el desarrollo de la acción.

—Lo sé —respondió la señorita O'Reylle, al fin y al cabo, Trífero no decía nada que no pudiera leerse en cualquier libro de texto de enseñanza media—, pero, ¿y esos otros mundos de los que hablaba el profesor Ramos hace un instante?, ¿de qué manera pueden relacionarse con éste?

—Bueno, querida, de la misma manera que el beso de un extraño en la oscuridad puede relacionarse con su matrimonio. ¿Acaso la infidelidad no es ya una manera de habitar mundos paralelos?

La señorita O'Reylle no quiso contestar, intuyendo que Saúl estaba cerrando con su palabrería las puertas de la más vieja de las trampas. No estaba dispuesta a caer, al menos no tan fácilmente, pero tampoco tenía prisa por escapar.

—Es usted un hombre poco común —dijo, mirando las guirnaldas de bombillas enredadas en los mástiles y luego, al ver la sombra de Jerusalem, exclamó:

—Profesor, por favor, únase a nosotros.

La señorita O'Reylle cruzó las presentaciones y Jerusalem y Trífero se dieron un recio apretón de manos.

—El doctor Trífero —continuó ella— trataba de convencerme de que hay mundos dentro de éste. Profesor, nos gustaría contar con su opinión.

—Bueno, hay quien cree —dijo Jerusalem— que cada vez que elegimos un camino, o nos decantamos por una opción frente a otra, el universo entero se divide en dos.

—¡Qué delirante teoría!, ¿cuántos universos habría entonces?

—Infinitos —respondió Trífero, que empezaba a cogerle el gusto a esa locura—. Algunos poblados por otros nosotros, enredados en mejores o en peores

circunstancias y muchos más aún, desiertos, vencidos por condiciones adversas y, otros, tal vez gobernados por otras formas de vida.

—¿Es eso cierto, profesor? —pregunto O'Reylle, que respetaba la opinión de Jerusalem por encima de la de Trífero, aunque sólo fuera porque el profesor era mayor y más feo.

—Podría serlo.

—Imagínese usted —añadió Trífero animado por el inesperado apoyo recibido de ese venerable profesor—, un mundo en el que el joven Adolf Hitler hubiera perseverado en su afición a la pintura, ¿no le habría ahorrado a Europa esa decisión insignificante sus horas más amargas? Pues bien, ese mundo puede haber existido.

—Le ruego, profesor, que haga usted callar al doctor Trífero; va a conseguir que dude de mi propia existencia, aquí y ahora.

—Bueno, lo que dice el doctor Trífero no es del todo descabellado.

—Dios mío —respondió ella—, creo que mañana tendré un dolor de cabeza espantoso.

El profesor Jerusalem, que no era un animal de fiesta, como dicen en América, se excusó con torpeza y se alejó por el muelle. Entre sus proyectos inmediatos no figuraba el cautivar con sus conocimientos a millonarias altamente impresionables.

—Menudo tipo siniestro —dijo Trífero, que en ese momento estaba lejos de imaginar que aquel hombre se uniría muy pronto a su propio destino. ¿Cómo podía saber entonces que recordaría el nombre de Jerusalem en la antesala de su propia muerte, tumbado panza arriba en el fondo de una piscina vacía? No podía.

—Es un sabio —dijo la señorita O'Reylle.

—Por supuesto —contestó Saúl—, todos lo somos.

Saúl Trífero regresó a su pequeño apartamento a medianoche. Albita estaba ya en la cama, desnuda bajo una camiseta de asas. Despierta, haciendo ver que leía una revista con evidente actitud de reproche.

—Te he dicho mil veces que no te pongas mi ropa —dijo Saúl nada más entrar, pues había aprendido, después de dos agotadoras semanas de convivencia, que aquella mujer horrible sólo moderaba su hostilidad ante muestras de una hostilidad aún mayor por su parte.

—¡Canalla! —gritó Albita arrojando la revista tal y como había visto hacerlo a esas mujeres de las series de televisión.

Saúl se acercó a la nevera, que estaba tan cerca de la cama que la puerta rozaba el colchón y sacó una botella de vino blanco.

—¿Vas a beber? —preguntó Albita.

—No, querida, voy a lavarme los pies. Si te pararas a pensar te darías cuenta de que más de la mitad de tus preguntas se contestan solas.

Saúl se sirvió una copa de vino.

—Vienes tarde, sin avisar, no me dices dónde has estado, te paseas con ese estúpido esmoquin, me ignoras, me abandonas aquí sin dinero…

—Oh, pensaba decirte ahora mismo dónde he estado, no puedes ni imaginarte, he conocido a una gente muy curiosa. Te hubiera encantado. Mecánica cuántica, un asunto rematadamente interesante.

—¿Mecánica cuántica? ¿De qué cuernos me estás hablando?

—Olvídalo. En cualquier caso, no lo entenderías. En cuanto al dinero, bueno, mi situación no es mejor que la tuya.

—Dijiste que podía quedarme contigo.

—En efecto, pero no veo en qué forma mi buena fe puede volverse en mi contra.

—¿Tu buena fe? Y todo lo que hemos hecho en esta misma cama, ¿no significa nada?

—¡Lo que hemos hecho en esta cama! ¡Ni más ni menos! Cualquiera diría que hemos escrito Macbeth en esta cama. Lo que hemos hecho aquí lo hace todo el mundo por todas partes, querida.

—No tienes derecho a hablarme así… a las putas se las trata con más respeto.

—No lo dudo —dijo Trífero, que estaba más que harto de Albita y de sus grotescas quejas.

Saúl hizo un rápido recuento de sus días junto a Albita y, la verdad, no encontró su relación nada satisfactoria. Tras su primer encuentro, y después de que Trífero consiguiera sacarle dinero suficiente para pagar el alquiler, Albita se había empeñado en mudarse a su apartamento y Saúl no había sabido negarse. Habían ido al cine dos veces, pero Saúl no soportaba que Albita hiciera comentarios en voz alta durante la proyección, así que se negó a volver a llevarla. Las cenas en público le causaban una vergüenza similar; porque aquella mujer encontraba siempre la manera de enzarzarse en discusiones absurdas con los camareros. El tamaño de los langostinos o el punto de las hamburguesas eran para ella razón más que suficiente para arrojarse sobre el libro de reclamaciones. Finalmente Saúl había decidido no volver a salir con ella a la calle y sólo la veía por la noche al volver a casa. Pasaba los días andando por Manhattan, buscando alguna fiesta en la que colarse. Saúl demostraba un especial interés por todos los asuntos extraños y por cualquier clase de felicidad ajena, y su padre le había educado para manejarse con soltura en los entornos más dispares. De niño, hasta la adolescencia, comer con periódicos debajo de las axilas era práctica habitual en su casa, y si alguna vez sus codos se separaban del cuerpo su padre no dudaba en lanzarle un cuchillo de lado a lado de la mesa. Como decía su abuelo, en la mesa y en el juego se demuestra el caballero, y su familia debía responder a la nobleza de su pasado inmediato. Su bisabuelo Eliseo, primer conde de Illas, fue sin ir más lejos preceptor del mismísimo rey Alfonso XIII. A la caza de eventos en los que desempolvar sus buenas maneras, Saúl había asistido ya a dos bodas y a tres convenciones. La de esa noche era su primera gran fiesta, de ahí el esmoquin. Estaba más que orgulloso de su capacidad para fundirse a la perfección en todos los

ambientes y tenía a gala no desentonar jamás, fuera cual fuese el carácter de la reunión o la condición social de los invitados. Albita, por supuesto, no encajaba en sus planes. Ella parecía tener el don inverso. No había situación en la que su presencia no resultara incómoda.

—Tal vez debería marcharme —dijo Albita—. Está claro que no me mereces.

—Por supuesto que no, hace tiempo que vengo diciéndotelo.

Albita salió de la cama. La furia se había apagado. Se quitó la camiseta de Saúl y empezó a recoger sus cosas. Saúl miraba a aquella pequeña mujer desnuda revolviendo su piso, abriendo y cerrando cajones, entrando y saliendo del baño, abrochando con esfuerzo pequeños neceseres llenos de botes, de instrumentos absurdos como rizadores de pestañas y bolitas de algodón, de esas que se ponen entre los dedos de los pies para pintarse las uñas, miraba a Albita y pensaba en la clase de tratos que hacen la necesidad y el deseo.

Cuando Albita comenzó a arrastrar su maleta, ya casi llena, Saúl se preguntó por qué demonios no se habría vestido antes de recoger todas sus cosas, tan triste resultaba su figura iluminada en exceso por la luz del techo, tres bombillas blancas sin pantalla, que resaltaban la palidez de la piel como la luz de un quirófano, tanto, que era capaz de ver sus poros dilatados por el sudor y los pelos en sus piernas mal depiladas. No puedo soportarlo ni un segundo más, se dijo, antes de abalanzarse sobre ella.

Follaron en el suelo, el vecino de abajo protestó dos veces. Después Albita deshizo la maleta.

LA ELEGANCIA DE AGEDOR

Agedor Grenen tenía sus propios problemas. Oh, no; encontrar a Trífero no había resultado difícil, al fin y al cabo el Gran Banco de Oslo sólo tenía una sucursal en Manhattan. Era cuestión de sentarse allí a esperar. El doctor Trífero no tenía otra fuente de ingresos que la línea de crédito abierta a su nombre por Lotte, el resto de las cuentas habían sido congeladas por órdenes expresas de la familia Happensauer. Económicamente hablando, Trífero agonizaba. Lo verdaderamente difícil había sido escoger los disfraces. Agedor, en su modestia, era todo un actor. Sus días de teatro universitario no habían resultado, en contra de la opinión de su padre, tiempo perdido. Oh, no, su poquito de lbsen le había venido la mar de bien en este delicado asunto. Y ahí residía la principal preocupación del emprendedor abogado noruego. No es la fuerza del golpe, sino el juego de muñeca. ¿Se había excedido, tal vez, la otra noche? No pretendía burlarse, si utilizó un clergyman fue porque pensó que a Trífero le costaría más trabajo desconfiar de un hombre de fe. ¿Se había acercado demasiado? Oh, no lo creo, pensó Agedor, considero que fue un movimiento de lo más elegante. Al fin y al cabo debía asegurarse de que Trífero no le recordaba. Más de una vez había visitado la mansión para tratar diversos asuntos con Ingrid Happensauer. Oh, Agedor, qué distinto es esto del teatro de aficionados. Mi papel aquí depende en gran medida del papel del propio Trífero y, ¿quién puede saber qué papel representa el extraño doctor? Todo el asunto era de lo más desafortunado. De principio a fin. Hasta qué punto era Trífero inocente, hasta dónde era culpable. Cuál era su delito si es que había cometido alguno. Oh, nadie pensaba que hubiera arrojado a la dulce Lotte al fondo del lago, pero, ¿trataría de sacar provecho del desgraciado accidente? Para eso estaba Agedor en Nueva York, para adelantarse al conflicto, eso sí, con suma elegancia. Creemos que es usted el hombre adecuado para esta empresa, le habían dicho en la central de Oslo. ¿Lo era? Oh, sí, pensaba Agedor. Pero enseguida él mismo dudaba. Cómo se mide el caudal de elegancia en un hombre. Su jefe, el señor Ihonnesen, se lo había expuesto con claridad. Se trata de tocar la bola sin rasgar el tapete, Agedor, y a pesar de lo que pueda parecer, no es un juego sencillo. Y tanto que no lo era. ¿Cómo parar a quien aún no ha empezado a correr?

Tal vez Trífero no tenía intención alguna de acercarse a la fortuna de las Happensauer, tal vez sólo era un hombre confundido y desolado y, sin embargo, el informe que habían puesto en sus manos estaba plagado de datos contradictorios, y de la contradicción a la sospecha, querido Agedor, no hay más que un paso corto. ¿Quién era aquel doctor en nada? ¿Aquel cazadotes de club de mar? ¿Aquel padre insensible capaz de abandonar a un niño recién nacido en tierras lejanas? Cuidado, Agedor, se dijo, mientras se embutía en su disfraz de soy-como-todo-el-mundo; un chándal, unas zapatillas y un abrigo de lana de segunda mano. Cuidado, Agedor, se decía. No estamos aquí para juzgar, de eso ya se encargarán en Oslo, sino para

observar. Oh, no había sido fácil, desde luego, mezclarse entre la gente de Manhattan sin llamar la atención. Bien es cierto que la ciudad estaba llena de gente de todo tipo, pero había un factor común que Agedor se había esforzado en asimilar. Su aspecto de entrada era, ¿cómo decirlo?, demasiado saludable. Agedor se veía a sí mismo como un billete nuevo, limpio y reluciente, y siendo como era un billete falso, ese aspecto no le convenía en absoluto. Al mirarse en el espejo, no podía reprimir una sonrisa. Eres un billete usado, pensó, dispuesto a pasar de mano en mano sin que nadie repare en ti. Orgulloso como estaba de su nueva apariencia, Agedor aún trataba de reprimir, en la medida de lo posible, el peligro que adivinaba en el mínimo exceso de confianza. Cautela, Agedor. El dinero y la muerte son ingredientes delicados que combinan rematadamente mal. Si la pena de Trífero era más grande que su ambición, un paso de más por su parte podría resultar imperdonable. Si se daba la ecuación inversa, un paso de menos pondría en peligro los intereses de su representado. En fin, se dijo, no valdría cualquiera para una misión de tan sutil naturaleza, ni estaban locos quienes confiaron en ti. Seamos elegantes. En el nombre de Angsbard, Jorgen y Dretzel, en el de la familia Happensauer, en el del propio Agedor Grenen, aspirante a socio del bufete, seamos elegantes. Esperar y ver, se dijo Agedor. Ni más ni menos. Después guardó su guía turística en el bolsillo del abrigo. Oh, hay tanto que descubrir en una ciudad como ésta.

HUELLAS DE GUSANO

El profesor Jerusalem no era un asiduo de las cabinas de peep show, pero más de una vez se había sorprendido a sí mismo merodeando por Times Square entre los niños, los turistas y las tiendas de Disney en busca de uno de los dos o tres locales de entretenimiento para adultos que el alcalde aún no había conseguido cerrar. No es lo mismo, pensaba Jerusalem, desde que el ratón Mickey se ha instalado en el barrio. Antes uno se sentía un hombre solitario, ahora te hacen sentir como un pervertido. El profesor Jerusalem introdujo un billete de cinco dólares en la ranura y al instante el cristal blanco se volvió transparente. ¿Cómo demonios harán eso?, se preguntaba Jerusalem con verdadera curiosidad, al fin y al cabo era un genuino hombre de ciencia. Una tremenda cubana sacudió, no obstante, todas sus preocupaciones y el profesor se llevó la mano a la bragueta. No es cuestión de perder tiempo, estas máquinas se tragan el dinero a una velocidad de vértigo. En la cama giratoria la cubana se deshizo del tanga y se abrió de piernas. Magnífico, pensó Jerusalem. El cielo debe de ser algo muy parecido a esto. Como si le leyera el pensamiento, la mujer se puso a cuatro patas. Dios mío, qué culo. No ve uno culos así todos los días. ¿Tendrá familia esta mujer? ¿Tendrá marido? ¿Me darán su número de teléfono? ¿Es legal la poligamia en Cuba? Podría matar a la señora Jerusalem con una barra de hierro y enterrar su cuerpo bajo los rosales. María Santísima Madre de Dios. La reina del arrecife. La dueña del malecón. Rita, Marita, Margarita, ¿cómo se llamará esta buena señora? Perdóname, Thelma, me dejo llevar por el deseo. Perdón, perdón, perdón.

Al otro lado de la cama giratoria Saúl miraba también a la tremenda cubana. Se supone que los cristales de las ventanillas del peep show no dejan ver la cara de los clientes, pero por alguna razón las caras alrededor de la cama siempre se ven perfectamente y por alguna razón nadie se queja. Casi todos los hombres consiguen una erección más sólida si intuyen que la temible mujer enjaulada les está observando. Saúl reconoció al instante al profesor Jerusalem. El profesor, que se entregaba con más pasión, tardó un buen rato en darse cuenta.

—¡Mierda! ¿No es ése el doctor Trífero?

El profesor Jerusalem se la guardó y salió de la cabina.

—Esto podría hundir mi reputación. Si la tuviera.

Lo cierto es que difícilmente podía el viejo profesor caer más bajo. ¿Acaso no le habían expulsado de la cátedra de mecánica cuántica de la NYU con la saña con la que se extirpa un tumor? ¿Acaso no se habían reído de él en el congreso anual de física cuántica de la Universidad de Columbia? Váyase usted, amigo mío, y llévese todos sus grotescos cálculos, le había dicho el insigne profesor Tauloski, y aún había añadido: sus tristes números están enfermos. Si hasta su propia madre le había murmurado a la señora Jerusalem: «te merecías algo mejor», en el transcurso de una

de sus cenas semanales. A pesar de todo, el profesor Jerusalem no podía soportar la idea de ser atrapado por quien él creía un ilustre colega en un terreno tan poco científico. ¿No es la dignidad del hombre vencido, del hombre ridículo, si quieren, tan valiosa como la de cualquier otro? El profesor trató de recobrar la calma. No será él quien me delate, razonó, estamos los dos en la misma situación. Y sin embargo, tal vez el doctor Trífero es uno de esos genios excéntricos a quienes cualquier cosa les está permitida. A la luz de la gloria todos los vicios son pequeños y en cambio, a la sombra de la derrota las más corrientes debilidades se vuelven faltas imperdonables. No se juzga a un hombre por sus actos, sino por su condición. Se perdonan los sombreros más extravagantes en las mujeres bellas, y en las feas resulta inaceptable un solo paso más allá de la más aburrida discreción. Soy fea, pensó el profesor, soy fea y nada se me perdona. Corramos hacia la salida, o mejor caminemos deprisa, que resulta más elegante.

—Buenas noches, profesor Jerusalem.

Saúl ya estaba junto a la puerta.

¡Mierda!, pensó Jerusalem, y en cambio dijo:

—Buenas noches, doctor Trífero.

Salieron del peep show y cruzaron Broadway.

—Permítame que le invite a un martini —se ofreció Saúl y, sin esperar respuesta, se encaminó hacia el Algonquin.

El profesor Jerusalem aún tenía un incómodo bulto en los pantalones y andaba encogido como si pretendiese taparse la polla con los codos.

—Cómo ha cambiado esto —dijo Saúl mirando Times Square con la tristeza con que se mira a un amigo muerto.

El profesor Jerusalem tampoco contestó esta vez. Siguió caminando detrás de Saúl como un niño asustado.

Al llegar a la calle 46 consiguió por fin enderezarse. Estaba empezando a anochecer y un martini le pareció de pronto la mejor de las opciones posibles.

Entraron en el Blue Bar del Algonquin, donde tantos nombres ilustres antes… etcétera, etcétera. Saúl Trífero se acercó a la barra y pidió dos martinis, y dígame usted, se dirigía a Jerusalem como si fueran dos viejos camaradas del campus, ¿cómo van las cosas, querido amigo?

Una vez superada la vergüenza, no sólo la provocada por las circunstancias del encuentro, sino su vergüenza natural, horadada en su no demasiado sólido carácter durante años de sinsabores, académicos y de los otros, el profesor Jerusalem se sintió halagado por la familiaridad con que su colega, casi un desconocido, le trataba. El profesor no estaba acostumbrado a ser bien recibido, y en su ignorancia le había otorgado al doctor Trífero un prestigio y una posición que en nada se correspondían con la realidad. De haber sabido… ¿pero acaso no puede aplicarse la misma máxima a la totalidad de las relaciones humanas?

—Bien —dijo por fin Jerusalem—, las cosas van bien.

Lo cual tampoco era cierto, pero si algo unió a estos dos hombres fue precisamente el hecho de que ninguno de los dos estuviera en la posición adecuada para comprender la naturaleza del otro. Saúl Trífero sabía muy poco de física cuántica y el pobre Jerusalem sabía aún menos de engaños. Así que cada uno vio en su compañero de viaje lo que necesitaba ver. ¿Y acaso no puede esto ser una vez más aplicado a la totalidad…?

Llegaron los martinis y, en el momento del brindis, el doctor Trífero propuso solemne:

—¡Por los crímenes y las proezas cometidas en la sombra!

El profesor Jerusalem levantó su copa sin saber muy bien si brindaba por el holocausto judío o por los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina.

Cansado, risueño, desequilibrado, eufórico, extraño. Deslumbrado como una mosca alrededor de una bombilla, el profesor Jerusalem no está acostumbrado a beber y, para cuando llega el segundo martini, no consigue precisar su estado de ánimo.

—Vamos allá —dice Trífero cogiendo su copa.

—Vamos allá —contesta Jerusalem sin saber muy bien a dónde van.

La mosca pega un buen trago de ginebra enmascarada. Caramba, Jerusalem, se dice, ¿no es la bebida mejor cuanto más se bebe? Lo que antes parecía áspero se ha vuelto de pronto suave como besar un guante de seda. Caramba, se dice después de otro sorbo, ¿no es el doctor Trífero más alto que hace apenas un segundo? ¿No es la música más alegre? ¿No se está estirando algo mientras algo se encoge? ¿No están todas las cosas tomando mi medida?

El doctor Trífero, por su parte, sonríe. No es un hombre al que dos ni seis martinis hagan dudar de las verdaderas dimensiones del mundo.

—Y dígame usted, Jerusalem. ¿En qué anda metido?

—Supercuerdas, me temo, como todos en estos tiempos. Agujeros de gusano.

—Magníficos agujeros. ¿Mundos paralelos?

—En efecto, doctor. Mundos paralelos al alcance de los dedos, pero aún demasiado lejos.

—Demasiado lejos, sí señor y en cambio, a veces parece que puede uno sentir su aliento. ¿No es así? Camarero, por favor… estos martinis no se rellenan solos.

—No sé si debo —dijo Jerusalem, dejando la frase a medias para que no fuera tomada en cuenta. Una costumbre, Trífero lo sabía bien, muy propia de los hipócritas, que una vez abierta la puerta se detienen en el umbral, esperando que otro les empuje.

—Claro que debe, profesor. No hay obligación más inquebrantable que la de un hombre para con su martini.

Jerusalem se llevó el tercer martini a los labios.

Borracho, se dijo, ya no hay la menor duda.

—¿Y dónde está el problema? —continuó Trífero—, los mundos que buscamos

están ahí, como estaba todo este continente mucho antes de que el mamarracho de Colón se diera de narices con él.

—Lo sé, doctor —contestó Jerusalem—, mi intuición lo sabe, pero los números se retuercen, se rebelan.

—¡Al diablo con los números! Si usted me lo permite.

Jerusalem se sintió como si una mujer acabase de entrar desnuda en la sinagoga.

—Dios mío, doctor, la ciencia exige…

—Al demonio la ciencia también.

El profesor Jerusalem no pudo evitar brindar por eso. Al fin y al cabo, la ciencia había estado mandándole a él al demonio durante años sin el menor atisbo de conmiseración.

—Escúcheme, amigo mío. Universos sombra. Es algo en lo que estoy trabajando.

—¿Universos sombra? Suena bien. Al menos no suena peor que anarquía subatómica o los Mesones de Yukawi Kudaka.

—A eso voy —continuó Trífero—, suena muchísimo mejor. No somos sino la sombra de un universo real, menos que un pálido reflejo. Vivimos en la sombra, meditamos en la sombra. Nuestros cálculos son cálculos de sombra. No estamos ciegos, pero queremos ver en la sombra y en la sombra, amigo mío, no hay nada que ver.

—Platón —dijo Jerusalem.

—Sí señor, Platón, usted lo ha dicho. Y de Platón hasta aquí, nada, borrones en cuartillas de papel, la bomba atómica, un cochecito teledirigido sobre la superficie de Marte, un agorero en una silla de ruedas que habla como si se hubiera tragado una afeitadora eléctrica.

—Y Einstein.

—¿Einstein? No me haga usted reír. ¡Un violinista despeinado! ¡Un ateo arrepentido! ¡El rey de los títeres en el teatro de las sombras! Por cierto, no se dé la vuelta, profesor, pero allí al fondo hay una rubia despampanante que no le quita ojo.

—¿Despampanante, dice? ¿Mirándome a mí?

—Mirándole desde que hemos entrado. Esta hecho usted un donjuán, amigo mío.

El profesor Jerusalem sonrió halagado.

—¿Lo ve? Ya es usted feliz. Y sin embargo, a su espalda no hay más que un anciano alemán escondido detrás de un tremendo bigote. ¿Decepcionado?

—Bueno, supongo que sí.

—Aquí lo tiene otra vez, y ni siquiera ha tenido el valor de girarse. Imaginaciones, profesor, nos dejamos guiar por imaginaciones creadas al antojo de la euforia y la decepción. Mitos, falsos dioses. Ante la verdad estamos todos de espaldas.

—Supongo que no le falta razón. ¿Puedo girarme ya?

—Adelante.

El profesor se dio la vuelta. En la esquina, detrás de él, no había nadie. Sólo una

mesa vacía.

—Universos sombra, profesor. Todos los universos conocidos y los que seamos capaces de imaginar. Multiuniversos, dice usted, multiuniversos de sombras, le respondo. La jaula, dentro de la jaula, dentro de la jaula. Sombras sobre las sombras. ¿Otro martini?

—Por supuesto —contestó Jerusalem.

—Ya me está cogiendo, profesor. No es usted un hombre ajeno al verdadero pulso de las cosas.

—No soy ajeno, no —dijo el profesor sin saber muy bien lo que decía.

—¿Acaso no cree el ratón —continuó Trífero, abusando de la paciencia de su interlocutor—, que ha alcanzado la salida del laberinto? Su querido Einstein sólo es un ratón más listo encerrado en un laberinto más complejo.

El quinto martini sacudió al profesor como un tren de carga, su cuerpo se quedó clavado en el sitio, junto a la barra, a dos pasos del doctor Trífero, mientras su cabeza se enredaba entre las lámparas. Sus manos trataron de agarrar algo, un pez, un salmón escurridizo. Sus pies, sin moverse, bailaron una polka, su espalda se estiró como el arco de un violín, el bar entero crepitó envuelto en llamas y se apagó después, como la película de un incendio proyectada al revés. El quinto martini volvió a dejar a Jerusalem a merced de sus meditaciones. No es que esté borracho, pensó, es que soy yo.

—¡Soy yo! —dijo en voz alta, encendiendo otro cigarrillo.

—Sí que es usted, no hay duda, y fuma usted mucho, amigo mío.

—Mucho no, doctor, muchísimo —respondió el profesor antes de iluminar el salón con una sonrisa.

No era tarde, apenas las siete, pero era noviembre. Cuando el profesor Jerusalem salió por fin del Holland Tunnel ya había oscurecido. Al entrar en Nueva Jersey y a pesar de que estaba más que satisfecho con su coartada: una reunión informal de compañeros de promoción —ya sabes cómo son estas cosas, querida Thelma, ponche, aceleradores de partículas y grandes cigarros habanos—, su fortaleza se vino abajo con el sol de otoño. Encendió un último cigarrillo antes de abordar la larga cuesta arriba que culminaba en los alegres rosales de su jardín.

Haremos grandes cosas juntos, le había dicho el doctor Trífero al despedirse.

Guardó esas palabras, grandes cosas juntos, muy dentro de sí mismo, como si fuera la carta de una enamorada clandestina, y se dispuso a disfrutar de su American Spirit sin filtro.

El profesor Jerusalem nunca supo a ciencia cierta si realmente vio a Thelma. Si fue el fantasma de su mujer lo que encontró nada más doblar la esquina, se la imaginó

con una exactitud endiablada. Thelma, la esposa, parada en mitad de la calle, enfundada en su abrigo de piel de cordero, regalo de Thelma, la madre, con una bolsita del videoclub colgando de su mano derecha, en el rostro una inocente sonrisa de bienvenida al ver aparecer a su marido, y enseguida un implacable gesto de disgusto al descubrir un cigarrillo en la comisura de sus labios.

Jerusalem, presa del pánico, trato de arrojar el cigarrillo por la ventanilla, pero estaba cerrada. La colilla aún encendida rebotó y fue a caer entre sus piernas. Trató de recuperarla y cuando levantó la vista se encontró en el jardín de los Kocinsky, sus ruidosos vecinos polacos, camino de la sala de estar. Lo último que vio fue al señor Kocinsky agitando el periódico como si tratara de apartar un insecto gigante.

Al profesor Jerusalem apenas le pareció un pestañeo, pero cuando volvió a abrir los ojos en una luminosa habitación del Hospital Beth Israel, habían pasado ya tres días. Junto a su cama, se encontró con las dos Thelmas, sentadas en dos sillas, las únicas espectadoras de un teatro muy pequeño.

—Kocinsky —dijo Jerusalem, pensando en la suerte que habría corrido su vecino.

Las dos mujeres dieron un brinco y se abalanzaron hacia él, pero antes de llegar a tocarlo se detuvieron como si hubieran chocado contra una mampara de cristal.

—Calma —dijo Thelma madre, que había sido adiestrada por los médicos y sabía que cualquier impresión demasiado brusca podía resultar fatal para su hijo.

—¿Cómo estás? —preguntó la otra Thelma.

—Bien, supongo —contestó Jerusalem—. ¿Y Kocinsky?

—El polaco está como una rosa —respondió su madre—, atravesaste su salón sin rozarle. La señora Kocinsky incluso te ha hecho un pastel y lo ha traído ella misma esta mañana.

—Olvídate de Kocinsky —añadió su mujer—, sólo debes reposar. Estás bien, los médicos dicen que estás bien y que dentro de nada te mandarán a casa.

Jerusalem hizo un rápido reconocimiento de su cuerpo y se sorprendió al comprobar que, aparte de un molesto mareo, no le dolía nada. Trató incluso de enderezarse sobre la cama.

—Quédate tumbado, mi amor —dijo Thelma, su mujer—, no tienes nada roto. Ha sido un milagro, pero tienes que descansar. Los médicos dicen…

—Deja en paz a los médicos —dijo Thelma madre—, mi hijo es fuerte como un toro. Podría haber atravesado Polonia de lado a lado y aún estaría entero.

Jerusalem no escuchaba. Miró a su mujer y por un momento le pareció que era ella quien había sufrido un accidente. Estaba despeinada, sin maquillar, envejecida y sin embargo, tal vez por el brillo de sus ojos, le recordó a la chica con la que se había casado veintinueve años atrás. Cogió su mano y susurró:

—Lo siento, Thelma.

Después volvió a quedarse dormido.

Thelma madre se levantó de la silla y arropó a su hijo.
Thelma esposa se echó a llorar.

RECUERDOS DE ALBITA

Albita descolgó el teléfono.

—Lo siento, el doctor Trífero no puede atenderle ahora, está en la bañera. Oh, no sabe usted lo importantes que son para él estos baños. Figúrese usted que se pasa horas ahí dentro, y eso que tenemos una de esas bañeras enanas en las que apenas podría remojarse un cordero, pero él se empeña en bañarse todos los días. Es como una tradición. Si, señor, espere que lo apunte, ¿profesor Jerusalem, dice? Ah, qué bien… ¿profesor de qué…? Matemáticas… qué interesante… yo sé algo de contabilidad.

—¿Quién es? —gritó Saúl desde la bañera, aunque en realidad no había razón alguna para gritar en aquel apartamento diminuto.

—Es un profesor muy simpático.

—¿Un profesor?

—Jerusalem.

—Está bien, no digas más tonterías y déjame hablar con él.

—Dios mío, qué hombre más desagradable, figúrese, profesor, que piensa que le estoy aburriendo… lo sé profesor… oh, es usted encantador… profesor… espere, ya está aquí.

Albita le pasó el teléfono a Saúl, que por un momento pensó en estrangularla allí mismo. En lugar de eso, saludó efusivamente al profesor.

—Qué agradable sorpresa, amigo mío, le ruego que disculpe a mi secretaria, tiene un sentido del humor un tanto particular… no, por supuesto que no estaba en el baño, es una broma, una especie de chiste venezolano… Ella es de allí, sabe usted… no, no lo dudo, seguro que Venezuela es un gran país. Y dígame, ¿qué es de su vida?

»Un accidente, dice, qué cosa tan terrible… Me alegro de que ya haya pasado todo… un susto tremendo, seguramente. Podemos vernos, claro, cuando usted quiera. ¿Esta misma tarde? Me parece estupendo.

»Bien, profesor, estaré allí a las cuatro.

—¿Quién es ese tipo? —dijo Albita en cuanto hubo colgado.

—Es un colega, un científico. Puede que trabajemos juntos en unas teorías que estoy desarrollando.

—¿Qué narices estás desarrollando? Yo no te he visto desarrollar nada.

—Las estoy desarrollando aquí —dijo Trífero señalándose la sien con el dedo índice—, donde tú no puedes verlas.

—Oh, qué importante; ahora resulta que tienes un montón de secretos guardados ahí dentro.

Mirando hacia atrás, apenas unos meses después, en el día mismo de su muerte, Saúl recordaría los días pasados junto a Albita como los más descabellados de toda su vida. Podía, sin esfuerzo, imaginarlo en ese preciso momento y sin embargo le

fallaban las fuerzas cada vez que trataba de librarse de ella. Había algo, en la extraña conjunción de las distintas partes de su cuerpo, como si fueran piezas de mujeres distintas, algo monstruoso en ella, que le atraía enormemente. Mientras Albita le hablaba, y era capaz de hablar durante horas, Saúl no paraba de imaginársela en las circunstancias más extrañas, caída de un caballo en mitad de un barrizal, atada a una verja en la calle, como una bicicleta, desnuda sobre una mesa de billar, apretada dentro del microondas como un pavo regordete, o arrodillada delante de un altar con las manos juntas y la lengua fuera.

—Así es, Albita. Un buen montón de secretos, y estoy seguro de que no te gustaría verlos.

—Un día voy a cansarme de tus insultos.

—Créeme, querida, no veo la hora.

—Mierda, Saúl, cada segundo que pasa eres más insoportable. Bueno, cuando veas a ese profesor haz el favor de darle recuerdos de Albita. Parece un viejecito encantador.

El profesor Jerusalem le citó en el salón de las mujeres vaqueras de la calle seis. Un lugar convenientemente absurdo, muy apropiado para la naturaleza de los negocios que debían tratar. Cuando llegó, se encontró al profesor bebiendo un zumo debajo de una foto de tamaño natural de Patsy Kline. Patsy sonreía, el profesor no.

—Que alegría verle, amigo mío —dijo Trífero—, y al parecer está usted entero. No sabe lo preocupado que me he quedado al enterarme de su accidente.

—Oh, no fue gran cosa, atravesé el salón de unos vecinos, pero el seguro se hizo cargo de todo.

—Dios mío, podía usted haberse matado.

—Lo cierto es que sí, pero al parecer tengo la cabeza dura. Apenas una lesión en la corteza parietal posterior, y eso es lo más interesante.

—No le entiendo.

—Verá usted, se supone que este tipo de daños cerebrales traen consigo una importante disminución en la capacidad de un individuo para concebir espacios geométricos, lo que se conoce como negligencia espacial.

—Muy interesante, en efecto.

—Sí, lo curioso es que al dejar el hospital me di cuenta de que, en mi caso, la lesión había tenido el efecto contrario. De pronto se derribaron viejos muros en mi cerebro y pude ver por fin lo que había al otro lado.

—¿Y qué había?

—Usted, doctor Trífero.

—¿Yo?

—Sí señor. Sepa que el desgraciado, o tal vez debería decir afortunado, accidente tuvo lugar apenas una hora después de dejarle a usted en la puerta del Algonquin.

—Dios mío, los martinis.

—No, no lo crea, aunque bien pensado puede que los martinis tuvieran algo que ver. En cualquier caso, lo que de verdad importa es que tumbado en la cama del hospital, muy bien atendido por mi atenta esposa, de pronto, bang, me vino a la cabeza.

Jerusalem hizo una pausa.

Trífero se quedó mirando al profesor, que abría los ojos como un búho, esperando una pregunta más para rematar su historia. Como esos cantantes de boleros que se detienen un segundo antes de atacar el último verso del estribillo.

—Y bien, profesor, ¿qué fue?, ¿qué demonios le vino a la cabeza?

—Universos sombra, doctor Trífero. ¿Qué otra cosa podría ser?

El profesor Jerusalem sacó entonces un montón de papeles de una bolsa de plástico y los puso encima de la mesa. Saúl Trífero no estaba capacitado para comprender que aquellas hojas llenas de fórmulas y gráficos, eran la obra de un demente, pero de alguna manera era capaz de intuirlo.

—Está todo aquí —continuó el profesor—: la belleza de su universo de sombra y la belleza aún mayor de un mundo anverso. Por supuesto, no puedo presentar este trabajo hasta que usted dé su aprobación y, claro está, he pensado en anteponer su nombre al mío. ¿Cómo le suena Trífero-Jerusalem?

Si Patsy Kline se hubiese bajado de la pared y hubiera empezado a limarse las uñas, Saúl Trífero no habría estado más sorprendido.

—Bueno, ,¿qué me dice?

—La verdad, profesor, no sé qué decir, me honra que se haya usted tomado tan en serio mis ideas, pero… en fin… ¿Está usted seguro de que todo esto tiene algún valor?

—Por favor, doctor Trífero. No se deje llevar por la modestia, usted sabe, y yo sé, de qué estamos hablando. Podemos hacer temblar los pilares de la cosmología moderna, podemos agitar el árbol de la ciencia hasta que caigan de él los farsantes, podemos desencadenar una tormenta sobre la comunidad cuántica, podemos…

—¿Podemos? —preguntó Saúl, que empezaba a temer que el profesor no había salido ileso de su accidente.

—Podemos, doctor Trífero y, es más, debemos. Si usted está de acuerdo, remitiré mis estudios a la Universidad de Columbia, a Cornell, a Oxford, a la Universidad de Nueva Adelaida… el mundo tiene que saber. Por supuesto que antes le dejaré examinar mi trabajo, pero estoy seguro de que lo encontrará perfectamente ajustado a la elegancia de su propuesta.

—No lo dudo —dijo Trífero, que no tenía la menor intención de llevarse esos papeles a casa—. En fin, si usted cree que merece la pena, no seré yo quien le pare, aunque, a decir verdad, me sorprende su entusiasmo; debe saber que yo me guiaba más bien por la intuición cuando dije lo que dije.

—Desde nuestro primer encuentro me pareció que estaba usted tocado por el

genio, doctor, y su humildad, su prudencia, su miedo ante la revolución que se avecina, no hacen sino confirmar mis sospechas. En su mano tiembla la llave que habrá de abrir la caja de los vientos. Sería usted un insensato si no temiera su poder.

Saúl Trífero se sentía como si cien campanas sin badajo estuvieran tocando a gloria. Jerusalem era un verdadero científico, descalabrado, pero científico. Tal vez después de todo había conseguido elaborar algo parecido a una teoría con las fabulaciones que había desparramado él sobre la barra del Algonquin y si así era, por qué no probar fortuna, tal vez aún pudiera sacar algo de este asunto. No tenía, ni mucho menos, una fe exagerada en ese hombre, a decir verdad no le tenía fe ninguna, pero si las campanas se agitaban, con badajo o sin él, alguien terminaría por prestar atención. Saúl Trífero sabía que en tiempos de desconcierto la demencia mayor es la que hace saltar la banca, y la verdad no creía que hubiera habido unos días más desconcertados que éstos, ni un demente mayor que el venerable profesor Jerusalem.

—¿Trífero-Jerusalem? —preguntó el profesor, que tenía en su rostro cansado la agitada sonrisa de un niño.

—Demonios —contestó Trífero—, y por qué no.

Swaterson era un pueblo de dos mil habitantes al norte de Atlantic City. Las casas pintadas de azul, los perros cubiertos con abrigos de lana, los árboles recién podados, un supermercado plagado de eternas ofertas de temporada, la iglesia abierta, los bares cerrados, un autobús amarillo, una laguna negra, a los ojos de Saúl Trífero, una de esas regiones baldías en las que la gente no suele pensar cuando dice América y que no obstante son, por encima de todo, América.

—Swaterson parece un buen sitio para un café —dijo Trífero, que estaba empezando a aburrirse. Jerusalem no había abierto la boca en todo el viaje, e incluso había cercenado cualquier brote de conversación por parte de Saúl: la carretera es ahora lo único importante. El doctor Trífero podía entender la exagerada precaución de su nuevo compañero, al fin y al cabo, hacía apenas un mes que había cruzado el salón de los Kocinsky de lado a lado, pero no podía evitar que el comportamiento obsesivo de Jerusalem le causará una ligera irritación y un profundo aburrimiento. El buen hombre sujetaba el volante como si estuviera estrangulando un pollo y asomaba la cabeza por encima hasta incrustarla en el parabrisas.

—Por favor, profesor, dígame que vamos a parar, necesito estirar las piernas y a usted no le vendría mal descansar el cuello.

—Mi cuello, ¿qué le pasa a mi cuello?

—Bueno, no quiero que se me ofenda, pero le veo un poco rígido, claro que es normal después de su accidente.

—Mi accidente no tiene nada que ver, doctor, siempre he conducido así.

—Entonces, amigo mío, es un milagro que aún sea capaz de girar la cabeza… En fin, no me negará que un café nos vendría estupendamente.

—De acuerdo, doctor, haremos una parada, pero no se entretenga demasiado, quiero llegar a Atlantic City antes de que anochezca.

—No se preocupe, profesor, no nos robará ni cinco minutos.

El profesor tomó el primer desvío hacia Swaterson. Al dejar la autopista sus músculos se relajaron un poco.

—¿Un cigarrillo? —preguntó Saúl.

—No, gracias, doctor, he dejado de fumar.

—¡No me diga! —exclamo Saúl, que creía firmemente que cada vez que alguien abandonaba un vicio el demonio ganaba un alma—. ¿Y cómo es eso?

—Verá usted, doctor, toda mi vida he sentido el aliento de la bestia en la espalda.

—¿La bestia? ¿Qué bestia es ésa?

—La desgracia, la derrota, el final de todos los sueños. He visto a la bestia escondida entre los rosales de Thelma y la he visto agazapada entre los bancos de la facultad, camuflada entre mis alumnos, durante las clases, la he visto flotar en el río Hudson y en la sección de contactos del periódico. Pero nunca la había visto antes con tal claridad, con tal desvergüenza, hasta que me di de bruces con ella, en el salón de los Kocinsky. No fue un accidente, doctor, estaba allí esperando.

—Resulta extraño —razonó Trífero—, que le estuviera esperando en el salón de sus vecinos, lo lógico es que le hubiera esperado en su propio salón, ¿no cree usted?

—Créame, doctor Trífero, la bestia tiene un don para aunar lo inesperado y lo inevitable.

—Demonios, profesor, conseguirá usted asustarme. En cualquier caso, permítame indicarle que se olvida usted del principio entrópico: no hay un destino prefijado, sino un mono aporreando las teclas de una máquina de escribir.

—El principio entrópico no rige mi camino, doctor.

—Ah, no, se equivoca, es usted uno más en el caos de las sombras, no hay destinos de hierro, profesor; fíjese usted que si realmente la flecha del tiempo pudiera girarse, si un hombre, usted mismo, viviera su vida entera en sentido inverso, desde su muerte hasta su nacimiento, estoy seguro de que el camino recorrido no sería el mismo, sino otro completamente distinto, porque el azar no aceptaría una reversión exacta de los acontecimientos.

—¿Cree usted?

—Estoy convencido.

—Pero, ¿y la relación causa-efecto?

—Verá usted, amigo mío, la relación causa-efecto me trae sin cuidado. ¡Hombre! Qué sitio tan bonito, pare usted aquí, profesor, y no se preocupe, que la bestia jamás pensaría encontrarle en El toro feliz de Swaterson.

—No nos queda tarta de lima —dijo Mae mordiendo el bolígrafo—, a decir verdad no nos quedan tartas. Es por culpa de la tormenta de nieve.

Mae era una camarera grande embutida dentro de un uniforme pequeño. Saúl se preguntó a qué otra mujer habría pertenecido antes el uniforme y decidió que aquella otra mujer que sólo podía imaginar era más de su agrado.

—¿Qué tormenta de nieve? —preguntó Trífero—. Hace una tarde estupenda.

—Bueno, se supone que iba a haber una tormenta de nieve; recibimos un parte, sabe usted, el estado entero está en situación de alerta y los repartidores no se han atrevido a salir. No es culpa mía que aún no haya empezado a nevar. En fin, que no hay tartas. Tenemos waffles, eso sí.

—Waffles —dijo Jerusalem—. No pienso comer waffles.

—Eso es asunto suyo.

El toro feliz de Swaterson era una parada de camioneros, con las paredes cubiertas de madera y fotos de camiones en marcos dorados. Bancos de skai rojos alrededor de mesas rojas y suelo de linóleo, en ajedrezado rojo y blanco.

—Waffles —repitió Jerusalem en voz baja, como si fuera el nombre mismo del maligno.

Trífero no tenía hambre y había pedido un café que ya había sido rellenado dos veces, cuando Jerusalem se decidió a ser franco.

—Sólo una cosa más antes de llegar a Atlantic City, doctor Trífero. He de decirle que la Universidad de Columbia no ha respondido a mis cartas, y lo mismo puede decirse del departamento de Físicas de Oxford, aunque sabía que eso llevaría más tiempo. He recibido, en cambio, una nota de la Universidad de Adelaida, haciéndose eco de mi informe aunque, según me dicen, aún no han tenido oportunidad de estudiarlo en profundidad. Les consta haberlo recibido y eso ya es algo, doctor, créame.

—Le creo, profesor. No se apure.

—En cuanto a Atlantic City no le ocultaré que se trata más bien de una convención de abducidos, pero creo que será un buen lugar para empezar a observar reacciones.

—¿Se ha decidido ya? ¿Le traigo esos waffles o no se los traigo? —dijo Mae, que volvía desde el otro extremo de la barra.

—No, gracias —respondió Jerusalem.

Cuando salieron al aparcamiento, de vuelta al coche, ya había empezado a nevar.

VICTORIA

Regresemos por un momento al asunto principal.

Qué agradable sensación la de saberse al menos por un instante vencedor, qué magnifica visión desde la colina, la hierba quemada y el enemigo vencido. Saúl tenía entonces, y conservó durante un tiempo, el sabor de la victoria en los labios. Qué poco importa ahora, que la guerra no esté ganada, la sangre de los vencidos ilumina el camino hasta la gloria. Vendrán después otros días y nuevas y más afiladas espadas, pero no empañarán esas nubes, el color y el calor de este sol que va quemando las heridas aún abiertas de los que yacen sobre la nieve derrotados.

Qué demonios. Hemos vencido y los laureles que adornan nuestras cabezas son los laureles que merecemos. El vino que bebemos es nuestro y las mujeres que besamos son nuestras también, porque las hemos conquistado. El coraje del que dudamos, no hay compañero de armas más esquivo, ha cabalgado a nuestro lado y hasta hemos derrochado con idéntico entusiasmo la compasión y los sablazos. Cantemos pues, finalmente, victoria.

Saúl Trífero nunca había estado en Atlantic City y tal vez por esa razón se dejaba llevar por el entusiasmo. Tenía aún más motivos para estar contento, la absurda exposición de su absurda teoría había tenido un éxito absurdo. Le habían pagado las dietas en sagrados dólares y aún le quedaba una semana, gastos pagados, en la suite Valhalla del Taj Majal.

Victoria pues, y que sea lo que Dios quiera.

A la hora de la cena eligió un traje oscuro y un sombrero panamá que le hacía parecer ridículo pero distante, y era precisamente eso lo que Saúl siempre perseguía en última instancia. Si tuviera que escribir una sola palabra sobre mi tumba, se decía el doctor Trífero, sería ésa: distante.

Pidió una ensalada negra de pasta, sin saber qué demonios podía ser, y una botella de Burdeos, y se dispuso a tener la más agradable velada junto a la sombra de los sauces y el rumor de las fuentes; hay sauces y fuentes, en efecto, en los salones interiores del Taj Majal. Aún estaba esperando el vino cuando, de la nada, surgió la señora Frankenheimer, vieja conocida de los bailes del club de mar, aficionada a los barcos de vela, pésima jugadora de badminton y buena amiga de la pobre, la risueña, la dulce Lotte.

—¡Doctor Trífero! —gritó la señora Frankenheimer con tanto entusiasmo que dos turistas dispararon sin querer los flashes de sus cámaras—. ¡Qué encantadora sorpresa!

—¡Laura! —respondió Trífero, temeroso de rebajar su entusiasmo—. ¡Qué alegría!

Saúl no estaba del todo seguro, pero tenía la impresión, y esa clase de impresiones rara vez mienten, de que había compartido con aquella mujer al menos

una noche de amor en un apartamento de alquiler cerca de la plaza Gomila en Palma de Mallorca.

—Figúrese que ayer asistí a su conferencia, ni que decir tiene que quedé muy impresionada. Qué asunto más fascinante. Estamos aquí pero no estamos, y somos pero no somos, y la luz y la sombra y todo eso de las supercuerdas y los agujeros de gusano entre universos paralelos, en fin, no sé si conseguí entender una sola palabra, pero por el amor de Dios, era todo de lo más fascinante. No sabía que fuera usted un sabio.

Trífero no supo muy bien a qué debía contestar primero, así que simplemente invitó a Laura a sentarse a su mesa.

—Qué lugar éste —continuó Laura Frankenheimer—, ¿sabe usted que realizan tours guiados dentro del hotel?, imagínese lo grande que puede llegar a ser. Ayer nos llevaron en uno de esos trenecitos que se deslizan por la moqueta como si tal cosa. Al menos treinta salas de juego, veinte restaurantes, cuatro piscinas, y eso que no pudimos visitar los jardines por culpa de la nieve. Estos americanos están locos, ¿no cree usted? Pero qué manera de hacer las cosas. No ha visto aún todo el hotel, ¿no es así?, Dios mío, un edificio de proporciones faraónicas, no se me ocurre otra manera de decirlo. ¿Está comiendo usted solo? ¿Dónde está ese adorable profesorcillo que le acompañaba ayer? Jesús, qué hombre más sabio.

—He perdido la pista del profesor, querida Laura. Proporciones faraónicas, usted lo ha dicho, resulta imposible no perderse aquí dentro. Lo cierto es que le esperaba para cenar, pero ya ve que no ha aparecido. ¿Quiere usted acompañarme?

—No, no, doctor, ya he comido en el salón hawaiano. Un sitio precioso y menudos cócteles, ya habrá notado que estoy un poco más animada de la cuenta. Oh, Dios mío —dijo entonces la señora Frankenheimer como si se hubiera caído del caballo de su propia animación—, Lotte… Cómo he podido ser tan insensible.

—No se preocupe, Laura, todo está bien —dijo Saúl bajando la cabeza con la esperanza de que la señora Frankenheimer comprendiera que las aguas del dolor no debían ser removidas.

—Pero… pobrecito, ha debido usted sufrir…

—Mucho, sí, he sufrido mucho, pero hablemos de cosas más alegres. ¿Cómo la ha tratado la ruleta?

—No seré yo quien se acerque a esa rueda diabólica, ya he perdido más de mil dólares en las tragaperras y no pienso perder más. Yo en realidad he venido a la convención, claro que no esperaba encontrarle a usted aquí, qué maravillosa coincidencia. Por cierto, qué bonito sombrero. Verá usted, yo es que he sido abducida un par de veces.

—¿Dos veces?

—Así es, aunque reconozco que cuesta creerlo. La primera vez fue en Múnich, imagínese que estaba en la ducha y de pronto, ¡zisttt!, aparecí en el salón, desnuda, y empapada, Dios sabe qué otros mundos visité en ese intervalo que a mí me pareció un

segundo, pero que según me explicó después el profesor Torgan, ¿lo conoce usted?, un hombre fascinante, pues según me dijo en ese lapso de tiempo visité sin duda otras galaxias y entablé relaciones con seres de una inteligencia superior.

—¿Superior? —preguntó Trífero.

—Superior a la mía, y dirá usted que eso es fácil, pero aún más, superior a la suya y a la del resto de los sabios de la Tierra.

—Formidable. ¿Y la segunda abducción?, dijo usted que habían sido dos episodios.

—Claro, claro, a eso iba; la segunda fue en Chile, estaba de vacaciones cerca de Zapallar en la costa con unos muy buenos amigos alemanes, Samantha y Leon Berger, ¿los conoce?, ¿no los conoce?, peor para usted, una gente encantadora y de pronto…

—¡Zistttt! —dijo Trífero para dar a entender que seguía la historia con sumo interés.

—Sí, señor, zistttt, y lo siguiente que sé es que estoy en la Edad Media, tumbada en la cama de un burdel y un sinfín de soldados me están mirando y siento una horrible vergüenza y antes de que se abalancen sobre mí, ¡zissttt!, estoy de nuevo en el salón de los Berger tomando una copita de licor. Y Leon Berger me pregunta, ¿te ocurre algo Laura?, y yo, por supuesto, no sé que decirle, pues todo el asunto me parece una cosa de locos. En fin, éstas son mis dos experiencias, le parecerá a usted que estoy chiflada, pero bueno, tal vez no, siendo usted un científico y todo eso. Y hablando de científicos, ¿no es ése su amigo Jerusalem?

En efecto, el profesor acababa de entrar en el vestíbulo del comedor, con una rebequita de lana de vistosos colores, estirando el cuello como un pájaro exótico, tratando de dar con Trífero.

—Aquí, profesor —dijo Laura, agitando los brazos—. Oh, qué hombre tan divertido.

Saúl vio acercarse a Jerusalem, pero no pudo apreciar nada divertido en él.

—Profesor —dijo Trífero—, permítame presentarle a Laura Frankenheimer.

—Una vieja amiga —dijo Laura—, y una nueva admiradora suya.

Zisssssst. Lo siguiente que supo Laura Frankenheimer es que estaba desnuda en la cama de una habitación en el piso cincuenta del Taj Majal, una habitación que desde luego no era la suya, y que había un hombre también desnudo encima del módulo del aire acondicionado, tratando desesperadamente de abrir uno de los grandes ventanales.

¿Cómo pasan estas cosas?, se preguntaba Laura. ¿Qué demonio nos guía?

El profesor Jerusalem miraba las cúpulas que coronaban el patio central del hotel, cubiertas de nieve, y el jardín entero, cubierto de nieve, y el mar helado en la bahía.

—Dios mío, profesor, bájese, ¿qué hace usted ahí?

—Voy a tirarme, Laura, y no trate usted de impedírmelo.

—Por favor, profesor, si esas ventanas no se abren.

—¿No se abren?

—No, señor, todo el mundo sabe que las ventanas de los casinos están selladas; imagínese que a todos los que han tenido una mala noche en la ruleta les diera por tirarse. Bájese usted de ahí y vuelva a la cama.

—No, a la cama no.

—Va a conseguir que me ofenda, profesor.

—Usted no lo entiende. Llevo treinta años casado y jamás, jamás… Thelma no se merece esto.

¿Y ella? ¿No se merecía también algo mejor? ¿Acaso no recordaba Laura los días pasados junto al alegre señor Frankenheimer, tan apuesto, tan galante, tan dinámico, capaz incluso de saltar un macetero con los pies juntos? ¿Acaso no se sentía Laura tan desdichada como una pelota de golf enterrada en la arena del bunker, tan lejos del hoyo y de su impertinente banderita?

—Pero si apenas ha sido nada. No sea usted niño. No creo que Thelma tenga por qué enterarse…

—No diga su nombre, le prohíbo que diga usted su nombre, no tiene derecho.

Qué derecho ni qué niño acuchillado, se preguntaba Laura, irritada. ¿Acaso no soy yo la que se ha rebajado para pasar bajo este puente? Fíjese en mi cuerpo, al menos yo he tenido la decencia de cumplir como un soldado mis tablas de gimnasia, y en cambio usted… Si apenas nos separan diez años y podría ser mi padre, si mi padre no hubiese sido un entusiasta pescador de salmones, sólido como una roca. Su culo de sabio cuelga, sus ojos se extravían sin las gafas. Está hecho un desastre, profesor, y tenga en cuenta que mido cada palabra que me callo. Maldita sea, si hubiera visto usted a mi familia, gente apuesta de los valles austriacos, gente noble, criada para más grandes citas. Si me hubiera visto correr descalza por las playas de Niza, sujetándome la cinta del sombrero, o riendo a carcajadas en un Bugatti, o descorchando el champán con una dosis de modestia y otra de arrojo.

Laura inició un rápido recuento silencioso de todos los momentos gloriosos de su vida, tratando de aislar este desagradable incidente, tratando de desestimarlo frente al peso de la estadística. Al fin y al cabo una mala mañana no arruina una vida. El método no le era ajeno y ya le había dado buenos resultados. A veces, al tocar las llaves de casa o al pasar los dedos por el marco de una vieja fotografía, Laura había conseguido recuperar el pulso de su vida. El aroma de algo que estaba allí, todo el tiempo, suspendido, adormilado en un rincón de su mente como un animal de compañía, sonriente, cálido, familiar. A veces, al despertar entre desconocidos, siente uno que sin quererlo se ha ido alejando del camino de las cosas reales. Mañanas así requieren de un pequeño esfuerzo que nos lleve de vuelta a la orilla de nuestros propios asuntos, al sonido de las voces que nos reconfortan. Laura pensó entonces en su madre, muerta hacía veinticinco años, y trató de imaginar sus brazos alrededor del

cuello, el olor de su pelo, las vetas abiertas de la recia puerta de madera de su casa de Stuttgart.

Al otro lado de la ventana, empezó a nevar de nuevo.

Laura Frankenheimer salió de la cama, recogió su ropa y, al hacerlo, se extrañó del tamaño y el color de sus prendas, como si no fueran suyas, se calzó aquellos zapatos extraños y dejó la habitación. Antes de salir vio el cuerpo desnudo del profesor Jerusalem en el espejo junto a la puerta.

Todo tuyo Thelma, se dijo.

Desde la ventana, Jerusalem imaginó su cuerpo tendido en la nieve.

DOS VECES TRÍFERO

Cuando se trataba de aguantar un reproche Saúl Trífero era tan capaz como cualquiera; sin embargo, la cascada de insultos que había recibido junto a su desdichado amigo el profesor Jerusalem en el último congreso de la HBFUC (Hombres de Bien frente al Universo Cuántico) terminó por afectarle más de lo que estaba dispuesto a admitir. Los árboles ya no parecían tan verdes, ni el mar tan azul, ni la brisa de la primavera traía ya ningún buen presagio; en fin, que para el doctor Trífero era uno de esos días en los que encuentra uno más consuelo en lo negro que en lo blanco. Sentía Saúl diminutos ratones mordisqueándole los tobillos al andar, o algo muy parecido, cuando decidió con buen criterio sentarse en un café francés del Village y escribirle una larga carta a su pequeño hijo. Cosa que por cierto nunca había hecho y que tampoco tenía demasiado sentido, considerando que el pequeño Trífero Happensauer apenas era capaz de sujetar un calcetín con las manos y mucho menos de leer lo que su desconocido progenitor tuviera a bien contarle. Pero Trífero nunca hacía aquello que los demás necesitaban, sino lo que él no era capaz de evitar. Y como no era capaz de evitar escribir esa dichosa carta, pidió un café, se avergonzó de su acento francés, miró alrededor; pensando, no soy peor que ninguno de éstos, y empezó su carta.

Querido Frederick:

Siento que tengas que soportar el estricto aire prusiano del nombre de tu abuelo, pero tu madre insistió. Y siento, sinceramente, no haber sido el padre que merecías. Por lo demás, todo va bien y el tiempo aquí es magnífico. Puede que mañana llueva, pero como no leerás esta carta antes de que pasen algunos años, eso dejará de tener importancia. Besos.

Era la segunda semana de abril, y su asociación científico-comercial con el profesor Jerusalem duraba ya dos meses. Un buen momento para hacer balance, se dijo Trífero, que por lo demás no era un hombre acostumbrado a mirar con perspectiva los eventos que uno tras otro iban dando forma a su propia existencia. Vivir es suficiente, había sido su lema en los días apresurados de la juventud, pero ahora, de pronto, por culpa de la edad, qué otra cosa podría ser, sentía a menudo la necesidad de poner su pasado en orden con la misma dedicación con la que su bisabuelo Eliseo se enfrentaba a diario, y en pijama, al repaso minucioso de su colección de sellos.

Veamos, comenzó animado, como quien emprende un largo viaje a una tierra conocida, han sido tres congresos, dos convenciones y una cena. Atlantic City bien, para qué negarlo. Las jornadas de Connecticut, bochornosas. Apenas dos docenas de asistentes, jubilados en su mayoría, ningún ambiente científico, mala comida,

Jerusalem insoportablemente quejoso, un incómodo ataque de hipo en un hotel de tercera, en fin, dos días perdidos. La cena anual del departamento de Física cuántica del MTI, interesante sin duda y muy animada, al menos hasta que fuimos invitados a dejar el salón primavera del Trump Plaza por carecer de las pertinentes acreditaciones. Maldita sea, profesor, no le necesitaba a usted para colarme en estos sitios, eso ya lo hacía bien solo, y jamás me habían pillado. Por fortuna la vergonzosa expulsión les alcanzó a los postres y aunque Saúl se quedó con ganas de probar un impresionante soufflé Scholdorf, nadie podría quitarle el gusto de haberse zampado dos platos de salmón noruego acompañado de trufas y alcaparras frescas. No puede decirse que fuera una mala experiencia, concluyó. Salmón y descrédito. Vaya lo uno por lo otro.

El congreso de la HBFUC, espantoso, ya está dicho, a pesar de una interesantísima exposición acerca de Schrodinger y Heisenberg y su descripción matemática del átomo de oxígeno. Qué decir del profesor Jerusalem y de su sorprendente conducta impropia en la convención de internautas de Massachusetts. ¡Este viejo me está rozando!, había gritado una estudiante oriental cuando Jerusalem se acercó demasiado al tejido vaquero de sus pantalones de peto.

En un desesperado intento por justificar su comportamiento, el profesor le había confesado a Trífero, horas después, en la soledad de la autopista 36, a medianoche, que desde que había dejado de fumar se le había disparado la libido. Trífero, por su parte, cortó en seco la conversación, incapaz de soportar más detalles sobre las ramplonas alucinaciones sexuales que al parecer amenazaban con llevar al profesor al borde mismo de la locura.

Jerusalem, que había aprendido a saltar por encima del desprecio y el desinterés con la gracia de un caballo jerezano, se empeñó en seguir buscando la compasión de Trífero.

—Dígame, doctor, ¿no ha sentido alguna vez la urgencia de la carne, esa llamarada que ningunea los obstáculos y desoye las razones? Ese torrente que arrastra a su paso los diques de la cordura y la buena educación, esa tormenta…

Por favor, Jerusalem, basta ya, conténgase usted, amigo mío, había replicado Saúl, enfurecido y temeroso de que el viejo profesor sufriera allí mismo un acceso de incontinencia emocional. Tal era el estado de excitación que advertía en su compañero de viaje.

El profesor reaccionó entonces como un perro, que después de liarse a mordiscos con las cortinas del salón como si no hubiera mañana, fuese reprendido por su dueño. Bajó la cabeza, pidió perdón con un hilo de voz y siguió conduciendo.

Saúl se sintió en la obligación de volver a animar al perro, pero estando el animal tan salido como estaba, pensó que lo mejor sería introducir a Thelma en la conversación, no fuera que el profesor se le fuese a encaramar a la pierna de nuevo.

—Y, dígame, profesor, ¿no se alegra de volver por fin con su querida esposa? Puede que no sea más que el tiempo pasado lejos de casa lo que le trae a usted de

cabeza.

—Puede que tenga razón, doctor. No crea por un momento que mi deseo hacia Thelma ha remitido en absoluto, más bien al contrario; a menudo en mitad de la noche me abrazan fantasías inconfesables, en las que mi querida Thelma y yo… Bueno, ayer mismo, sin ir más lejos, soñé que Thelma se arrojaba desnuda sobre la mesa del salón, y me pedía a gritos toda clase de prácticas inusuales, muchas de ellas incluso ilegales en más de un Estado.

—Creí que se trataba de fantasías inconfesables —replicó Saúl, que veía como Jerusalem volvía a encenderse.

—Demonios, doctor, créame que lo siento. Supongo que para usted todo este asunto resulta embarazoso.

—Más bien sí.

—Lo siento —repitió el profesor—, es este maremoto de pasión que me arrastra sin remedio desde que…

—Desde que dejó usted de fumar.

—Eso es, doctor, aunque no sé qué tiene que ver lo uno con lo otro.

Y así continuaron el viaje hasta Nueva York. El profesor Jerusalem desenvainando la espada de la lujuria y Saúl esquivando los golpes con profunda molestia.

Cuatro semanas, se dijo Saúl dando por cerrado el recuento, cuatro semanas a medio camino entre la gloria y la infamia, y aún quedaba una conferencia en algún lugar al sur del estado de Nueva York, antes del duelo final con el profesor Tauloski. Si Trífero hubiera invertido el menor entusiasmo en la empresa, a estas alturas ya lo habría dado por perdido. Sin embargo, Trífero, un hombre capaz de racionar su entusiasmo con la misma rocosa bravura con que las tropas del mariscal Rommel racionaban el agua en los desiertos de África, no parecía presa fácil para el desaliento. Veamos qué más puede ofrecernos esta insensata aventura y empecemos a pensar en la posibilidad inminente de que las ratas abandonen el barco.

Demasiado grande para ser un gato, demasiado pequeño para ser un tigre. Trífero vio la sombra del profesor Jerusalem deslizándose por detrás de su butaca mientras trataba inútilmente de disfrutar de un martini cargado de vermú, al gusto de los pueblos. No puede decirse que se alegrara de haber ido a Poughkeepsie, ni que tuviera la menor intención de volver por allí. Apenas habían parado unas horas para dar una breve conferencia en una librería local, algo muy por debajo de nuestra categoría y nuestros verdaderos objetivos, en palabras del profesor, pero en cualquier caso una modesta cantidad de dinero en absoluto desdeñable. Poughkeepsie, en el estado de Nueva York, significaba sólo un pequeño desvío en su camino hacia la escuela Ziegernietch en las Catskill Mountains, el pez gordo, según lo había expuesto Jerusalem, que esperaba encontrar en la Ziegernietch, una institución audaz, el apoyo

que, hasta el momento, otros foros les habían negado. Por otra parte, cuando Trífero se giró en su butaca al adivinar a su espalda la sombra de Jerusalem, pudo darse cuenta de la naturaleza de sus verdaderos objetivos. Con razón había insistido el buen hombre en pasar allí la noche a pesar del empeño de Trífero en alcanzar las montañas en una sola jornada. Demonios, Trífero, esta tierra tiene mucho que ofrecer; había dicho el profesor enardecido. Y desde luego que lo tenía.

—Matilda, saluda al doctor Trífero —dijo Jerusalem al verse descubierto en el salón bar del Holiday Inn mientras trataba de alcanzar sigilosamente su habitación. Matilda levantó una mano y se echó a reír como si todo este estúpido asunto fuera lo más gracioso que le hubiera pasado en la vida.

—¡Dios mío!, ¡profesor! —exclamó Trífero, que empezaba a soportar cada vez peor las lascivas incursiones de su compañero entre la fauna local.

—Lo sé —contestó Jerusalem con afectada solemnidad—. No hace falta que diga nada —añadió bajando la cabeza como hacen siempre los hombres que han dejado de rebelarse contra su destino.

Trífero no dijo nada más. Se dio la vuelta en su butaca y volvió a enredarse entre su martini y las páginas de la revista *Discovery*, que junto a un largo y aburrido articulo del teórico de cuerdas D. V. Nanopoulous, de Texas, jactándose de estar a punto de ganar el premio Nobel de Física, incluía además una columnita titulada «El doctor Trífero y su imperio de las sombras».

MÁS ALLÁ DEL DEBER

Oh, Agedor. ¿Era necesario, o elegante, tirarse a la amante de Trífero? Elegante desde luego que no. Necesario, sería ir muy lejos, con demasiada frecuencia disfrazamos de necesidad los impulsos de nuestro propio deseo. ¿Conveniente? Bueno, puede que no haya manera mejor de acercarse a las verdaderas intenciones de un hombre que compartir el refugio de sus más bajas pasiones. ¿Y cuánto hemos averiguado? Oh, no mucho, aparte del hecho de que la pequeña venezolana esté completamente loca. ¿Qué puede llevar a un hombre, se preguntaba Agedor, de los brazos de una gran dama (no sentía sino el máximo respeto por la difunta Lotte y por su noble familia) a las garras de una mujer como aquélla? Oh, el deseo se arrastra, de eso no cabe duda. Su propio padre se lo había advertido. ¡Cuidado, Agedor, que el deseo se arrastra! Bien, no podía ser más cierto. ¿Y eso era todo? Tal vez. Al fin y al cabo el propio Agedor, que se tenía por un hombre de sólido espíritu y elevadas ambiciones, se había sorprendido pensando en encontrar la manera de volver a mantener siquiera otro fugaz encuentro con la diminuta pero tremendamente ágil Albita. ¿Para tratar de sonsacar más información? Oh, lo cierto es que no. En su primera visita, disfrazado de inspector de la compañía del gas, había averiguado todo cuanto era posible saber de labios de Albita, que era bien poco. Y husmeando en el pequeño apartamento tampoco había conseguido sacar nada en claro del asunto que le incumbía. ¿Para qué volver entonces? Para tirársela de nuevo. Pero, ¿y el riesgo? Tocar la bola sin rasgar el tapete. No revolcarse encima de la mesa con la amante del oponente. Oh, Agedor, prudencia. Allá en Oslo no apreciarían que enturbiaras un asunto ya de por sí enmarañado por no ser capaz de mantener el tronco alejado del fuego. Bastante decepcionados estaban ya con sus informes. Toda esta charada científica en la que Trífero se había embarcado no tenía relación alguna con el asunto que le había traído a Nueva York. La gente de Oslo se inquietaba. Preparados como estaban para defender la fortuna Happensauer de los ataques de Trífero, no se resignaban a guardar los cuchillos. ¿Qué es una legión de abogados sin un litigio? Nada nuevo, les decía Agedor una y otra vez, y sin embargo desconfiaban. Algo debe de haber, le contestaban, y Agedor indagaba. Sin éxito. ¿Podría considerarse indagar, volver a cepillarse a Albita? Maldita sea, pensó Agedor. Es esta despiadada ciudad que le hace sentirse a uno tan solo.

LOS CABALLOS DEL ZAR

El profesor Tauloski, apenas cincuenta kilos de ilustre científico, estaba sentado en su trono al final del pabellón y, a pesar de su escasa envergadura, proyectaba su autoridad sobre todos los asistentes con la misma facilidad con que esas diminutas tallas del Niño Jesús iluminan con la sola arrogancia de su mirada catedrales enteras.

El doctor Trífero sintió su poder nada más entrar en la sala de conferencias y supo, en ese instante, que lo más sensato hubiera sido abandonar allí mismo su disparatada aventura cuántica. El profesor Jerusalem, por el contrario, habiendo perdido hasta el último atisbo de objetividad en la valoración de su propia conducta, algo común en los casos de lesión grave de la corteza parietal posterior, se abalanzó sobre el ponche con la alegría de un escolar en una fiesta de fin de curso. Desde el momento en que recibió la invitación al XV Congreso de Física Cuántica de la escuela Ziegernietch, había caído presa de la más intensa excitación, sin intuir, Saúl lo sabía ya con absoluta certeza, que los ratones jamás salen vivos de la casa del gato. Mientras el doctor Trífero se mantuvo alejado del ponche envenenado y de los saludos entusiastas de quienes habrían de ser sus verdugos, el viejo profesor se dejó llevar por la euforia y hasta creyó ver cercano el momento en el que por fin, después de una vida entregada a la ciencia, su nombre sería recogido del suelo y elevado, y sus sienes coronadas.

La escuela Ziegernietch era una institución privada, financiada por Hans Wiender Ziegernietch, un austriaco emprendedor que había amasado una considerable fortuna gracias a una bebida refrescante llamada TI-TAN, particularmente popular en el Tercer Mundo. Hasta el momento de su muerte, que le sobrevino tratando de cruzar el Atlántico en un aeroplano construido con huesos de aves y cuyas alas, cubiertas de plumas de las más variadas especies, no soportaron la fuerza de una tormenta a la altura de Nantuket, su imperio comercial incluía dos lineas aéreas, una cadena de radio, una liga de criquet amateur, una red clandestina de apuestas ilegales dirigida desde Gibraltar y una elegante línea de cosméticos infantiles conocida como la Caricia de los Alpes, ademas, claro está, de la escuela Ziegernietch, su más querido proyecto filantrópico.

Levantada en 1984 en las Catskill Mountains al sudeste del estado de Nueva York, la Ziegernietch estaba a medio camino entre la solemnidad de las instituciones académicas, reconocidas por los programas estatales, y la feria seudocientífica. La presencia del profesor Tauloski, un investigador heterodoxo pero de indudable prestigio, subrayaba el esfuerzo de los herederos de Ziegernietch por situarse en el grupo de cabeza de la revolución cuántica, acogiendo en su foro las corrientes más audaces, siempre que su base experimental y teórica fuera sólida. Imaginación y rigor, según se leía en el escudo que dominaba la fachada principal del imponente edificio, exacta reproducción del claustro central de cierto college de Oxford, en el

que bajo el perfil del propio Ziegernietch se enfrentaban una lira y una espada en mortal combate. Del equilibrio entre ambas fuerzas debía nacer el prestigio de estos congresos. Tauloski, fichado a golpe de talonario en el mejor estilo de los clubes de fútbol europeos, sería el encargado de sostener la balanza en la que arrojo y prestigio debían pesar por igual en los platillos.

Desde su silla plegable, Saúl observaba cada movimiento del pequeño demonio y trataba de atar cada uno de sus gestos con el infortunio que vislumbraba en su propio destino, tal y como hacen los reos ante el juez que habrá de condenarlos. Cuando Tauloski se llevaba las manitas a la cara, Saúl creía verle tratando de contener su ira. Cuando con un movimiento de los dedos llamaba a algún colega, imaginaba que en ese preciso momento estaba siendo informado sobre la localización exacta de sus víctimas entre la audiencia. Y cuando, finalmente, vio a Tauloski a lo lejos reírse a carcajadas, dio por sentado que su impostura científica estaba a un paso de alcanzar su fin. Llegado a este punto, Saúl se apeó en marcha del tren de sus propias cavilaciones y se dio cuenta de que se estaba tomando todo el asunto demasiado en serio. Al fin y al cabo, ¿qué podía perder? Un buen impostor, mientras no se confunda, juega siempre con ventaja, pues no es más que un hombre de paja de sí mismo, y si la paja termina por arder, ¿de qué manera podría afectar eso al hombre que jamás estuvo allí? Si se dispara contra la sombra de un hombre, ¿contra qué se dispara? ¿Y no era Trífero el maestro de las sombras? Todas estas preguntas se formuló Trífero en un instante y todas y cada una de las respuestas le parecieron satisfactorias. No te confundas, Trífero, concluyó. Deja que el profesor Jerusalem se meta hasta el cuello en las aguas de esta farsa. Después de todo, Jerusalem, como todos los hombres honestos, se representa sólo a sí mismo, mantente tú en la orilla. No se sabe de nadie que se haya ahogado sin meter los pies en el río.

Ni que decir tiene que tanto uno como otro, Trífero y Jerusalem, habían exagerado su importancia y la importancia de su ofensa. Tauloski apenas les había reservado un par de minutos de su agotadoramente larga exposición, pues muchos y otros eran los asuntos que preocupaban a un físico de su talla, y muchos y más grandes sus enemigos.

El decano de la escuela, el venerable doctor Combescot, tomó la palabra para presentar a su invitado de honor que, a juzgar por la cantidad de méritos que había acumulado en su no tan larga carrera —Tauloski aún rondaba los cincuenta—, hubiera necesitado tres cabezas para poder acomodar todos sus laureles. Espero no dejarme nada, comentó Combescot cuando hubo terminado con la lista de logros, premios, cátedras, becas y aportaciones esenciales al desarrollo de la mecánica cuántica. Se oyó por un instante el murmullo de algunas risas, el crujir de las sillas y el aleteo de los blocs de notas de los estudiantes. Cuando Tauloski se levantó de su butaca y tomó el estrado se hizo un silencio tan contundente que Saúl hubiera sido capaz de oír el sonido de su propio corazón, si el corazón del profesor Jerusalem, sentado a su lado, no hubiera sonado dos veces más fuerte.

La conferencia de Tauloski duró al menos dos horas y Saúl perdió el hilo prácticamente después de que el pequeño sabio dijera buenas noches. Su atropellado aprendizaje no le había preparado para desenvolverse entre el galimatías matemático que mantenía secuestrada la atención de un público devoto. El profesor Jerusalem, en cambio, movía la cabeza fascinado como si estuviera viendo un partido de tenis, con esa mezcla exacta de atención y embobamiento. Sin embargo, poco a poco, su rostro se fue cubriendo de una capa de profunda decepción al ver que ni su nombre ni referencia alguna a su trabajo salpicaban el brillante discurso en el que Tauloski se situaba a sí mismo a la altura de Riemann, el hombre que derribó la geometría euclidiana a mediados del siglo XIX. Como era de esperar, el profesor Tauloski no estaba allí para hablar de los demás, sino para trazar con mano firme el perímetro de su propia gloria, y sólo en la recta final, como él mismo la llamó, se dispuso a poner orden entre los últimos sinsentidos publicados por editores poco rigurosos en publicaciones nada fiables. Metido ya en harina, Tauloski repartió mandobles a diestro y siniestro, y los asistentes, que se habían mantenido hasta entonces tensos como la cuerda de un arco, dispararon media docena de nerviosas carcajadas.

—En cuanto a los universos sombra, de los que sin duda han oído ustedes hablar —dijo por fin Tauloski—, sólo deseo señalar, pues el asunto no merece mayor comentario, que los cálculos del profesor Jerusalem corresponden a los de un hombre enfermo y que toda su teoría, por llamarla de algún modo, se apoya en supuestos imposibles. Los caballos del zar, lo sabemos todos, son sin duda los más veloces, pero precisamente por ser los caballos del zar no pueden ser montados. El tejido matemático que sustenta nuestro trabajo es el mismo para todos y no admite la distorsión que el profesor Jerusalem necesita para amoldarlo a sus fantasías. No confundamos la atrocidad con la audacia. Puede que Dios juegue a los dados, pero eso no les da derecho a ustedes a inventar su propio juego. Seamos responsables y abandonemos de una vez esta infantil tendencia al disparate. Estamos aquí para construir puentes, no para imaginar lo que habría al otro lado si ya los hubiéramos cruzado.

—Podría haber sido mucho peor —dijo Trífero tratando de animar al profesor, pero a pesar de sus esfuerzos no conseguía que el pobre hombre sacase la cabeza de la taza del váter.

Se hospedaban en un pequeño motel cerca del campus, y al haber sido invitados en calidad de oyentes debían costearse sus propios gastos. Jerusalem, un hombre sin muchos recursos económicos, había intentado que Saúl aceptase compartir una habitación, pero a Trífero aquel arreglo le pareció inaceptable. A la vista del lastimoso estado en el que había quedado su compañero tras la intervención de Tauloski, Saúl se alegró de no haber cedido. El motel, una construcción desaliñada de cemento y aluminio, con habitaciones espaciosas pero semivacías, decoradas con

frutas de plástico (¿hay algo más inútil y más pernicioso para el alma que un falso kiwi?) y fotografías de montañas nevadas, podía haber empujado al suicidio al más animado viajante de comercio. Lo que ese ambiente sería capaz de hacer con el profesor Jerusalem estaba aún por ver, pero si a aquel matemático venido a menos le daba por colgarse, Saúl no quería estar allí para verlo.

—Dios mío, lleva usted media hora vomitando, no le debe de quedar nada dentro. Compóngase de una vez. No puede uno hundirse al primer revés.

—No es el primero —suspiró Jerusalem desde el baño—, es el último.

—¿El último revés? No, amigo mío, el último revés siempre está por llegar y puedo asegurarle que no será ese mequetrefe presuntuoso quien aseste el golpe.

—Pero, ¿no se da cuenta, doctor? Todo ha terminado.

—¿Que ha terminado? No exagere, se está usted dejando llevar. Venga a tomarse una copa y ya verá como se siente mejor.

—Yo he terminado, y usted debería saberlo mejor que nadie. Puso en mí su confianza, me abrió las puertas de su mente y yo he manchado de barro su casa y su nombre.

—Se está usted poniendo insoportablemente cursi, Jerusalem.

—Le he fallado, Trífero, no he sido capaz de estar a su altura.

—¿Mi altura, qué altura? Yo no tengo altura, profesor.

—La belleza de sus teorías reclamaba, exigía, la colaboración de una mente iluminada, y yo me apago, doctor, llevo años apagándome.

—Qué se va usted a apagar, no diga tonterías.

—Me apago, Trífero, y me hundo y le estoy hundiendo conmigo.

—No diga más barbaridades. Para empezar, sepa que yo no me hundo. Ni el dichoso Tauloski, ni el santísimo Einstein tirándome del forro del abrigo conseguirían hundirme. En segundo lugar, soy yo quien le ha empujado a esta insensatez. Si usted supiera… pero usted no sabe y tal vez sea mejor así.

Por un segundo Trífero dudó si decirle al pobre profesor toda la verdad; su falso doctorado, su ignorancia casi absoluta sobre la materia misma de sus especulaciones, su afición a robar canapés en congresos y convenciones —fue así, profesor, precisamente, como di con usted—, y su absoluta incapacidad para tomarse en serio cualquier asunto relativo a este o cualquier otro universo, pero decidió no hacerlo. Desnudar su alma delante de Jerusalem hubiera sido como quitarse los calzoncillos en una habitación vacía; un gesto insignificante que no requiere valor ni reporta ningún bien. Robarle al derrotado la grandeza de su batalla resultaba, a todas luces, una crueldad innecesaria.

—Acepte una copa y trate de enderezarse de una vez.

Jerusalem salió del baño y Saúl al verle estuvo tentado de mandarle de vuelta, tan deprimente resultaba su aspecto. En lugar de hacerlo, le ofreció un vaso de whisky.

—No hay nada que un buen escocés no pueda arreglar —dijo Trífero, a pesar de que albergaba serias dudas sobre la efectividad de su receta.

Jerusalem sujetó el vaso entre las manos, sin saber qué debía hacer con él. Tenía en los ojos la mirada de un hombre que sale a tientas de los restos de un naufragio sin saber a ciencia cierta si está vivo o muerto. Por fin bebió un lento sorbito, como si tratara de pescar algo de entereza en la superficie del vaso, y lo cierto es que algo debió de encontrar, porque su voz de colegiala se vistió por un segundo de una gravedad cómica. Como la voz de un hombre pequeño tragado por una ballena.

—Márchese, doctor, vuelva a su habitación, déjeme salvar el poco honor que me queda, aún nadie me ha visto llorar… bueno, nadie más que Thelma.

—¿Y su madre? No me diga que su madre no le ha visto llorar, aunque fuera de niño, todos hemos llorado de niños.

—Es que mi madre también se llama Thelma.

—Ah, eso lo explica todo.

El doctor Trífero salió de la habitación. Jerusalem tenía todo el derecho a llorar solo. Trífero, por su parte, no tenía de qué lamentarse. Sus delirios habían llegado a ser discutidos, de manera fugaz y en términos no demasiado favorables, pero discutidos al fin y al cabo, por un eminente científico. La reencarnación de Reimann, nada menos. Como un espontáneo que salta a la arena con la esperanza puesta en que el toro se percate de su presencia, Saúl había conseguido capturar por un segundo la atención de la bestia y, a su modesto entender, había salido ileso. Considerando que no tenía cartas ni dinero que apostar, su farol había llegado muy lejos. Haciendo un rápido recuento de la inversión y la ganancia, llegó a la conclusión de que la partida había sido un éxito. El doctor Trífero se propuso no dejar que los sollozos de Jerusalem, que aún podía oír desde el pasillo, le amargasen la noche.

Pues sí que se toma este hombre las cosas a pecho, se dijo. Después pasó de largo su propia habitación y se encaminó hacia el bar.

Saúl Trífero se despertó de un humor formidable. Aún en la cama trató de recordar los nombres de las dos estudiantes con las que había compartido la velada antes de que el dueño del motel, un hombretón con aspecto de cazador de osos, cerrara el bar. Didie y Tantan, Didin y Ban-ban, Sisy y Marlen, las distintas posibilidades revolotearon un segundo por la habitación como campanitas agitadas por el viento. El asunto no había prosperado, pero el interés que aquellas dos encantadoras jovencitas habían demostrado por el descubridor de los universos sombra le hicieron presagiar un futuro repleto de conquistas consumadas al calor de la ciencia. Las polémicas eran, precisamente, la sal de la nación cuántica y las estudiantes, con su arsenal de rebeldía aún intacto, parecían mostrar cierta predilección por los ángeles caídos. Por aquellos que lograban sacar de sus casillas a los aburridos oradores ilustres. Al menos ésa era la conclusión a la que había llegado Trífero después de su breve encuentro con aquellas dos colegialas de escurridizos nombres.

De un salto se plantó en el baño. Después de luchar contra el diabólico mecanismo de su bañera (los norteamericanos consideran que un tapón es algo demasiado prosaico y en su lugar han desarrollado un indescifrable sistema de poleas y palancas), Saúl dejó correr el agua caliente y acto seguido encendió un cigarrillo. La afición por los baños calientes la había heredado de su tatarabuelo Eliseo y había llegado hasta él debido a misteriosas estrategias genéticas, saltándose una de cada dos generaciones. Es decir, su tatarabuelo se bañaba, su bisabuelo no, su abuelo sí y su padre no. A su propio hijo, Frederick Nicolaj Trífero Happensauer, que Dios le bendiga, le tocaba volver a la ducha.

Desde la ventana de su habitación, Saúl podía ver el arrogante edificio central de la escuela Ziegernietch y se sorprendió al darse cuenta de que la imponente construcción rodeada por los muros del campus no le causaba ya la menor impresión.

No importa el tamaño de los leones, se dijo, sigue siendo un circo.

Cerró el grifo y se metió en el agua. Como antes que él hicieran los mejores de entre todos los Trífero.

No llevaba ni veinte minutos en la bañera cuando sonó el teléfono. Demonios, pensó, sólo puede ser Jerusalem, todo indica que a pesar de mis temores ha sobrevivido. Según la tradición iniciada por Eliseo Trífero, los baños calientes requieren al menos treinta minutos para que su efecto relajante sea efectivo, como le había explicado su abuelo, los primeros quince minutos son para el cuerpo, los segundos quince para el alma, de manera que Saúl, en lugar de correr al teléfono, abrió el grifo del agua para ajustar la temperatura. Le llevó un buen rato conseguir que la nube de vapor se elevara de nuevo, pero al cerrar el grifo pudo comprobar con profundo disgusto que el teléfono seguía soñando.

—Demonios —dijo Trífero, esta vez a voz en grito—. Maldito Jerusalem, terminaré por sentir que no se haya usted ahorcado.

Salió del agua y descolgó el dichoso teléfono.

—¿Doctor Trífero?

—Al habla.

—Perdone usted que le moleste, me llamo Leo Hagenbatz.

—¿Como los helados?

—No, doctor, Hagenbatz. Los helados son Haagen-Dazs, pero no se preocupe, es un error muy común. En cualquier caso mi nombre no le dirá nada, soy el asistente del profesor Tauloski y, bueno, nos preguntábamos si estaría usted libre para almorzar.

—Lo cierto es que no pensábamos salir de vuelta a la ciudad hasta esta tarde.

—Excelente, en ese caso estaríamos encantados si aceptara usted almorzar con nosotros.

—¿Con el profesor Tauloski?

—Por supuesto, el profesor estará allí.

—Bien, no veo por qué no.

—De acuerdo, entonces; ¿las doce y media le viene bien? Tal vez es pronto para usted, pero el profesor Tauloski, a pesar de ser tan europeo como usted, está ya hecho a las costumbres del nuevo mundo.

—No se preocupe, las doce y media está bien; con no desayunar, asunto resuelto. De otra forma no podría probar bocado.

—A las doce y cuarto, si le parece, pasaré a buscarle.

—Bueno, no es necesario que se moleste, puedo acercarme yo mismo al campus.

—No almorzaremos allí, doctor, sino en un delicioso restaurante cerca de las cascadas. ¿Conoce usted las cascadas?

—No, no conozco las cascadas —respondió Saúl, que estaba empezando a enfriarse, había salido del agua tan enfadado que ni siquiera había cogido una toalla.

—Oh, pues son dignas de verse. Puedo sugerirle que se traiga un bañador. Al profesor Tauloski le gusta darse un baño antes de comer y tal vez quiera usted acompañarle.

—No he traído bañador, Hagenbazt, pero llevaré unos calzoncillos discretos por si me animo.

—Eso bastará. A las doce y cuarto entonces. Sólo una cosa más, el profesor Jerusalem está excusado… Quiero decir que su presencia no será necesaria.

—Quiere usted decir que no está invitado.

—No se le escapa nada, doctor. Hasta la vista, doctor.

Saúl colgó el teléfono y se quedó mirando su figura en el espejo del armario. Para su edad, y teniendo en cuenta que jamás había sido un deportista, no estaba mal. Se preguntó qué aspecto tendría Tauloski en calzón de baño.

Leo Hagenbatz era un joven saludable de complexión atlética. Saúl se sintió decepcionado al verle, por alguna razón se había imaginado un siervo siniestro, tal vez jorobado, tuerto al menos. Cuando Saúl bajó a la recepción, el apuesto Leo ya estaba allí esperando. Saúl se entretuvo un segundo para dejarle una nota al profesor Jerusalem, que al parecer había salido a pasear muy de mañana y aún no había regresado.

Querido Jerusalem, voy a disfrutar del aire de las montañas. Podemos partir a las tres según lo acordado. Saúl Trífero.

Evitó cuidadosamente hacer ninguna referencia a la escena de la noche anterior, pues consideraba que entre hombres hechos y derechos las palmaditas en la espalda y las muestras de afecto resultaban una ñoñería insoportable.

Se encaramó al monstruoso vehículo del asistente Leo, uno de esos absurdos coches de guardabosques que serían perfectos si alguien no se hubiera tomado la molestia de llenar el mundo de comodísimas carreteras asfaltadas.

—¿Le importa que ponga música?

—En absoluto.

Leo conectó el casete y comenzó a sonar algo que a Saúl, que no era un experto, le pareció Hindemith.

—¿Conocía usted las Catskill Mountains, doctor?

—No, lo cierto es que apenas si he salido de Manhattan.

—Es una pena, nos encerramos en la ciudad sin darnos cuenta de lo que hay fuera.

Saúl había confiado en que la música le libraría de la conversación trivial, pero al parecer el musculoso Hagenbazt tenía un oído para cada cosa.

—Así es —respondió Trífero, sin dar pie a un nuevo comentario.

—Y fuera está el mundo… abriéndose cada mañana como una flor, poniéndose al alcance de quien quiera disfrutarlo.

Saúl no contestó, hizo ver que estaba demasiado embelesado con el paisaje y rezó por que las famosas cascadas no estuvieran muy lejos.

—Bienvenido a nuestro pequeño ritual, doctor Trífero. No pierda tiempo y láncese al agua.

Lo cierto es que Saúl no tenía intención alguna de bañarse y en cualquier caso no había mucha agua a la que lanzarse. El torrente caía desde una grieta en la montaña, sobre un pequeño embalse natural de piedra negra que apenas tenía medio metro de profundidad. Tauloski ya había terminado su baño y le tendió una mano mojada que asomaba como un pececillo de la gruesa manga de su albornoz.

—Gracias, profesor, pero me temo que soy hombre de baños calientes.

—Vamos, anímese. No sabe lo bien que sienta.

El agua golpeaba contra la piedra con tal fuerza que Saúl dudó que el pequeño sabio hubiera tenido el valor de ponerse debajo.

—No pensé que un hombre de su bravura se dejara intimidar por tan poca cosa.

Tauloski trató de dar a sus palabras la entonación de un reto, acentuando la palabra bravura con un barniz de ironía.

—¿Se decide? ¿No? Vamos, doctor, no le tendrá usted miedo a nuestro pequeño torrente.

Saúl empezaba a sentirse incómodo. No se había visto en una situación tan estúpida desde los doce años, cuando un compañero de clase llamado Torrubias le apostó su bicicleta a que no era capaz de comerse treinta y dos croquetas de pollo.

—Por favor, doctor, qué va a pensar Hagenbatz.

A Saúl le importaba un rábano lo que pensara el heladero o el propio Tauloski. De manera que no se molestó en contestar.

—Bueno, deje que me vista y nos vamos a comer. No sé si conoce usted Los Dos Ositos, es un honesto comedero de montaña, nada sofisticado, pero le aseguro que no comerá usted mejor en las Catskills.

Tauloski había dejado su ropa hecha un montoncito sobre una piedra. Cogió primero unos calzoncillos pequeños de algodón blanco, se abrió el albornoz, se lió una toalla alrededor de la cintura, y comenzó esa difícil operación me-quito-el-bañador-mojado-me-pongo-los-calzoncillos-secos, que todos conocemos tan bien y que resulta imposible llevar a cabo sin perder por el camino sacos de dignidad. Saúl habría imaginado que un hombre capaz de rebatir las constantes cosmológicas de Coleman sería capaz de encontrar también una forma más elegante de quitarse el bañador en público.

—Ya está —dijo Tauloski abrochándose el último botón de una camisa azul pálido de manga corta que le daba un aspecto de estudiante envejecido—. Espero que tenga hambre, doctor. Esta gente de las montañas no se anda con tonterías.

La comida fue generosa y excelente, aunque Saúl se abstuvo de probar el venado, pues se había jurado en su día no comer ningún animal capaz de caminar erguido, y recordaba haber visto en uno de esos documentales nocturnos una pelea de muflones en la que los dos contendientes, tratando de impresionar a una hembra, se sostenían sobre las patas traseras, antes de descargar sus temibles embestidas.

—A eso no se le puede llamar caminar erguido —objetó Tauloski, que parecía tener un empeño especial por estar siempre al otro extremo de la canoa, pero Trífero, que se tenía por un entendido en la conducta animal, no en vano su madre había sido una famosa domadora de perros, no se dejó convencer y pasó de los entrantes a los postres.

Habían terminado ya el café y disfrutaban de unas copitas de licor local, cuando Tauloski decidió abordar por fin el verdadero objetivo de la reunión.

—Verá usted, doctor Trífero, en estos tiempos no hay ninguna actividad que pueda permitirse el lujo de mantenerse ajena a las leyes del comercio. La ciencia ya no es esa torre de marfil aislada del pulso de la calle. No hay institución académica, por respetable que sea, que pueda ignorar el rendimiento de sus programas. El prestigio por sí solo no llena los platos, ni paga los gastos a fin de mes. Al mismo tiempo, sin dicho prestigio, el castillo de la ciencia se desmorona y queda a merced de charlatanes y feriantes. No pretendo excusarme por haber desenmascarado en mi intervención de ayer una serie de fabulaciones, entre ellas las presentadas por el profesor Jerusalem y usted mismo, ante los ojos crédulos del gran público. La situación de la escuela Ziegernietch, como ya habrá intuido, es especialmente delicada. Sólo manteniendo alta la guardia, y eso implica extremar la vigilancia y el rigor de nuestros métodos, puede una institución independiente ir ganando la credibilidad necesaria. Dicho esto, debo confesarle que hay algo en su teoría, más allá del grotesco planteamiento de su colega Jerusalem, que me llamó la atención desde un principio.

—Bueno, profesor Tauloski, confieso que me halaga saber que parte de nuestro trabajo al menos ha captado su interés.

—Oh no, no me refiero a su trabajo, su trabajo no es más que una relectura

apresurada de Platón mal apoyada en la teoría decadimensional de Kaku, con la que por cierto tampoco comulgo. Me refiero al título.

—¿El título?

—Si señor, universos sombra, es un título rematadamente bueno. ¿Ve usted? Retomando mis propias palabras, en estos días de libre comercio, el dinero, el verdadero dinero, no está en las becas ni en la financiación estatal, sino en los libros de divulgación. Para bien o para mal, la ciencia ha dado el paso definitivo hacia el hombre de la calle, y es de sus bolsillos de donde sale nuestro sustento. Ni siquiera la NASA puede desarrollar programas de espaldas al interés de la gente corriente. Los libros de divulgación científica han llegado a alcanzar en las últimas décadas cifras de ventas escandalosas, si me permite la expresión. La gente se interesa por la ciencia, cuando se presenta de forma atractiva y accesible. Y para llegar al público lo primero que hace falta es un buen título. Dónde cree que estaría Hawking si se hubiera presentado frente a los medios de comunicación hablando de núcleos elementales de hidrógeno chocando entre sí y dando lugar al helio. Ahora bien, dice usted big bang, y ya tiene las colas formándose a la puerta de las librerías.

»Centrándonos en lo que nos interesa, doctor, me parece que usted es bueno para esas cosas, que tiene oído y sensibilidad para conectar con el gran público. Y eso es justo lo que necesito. Estoy dándole los últimos toques a un texto que tiene grandes posibilidades.

Hagenbazt no pudo evitar intervenir.

—Posibilidades sería decir poco, doctor Trífero; es una luz en el laberinto cuántico, una puerta hacia el mundo de la física subatómica, un nuevo testamento para una nueva fe, un auténtico milagro.

—Gracias, Leo. Es suficiente. El texto, en efecto, tiene un indudable potencial. Hemos realizado un notable esfuerzo para tender un puente, un agujero de gusano si usted quiere, entre nuestro universo matemático y ustedes, los laicos, pero hay algo que no tenemos.

—Un título.

—En efecto, doctor, un título, y cierto gancho, como decirlo, cierto encanto que atraiga al lector. Hemos pensado que usted puede ser la persona adecuada para dotar a nuestro texto de los reflejos necesarios para desenvolverse en la batalla editorial. Un buen título, por supuesto, y unos atractivos encabezamientos para los capítulos. Algunas metáforas sugerentes aquí y allá, en fin, queremos proponerle que coja usted esto y le dé cierto brillo.

Leo Hagenbazt puso un grueso manuscrito sobre la mesa.

—A grandes rasgos, se trata de una revisión a la baja de la teoría de los universos múltiples, una llamada al orden en las filas de la revolución cuántica y una sólida reflexión científica sobre la necesidad de un creador frente a la anarquía subatómica, la entropía y el imperio del azar.

Trífero se quedó mirando el manuscrito, no pensaba ponerle la mano encima

hasta que no le explicaran claramente qué iba a ganar en este asunto.

—Si le interesa el encargo, doctor; le ofrecemos cubrir sus gastos mientras trabaja en el texto, y diez mil dólares cuando se apruebe el título. Por supuesto, su nombre no figurará en el original definitivo y deberá usted firmar una renuncia a cualquier reclamación de autoría sobre el total o cualquiera de las partes de que conste su colaboración. Leo ha preparado un sencillo documento a tal efecto. Espero no parecerle rudo, doctor Trífero, pero en este país los litigios son un deporte nacional. Como decía mi abuelo, si la gente hablase claro no habría malentendidos.

»Bien, doctor, ¿qué le parece? Claro está, no tiene que contestar ahora mismo.

Trífero bebió un trago de licor de las montañas, tomó el manuscrito, lo colocó sobre sus rodillas sin mirarlo, y dijo: Acepto.

—¿Está usted seguro, doctor? Puede que quiera pensarlo con calma.

—Hagenbatz, deme usted ese contrato.

Saúl Trífero no se tenía por un hombre impulsivo, pero en el transcurso de aquel almuerzo en la taberna de Los Dos Ositos, empujado por dos extraños a hacer algo que no le interesaba ni remotamente a cambio de un salario insuficiente, se encontró con que le resultaba imposible negarse, tal vez porque necesitaba con urgencia cambiar una farsa por otra, tal vez porque no podía seguir arrastrando al tristísimo profesor Jerusalem, tal vez porque en cualquier caso nada de lo que había hecho o dicho desde el día en que Lotte se hundió en el hielo del lago Librick tenía sentido, tal vez porque los muflones no andaban erguidos después de todo.

TRÍFERO, UNA INTRODUCCIÓN

Era un perfecto día de playa. El profesor Jerusalem repasó mentalmente su discurso: … partimos de un error y partiendo de una suposición errónea es imposible alcanzar una hipótesis acertada. Buscamos una teoría unificada que justifique las condiciones que observamos, basamos nuestras certezas en la experimentación llevada a cabo sobre una realidad que, aun siendo tan vasta como el universo verificable, no es sino un engaño, un reflejo distorsionado de la realidad. Buscamos el tesoro en el mapa equivocado, como un osteópata borracho que pretende sacar conclusiones mediante la observación del reflejo deformado de un hombre en uno de esos espejos de la risa del parque de atracciones…

—¿Una cerveza, profesor?

El señor Beninsdale se interpuso entre el universo verificable y los ambiciosos planes del profesor Jerusalem para un entendimiento mayor de lo que había dado en llamar el mundo anverso.

—No, gracias.

—Una buena cerveza templa los nervios.

—No estoy nervioso —respondió irritado el profesor, y al decirlo se dio cuenta de que sí lo estaba. Al fin y al cabo siempre había sido un hombre tímido, antes incluso de que la sombra del descrédito se extendiera por su expediente académico como una infección. Ya en sus días de estudiante había temido al púlpito como al paredón. Tengo la voz de una niña aterrada, solía decir Jerusalem. Y, la verdad, no exageraba —. Deme usted esa cerveza.

El profesor pegó un trago y sintió que algunas cosas se ordenaban en su cabeza y otras se descolocaban aún más. Decidió entonces recurrir a las técnicas de relajación que el maestro Onoda, su experto masajista shiatsu, le había enseñado. La habitación está en calma, pensó, la nieve cubre el jardín.

—Así que el doctor Trífero no ha podido venir —le interrumpió de nuevo el señor Beninsdale—, me lo ha dicho mi mujer y, no le voy a engañar, estamos profundamente decepcionados.

—No más que yo, señor Beninsdale, pero el doctor Trífero no es un hombre cualquiera, no se atreva usted a juzgarle.

Jerusalem intentó recuperar la calma, pero le resultó imposible.

—Demonios, me ha roto usted la concentración, ahora las ventanas están abiertas y la nieve cubre la habitación.

—Ya lo siento —contestó el señor Beninsdale.

Mientras tanto, el hombre que se hacía llamar La Amenaza Cuántica cerraba su entusiasta intervención con una profecía:

—¡Llegará el momento en que descubramos que hemos sido soñados! —anunció con solemnidad, y después descendió del improvisado escenario sujetándose con

cuidado los faldones de la túnica.

—Su turno, profesor —anunció Beninsdale.

El profesor Jerusalem ocupó por fin la tarima de los oradores en el Congreso de Amigos de la Paradoja de Podolsky. Los asistentes sabían que se acercaba el momento cumbre de la reunión y comenzaron a girar sobre sí mismos, que es lo que hacen normalmente los seguidores de Podolsky para mostrar su admiración. La paradoja Einstein-Rosen-Podolsky, como todo el mundo sabe, parte del supuesto de una pistola y una bala de masas equivalentes cuyo movimiento giratorio, al igual que el de algunas partículas subatómicas, no puede ser predeterminado. Sólo conociendo el sentido en el que gira uno de los dos elementos, la bala o la pistola, podríamos determinar el sentido del otro, que sería siempre el contrario. Así que los fieles de Podolsky giraban felices, a pesar del calor, y se hundían lentamente en la arena de Coney Island como taladros neumáticos.

El profesor Jerusalem, que ya había sido expulsado de todos los foros respetables, se refugiaba en el entusiasmo de los grupos seudocientíficos, formados por adoradores de la ciencia ficción de quiosco, esquizofrénicos y curiosos. Sus más recientes estudios, inspirados en las observaciones del doctor Trífero, habían alcanzado un éxito sin precedentes (al menos sin precedentes para él) en publicaciones tan importantes como *El Sombrero de Einstein, Incertidumbre y abducción* e incluso en la biblia del pensamiento seudocientífico: *Dioses Paralelos*. Podría decirse que Jerusalem se encontraba por o fin en la posición que siempre había deseado ocupar, aunque en un lugar muy distinto del que él hubiera soñado. Un escenario improvisado en la playa de Coney Island no era precisamente la Royal Society of London, y aquellos dementes giratorios, no más de setenta, sabían tanto de ciencia como el tipo que despachaba los perritos calientes en Nathan’s. A pesar de todo, el profesor Jerusalem, que era un hombre distinto desde su accidente, se encaramó al podio de los oradores con el orgullo de quien, después de años de humillaciones y mentiras, le arroja al mundo la verdad escondida en lo más oscuro de su corazón.

El profesor Jerusalem dejó sus notas sobre el atril. En el primer folio estaba escrito a mano: «Trífero, una Introducción». Sujetó el micrófono con ambas manos y dijo con un suspiro de voz:

—He dejado de creer en las matemáticas.

—¡No se oye! —gritó alguien desde la arena.

El profesor Jerusalem trató de elevar la voz.

—He dicho, amigos míos, que he perdido la fe en las matemáticas.

—¡Más alto!

El profesor Jerusalem golpeó el micrófono con los dedos, pero no se escuchó nada, el micrófono estaba muerto.

La señora Beninsdale, principal amiga de la Paradoja de Podolsky y organizadora del evento, salió de detrás de la cortina roja.

—Me temo que el generador ha reventado, profesor. Es por culpa de la nevera.

—¿La nevera?

—Sí, profesor; le dije a mi marido que el generador no podría alimentar la nevera y el sistema de megafonía al mismo tiempo, pero es un hombre terco como una mula y no soporta la cerveza caliente.

—Maldita sea, señora Beninsdale, es el trabajo de una vida lo que les traigo, revelaciones que podrían hacer girar el camino de la ciencia.

—Nos gusta girar como al que más, profesor, ya nos conoce, pero no tenemos otro generador; podría mandar a mi marido a por el generador de mi cuñado, pero vive en Queens y con el tráfico de fin de semana dudo que estuviera aquí antes de la noche.

—¡Mierda!

—Le ruego que no nos falte, profesor, aquí somos todos buena gente.

—Lo siento, señora Beninsdale, pero el destino parece estar jugando siempre en mi contra.

—No es el destino, profesor, es la nevera.

—Demonios, con nevera o sin nevera, tengo algo que decir y lo diré.

—Adelante, profesor, pero grite todo lo que pueda, si no se lo tragará todo el ruido de las olas.

El profesor Jerusalem volvió a la carga. Se acercó al borde de la tarima y comenzó su exposición:

—Si Newton hubiera sabido… ron… cuant… del alma misma del universo… más allá de la enésima dimensión… wign… trosk… Hawking se caería de la silla… flech… ros… el teorema de Gödel… el tensor de la métrica de Riemann… big… bang… que la teoría de Kaluza Klein… ex… nara… a lomos del trabajo de Coleman… ra… sab… cuidado con los agujeros de gusano… Planck… déjeme que me ría… kikkawa-sakita-virasoro… lo que Dios no sabe… excel… son… la muerte de Schwarzschild… von… tres… cuando el doctor Trífero… dann… isot… anisotropías en la expansión cósmica de los cuerpos… y el mismísimo Einstein… zemm… el principio cosmológico… el… a… Bohr… y, para finalizar:… rnnnn… los universos sombra.

Efectivamente, el ruido de las olas se lo había tragado casi todo. La audiencia, sin embargo, apreció los esfuerzos titánicos del profesor Jerusalem y le premió con aplausos y una nueva sesión de giros.

El profesor dejó el estrado agotado y la señora Beninsdale le obsequió con una de las cervezas de su marido que, a pesar de la avería del generador, aún estaba fresca.

—Brillante, profesor, ha estado usted brillante.

—¿Usted cree?

—Desde luego, profesor. Contaremos con usted en el futuro.

—¿Y las olas?

—¿Qué pasa con las olas?

—El ruido del mar… No sé si he conseguido hacerme oír… Tenía la sensación de estar luchando contra un huracán.

—No se preocupe, profesor, lo esencial nos ha llegado, su lucha contra los elementos ha reforzado el mensaje con un tinte de bravura.

El profesor Jerusalem sonrió halagado.

—Lo único que siento, profesor, es que el doctor Trífero no haya podido asistir; había mucho interés por su figura entre la audiencia.

—Lo sé, señora Beninsdale, y créame usted que yo he sido el primero en lamentarlo. No la engañé cuando le dije que contaba con su palabra, ayer mismo me juró que asistiría, pero el doctor Trífero es un hombre extraño.

—Los hombres de su clase suelen serlo.

—Me temo que sí, señora Beninsdale.

—¿Otra cerveza, profesor?

—No, gracias, tengo que conducir.

El tráfico de vuelta a Nueva Jersey era, como bien había anunciado la señora Beninsdale, terrible; eso le dio al profesor Jerusalem la oportunidad de pensar. Oportunidad por otra parte que él no había pedido. Brillante… Las palabras de la señora Beninsdale comenzaban a deshacerse bajo el calor, con la misma rapidez con que se deshacen siempre los elogios. Las críticas hostiles permanecen bajo la piel y crecen como tumores; los elogios, en cambio, se diluyen en la sangre y su suave efecto eufórico cede al poco ante la fuerza de la razón y, al igual que todas las alegrías, le dejan a uno en el umbral de la vergüenza. Mira que eres tonto, Jerusalem, razonaba el profesor. Esperaban a Trífero, sólo trataban de ser amables, ocultando en lo posible su decepción. Y Trífero, por supuesto, no ha aparecido. Cómo iba a aparecer, si todo este congreso playero no era más que una farsa. Sólo tú, Jerusalem, se decía, eres tan insensato como para entusiasmarte con un picnic grotesco montado por una banda de dementes giratorios.

Un amargo sentimiento de profunda decepción invadió entonces al profesor Jerusalem, que decidió guardar un minuto de silencio mental, en señal de luto, como si estuviera asistiendo al entierro de su propia dignidad.

No volveré a verlo, concluyó, pasado más o menos el minuto. Mis días junto al asombroso doctor Trífero han terminado. Una vez más he rozado la gloria y una vez más he fallado. Como tantos otros antes y como tantos otros después, no soy un hombre construido a la altura de mis sueños.

Soy el más triste de los habitantes de su universo sombra, doctor.

Mientras tanto, Saúl Trífero se zampaba un perrito en Nathan’s. Estaba en Coney Island, después de todo, y hasta había asistido, oculto entre la gente, a la enérgica exposición del profesor Jerusalem, aunque, como el resto del público, sólo había oído el ruido de las olas.

En algo al menos el profesor acertó de lleno: aquellos dos hombres jamás volvieron a encontrarse.

A pesar de todo, éste no es todavía el final de su historia.

CONEY ISLAND

Bastante duro era estar en la playa para un hombre que no encontraba en un bañador y unas chancletas el menor consuelo, como para encima tener que oír por todas partes esa maldita música gringo-latina. El doctor Trífero empezaba a cuestionarse si había sido un acierto aceptar la invitación del profesor Jerusalem para exponer su teoría en el congreso anual de la APP (Amigos de la Paradoja de Podolsky). El ya no tan joven Saúl apenas sabía nada de la dichosa paradoja aparte del hecho de que giraba, nunca mejor dicho, alrededor de una pistola y una bala giratorias y de masa similar, pero su breve experiencia en las faldas de la montaña sagrada de la ciencia le habían enseñado que el desconcierto general era terreno abonado para los embaucadores. Así que, pese a su natural desconfianza, se había animado a pasar la tarde en la playa, atraído más por el daiquiri que por las promesas de Jerusalem, que al parecer se había recuperado con milagrosa rapidez de su último fracaso. La insistencia del pobre Jerusalem le había resultado, en cualquier caso, infranqueable. Una negación, razonaba el doctor Trífero, necesita de un muro, una afirmación apenas precisa de un momento de debilidad. Y, la verdad, a Saúl no le quedaban fuerzas para levantar muros, después de haberse entregado con más energía de la debida a este negocio de la mentira cuántica a gran escala. Cualquiera que no se haya asomado al alegre circo de la comunidad seudocientífica se sorprendería al darse cuenta de sus verdaderas dimensiones. El doctor Trífero apenas era uno más sacando tajada de la avalancha de recursos que esta pequeña industria generaba, y del desmesurado interés que suscitaba entre las gentes de la más diversa condición. No era extraño terminar las veladas rodeado de militares en la reserva, amas de casa, estrellas de cine, millonarios aburridos y agentes de seguros, bebiendo vodka en un restaurante ruso y arrojando los vasos al aire con la sana intención de acertarle a alguno de esos mundos paralelos que sin duda se esconden más allá del samovar.

Tratemos al menos de que las cosas no se nos vayan esta vez de las manos, se dijo Saúl un segundo antes de clavar su sombrilla en la arena.

¡Ah, la lealtad! ¡Qué amargo trago, qué condena, qué arrogante compromiso unilateral! Qué merma de la libertad, qué despiadado asalto al libre albedrío, al azar, a la naturaleza. El profesor Jerusalem ha desempolvado la espada de su fidelidad para atravesarme con ella, recapacitaba Saúl indignado… Siempre le he sido fiel, doctor Trífero. Bien, era cierto, Saúl no tenía más remedio que reconocerlo, pero ¿es que eso le daba algún derecho?… Fidelidad, dice usted, tiranía, le respondo. Usted se ha atado a mí. La transparencia de sus sentimientos, la honestidad de sus limitaciones, amigo mío, las llevo clavadas como flechas en la piel de un búfalo. Como picas en la herida abierta del toro. Me está usted sangrando. ¿No es ya más que suficiente, profesor Jerusalem? Líbrenos Dios de los hombres honrados, de la voracidad insaciable de los grandes corazones, del egoísmo atroz de los buenos sentimientos.

Deme usted el rencor y la envidia, la insolidaridad y la traición, deme usted la libertad de odiarle, profesor, no me encierre en las mazmorras del agradecimiento. Láncese usted a esta nueva charada, baile con los amigos de la paradoja de Podolski, sus amigos al fin y al cabo, y déjeme a mí en paz.

A pesar de que había llegado hasta Coney Island con la firme decisión de acompañar por última vez al viejo profesor, lo cierto es que al verse allí frente al absurdo tenderete, al ver a los seguidores de Podolsky convertidos en peonzas, al divisar a lo lejos la figura de Jerusalem, sus absurdas camisitas a cuadros, su absurdo sombrero de pescador, Trífero se había dado cuenta de que ya no podía seguirle.

Está usted solo, profesor. Por lo que a mí respecta, puede tirarse al mar abrazado a un yunque. El doctor Trífero vuelve al reino de las sombras, del que probablemente nunca debería haber salido. La lealtad es un regalo envenenado que jamás he pedido y jamás he prometido devolver.

Mientras el profesor Jerusalem ocupaba la tarima de oradores, Saúl Trífero, dando por zanjada de una vez por todas su relación profesional, arrancó su sombrilla de la arena como quien arranca mala hierba, recogió sus cosas, y se largo de la playa al ritmo del molesto flip flop de sus chancletas.

—¡Deja esa maleta donde está! —gritó Albita, que notaba cómo la furia de mil batallas perdidas contra los hombres le alcanzaba las mejillas.

Saúl siguió recogiendo su ropa. Separaba sus cosas de las de Albita, como si estuviera huyendo de una zona contaminada. Las pocas pertenencias de aquella mujer, sus grotescos muñequitos, sus absurdas revistas, sus libros de autoayuda, cada una de sus prendas, le parecían focos de infección y trataba cuidadosamente de no rozarlas siquiera. Hubiera caminado mil kilómetros para evitar uno de sus calcetines de tenis.

—He dicho que te detengas en este preciso momento. ¡Detente!

—No es tan fácil, Albita. No se puede congelar el tiempo a tu antojo. Si yo hubiera podido detener el curso de las cosas, créeme que ya lo habría hecho.

—¿Pero qué dices? No te entiendo. Nunca he entendido una sola palabra de lo que dices.

—Bueno, ésa es una razón tan buena como cualquier otra para terminar con esto.

—¿Terminar con esto? ¿Qué vas a terminar? ¿Qué es esto?

Cómo explicarle a Albita, que a fin de cuentas no tenía culpa de nada, que su sola presencia en aquella habitación le rebajaba. Si Lotte con sus villas, su champán, su generosidad inagotable, su sólida elegancia, le había permitido inventarse una versión mejorada de sí mismo, todo cuanto rodeaba a Albita conseguía en Trífero el efecto contrario.

Trífero más Lotte había dado como resultado una cifra altísima, más allá de sus propias expectativas. Trífero menos Albita le había reducido a un número

insignificante.

—El piso está pagado hasta final de mes. Después tendrás que buscarte otra cosa.

—¡Quedan diez días para que acabe el mes!

—Si estuviese en mi mano, cariño, haría los meses mucho más largos sólo para que tú pudieras organizarte, pero ya te he explicado que el tiempo tiene sus propias costumbres.

Albita se arrojó sobre la cama, las manos en la cara, las mantas ahogando sus sollozos. Fuera lo que fuese lo que Saúl había sentido por ella, se había acabado hacía tiempo. Ya ni siquiera le excitaba la idea de torturarla. Mucho menos la perspectiva de ofrecerle consuelo alguno.

—Mañana salgo para Europa.

—¿Así? ¿Sin más? Si crees que puedes dejarme así, como a una, una…

Albita no daba con la palabra adecuada.

—¿Como a una qué, Albita?

—¡Como a una perra!

Saúl se echó a reír.

Albita, que poseía la agilidad y la capacidad de improvisación de un trapecista del circo ruso, saltó desde la cama con los puños cerrados, dispuesta a noquear a Trífero de un solo golpe.

Afortunadamente, Trífero pertenecía a esa raza de hombres precavidos que se ríe siempre con los ojos abiertos, y con un hábil giro de cintura esquivó el ataque de Albita, que rodó por el suelo como una bola de bolera. Al final de su breve trayectoria, ya sabemos que el piso no era muy grande, se golpeó con una mesita de café y a punto estuvo de abrirse la cabeza. Quedó tendida en el suelo, las piernas abiertas, los ojos en blanco. Saúl Trífero dejó la maleta a un lado. Recogió lo que quedaba de su fiel Albita, y la volvió a tirar sobre la cama.

—Mi madre te odia —dijo ella mientras se quitaba los panties, y Dios sabe que no hay una manera elegante de quitarse esa prenda.

—No sabía que tuvieras madre.

—La tengo y te ha odiado desde el principio.

A Trífero no le sentó bien aquel descubrimiento, desde niño había demostrado un empeño especial por caer bien a las madres de la gente, pero poco podía hacer ya por evitarlo.

Saúl se desnudo y se metió en la cama.

El vecino no protestó, como si supiera que aquélla iba ser la última vez y hubiera decidido, por fin, mostrarse indulgente, aunque también puede ser que no estuviese en casa.

Una hora después Saúl salió del apartamento. En el portal se cruzó con Agedor Grenen. Tanto había perfeccionado el buen noruego su disfraz de soy-como-todo-el-mundo que Trífero ni siquiera reparó en él.

INVIERNO

¿Qué pensaba Trífero mientras caminaba por el parque? Nada. A Trífero los parques no le parecían el mejor sitio para pensar. Las ideas se le enredaban entre las ramas de los árboles y no acababan de bajar, y las enormes llanuras de naturaleza corregida le sumían a menudo en la más apacible indiferencia. De todas formas la gente, en general, piensa mucho menos de lo que se supone, dentro y fuera de los parques, y lo que solemos elevar a la categoría de meditaciones no es más que el ruido de un motor encendido. Saúl había aprendido con el tiempo a no sublimar la torpe mecánica de su nada ilustre cabeza y, al contrario que muchos de nosotros, despreciaba sus propios pensamientos, y con frecuencia los ajenos, tanto como despreciaba las lágrimas, las medias sonrisas o las gotas de lluvia.

Hay quien no sabe medir la diferencia entre el orden absurdo de los mapas y la naturaleza caótica de todos los paisajes, pero Saúl jamás había sentido la necesidad de trazar líneas sobre la tierra que pisaba, y aceptaba con toda naturalidad la intrascendencia de su caprichosa e insignificante posición en este mundo. Por eso, cuando se detuvo delante de uno de esos planos que jalonan los parques, no pudo evitar tomarse a broma la indicación, marcada con una flecha roja que decía: ESTÁ USTED AQUÍ.

Desde su regreso a Manhattan había sentido la proximidad del invierno, y al pasar junto al lago donde los niños jugaban con sus pequeños barcos de vela sintió el primer frío en los dedos de las manos y se arrepintió de no llevar guantes. Los guantes establecen una distancia prudente con todas las cosas y dan un aire de inequívoca elegancia, y Saúl, que desconfiaba de las causas, era un hombre preocupado por las formas.

Mañana guantes, decidió Saúl, sin dudarlo, y enseguida el abrigo de lana. El invierno en Nueva York puede llegar a ser muy duro para el que no está preparado. Quien respeta el rigor de las estaciones nada tiene que temer. Con la determinación del que toma una decisión acertada, a partir de mañana guantes y guantes hasta los primeros días de la primavera, el doctor Trífero se encaminó hacia el carrusel.

Los niños daban vueltas en los caballitos y el bueno de Hagenbazt los miraba a todos sin mirar a ninguno en particular.

—¿Tiene usted hijos? —le preguntó Trífero.

—No, sólo estoy disimulando.

—Perfecto —dijo Saúl, que encontraba todas aquellas precauciones exageradas.

—Pensará usted que todo esto es ridículo.

—En absoluto —mintió Trífero.

—Se sorprendería si supiera la cantidad de enemigos que rodean al profesor Tauloski, incluso entre los más allegados.

—¿Entre los más allegados?

—Oh no, no entre los más, más allegados. Doctor, mi fidelidad hacia el profesor es incuestionable. En fin, quería transmitirle las disculpas de Tauloski por no poder estar aquí. Supongo que entenderá, no obstante, que sus nombres no deben ser relacionados. Aquí tiene usted el anticipo, la última versión del manuscrito y un billete para Berlín.

—¿Berlín?

—Es lo mejor que hemos podido conseguirle. Una delegada de la embajada belga pondrá a su disposición una cómoda residencia en Majakowskiring, Berlín oriental. Se trata de la antigua embajada. Ahora está vacía, pero al parecer cuenta con todas las comodidades. Estará usted bien. La mansión ha sido utilizada por estudiantes becados y artistas, pero no se preocupe, podrá tenerla para usted solo al menos durante dos meses. Es más tiempo del que necesita. Le recuerdo que el editor nos exige un manuscrito final para dentro de cuarenta días. Lo que haga después es asunto suyo.

—¿No hará mucho frío en Berlín?

—No más que aquí, doctor, y en cualquier caso fue usted el que nos pidió alejarse de Nueva York, aunque he de reconocer que a nosotros también nos conviene. La credibilidad del profesor Tauloski se vería seriamente afectada si llegara a saberse…

—No se preocupe —le interrumpió Trífero—, no se sabrá.

—Perfecto —dijo Hagenbatz—, y ahora márchese. Yo me quedaré un rato por aquí.

—Disimulando —apostilló Trífero.

—Eso es, doctor. Disimulando. Adiós y buena suerte.

El Plaza, como todos los grandes hoteles del mundo, respetaba sólo a aquellos que tenían un alto concepto de sí mismos. Saúl, siendo más joven, se había dejado intimidar por el ejército de criados de uniforme que recorrían los salones de los grandes hoteles con la sana intención de adular al señor y derrotar al farsante.

Los criados sólo respetan al amo. El temor una vez más marca la medida exacta del respeto. Muéstrales una simpatía excesiva, y enterrarán tus huesos en el patio. Mantén el cuchillo de la cortesía bien afilado y se doblarán como bisagras. Saúl sabía, había aprendido, a descifrar el código secreto capaz de transformar los perros del infierno, cancerberos despiadados, en ridículos perritos falderos. No se hospedaba en el Plaza. No podía. Pero sus días junto a la dulce Lotte le habían enseñado a cabalgar por las moquetas de los hoteles de primera, al paso a veces y a veces al trote, manteniendo siempre la mirada a la altura exacta de la cabeza del caballo.

Ellos no saben cómo se ven las cosas desde aquí, le había dicho Lotte, y ésa será siempre nuestra ventaja.

Saúl citaba a los periodistas en el Plaza y se hacía pasar los mensajes a su mesa del Oak Bar, entraba y salía de los servicios cuando necesitaba refrescarse, y siempre tenía una pastilla de jabón nueva y una toalla limpia para secarse las manos. Si se

quedaba sin cigarrillos, le bastaba un gesto invisible para recibir en mano un par de paquetes y, con poco más, apenas una mirada al camarero, un perfecto dry martini de Bombay aterrizaba en su mesa. Todo ese despliegue de atenciones no le costaba más que unas cuantas propinas. Los martinis son en el Plaza apenas un poco más caros que en cualquier otro sitio, y a cambio Saúl conseguía levantar un muro de respeto y admiración frente a los chicos de la prensa. Una legión desganada y retorcida que había hecho de su falta de estilo un estandarte, de su desconfianza una fe, y de su complejo de inferioridad un arma arrojadiza.

Saúl se había convertido en una celebridad de primer orden dentro de la comunidad seudocientífica y en una celebridad menor en el ámbito de la prensa generalista, y alternaba ambas posiciones con una elegancia ejemplar.

—¿Cómo es posible que el hombre que descubrió los universos sombra se decida, de pronto, a abandonar su brillante carrera? —preguntó el periodista de la revista *Ciencia salvaje*.

—¿Acaso no se detendría usted al sentir el calor de la hoguera? —respondió Saúl ganando tiempo—. ¿No es vuestro mundo tridimensional, a todos los efectos, tan limitado como el mundo bidimensional de los personajes dibujados en una hoja de papel? Piense usted en Spiderman.

—¿Spiderman? —preguntó el periodista, uno de esos chavales recién salidos de la facultad que esperan que el mundo se meta solo dentro de su grabadora portátil.

—Spiderman, los Cuatro Fantásticos, cualquiera de esos superhéroes capaces de derretir el hielo con la mirada y de hundir paredes de ladrillos de un puñetazo. Tan poderosos dentro de su mundo, pero incapaces de salir de él. Un niño puede arrugar la página de un cómic y acabar con todos ellos sin esfuerzo. Un niño. Quién le dice a usted que un niño no está, en este preciso instante, arrugando nuestro universo con la misma facilidad. Ahí tiene usted su maldito big crunch, señor Hawking.

—¿Un niño? ¿Qué niño? ¿Un niño de dónde?

—Un niño de donde sea. Póngale usted el nombre que quiera. Un niño ajeno a este miserable universo sombra. Un niño del mundo luz.

—Un mundo luz —repitió el universitario, para que el asunto quedara registrado en su magnetófono.

—El mundo luz, el mundo de los ángeles, el verdadero mundo al fin y al cabo.

—¿El mundo de Dios?

—Ah no, no meta a Dios en esto. Dios nace precisamente de las necesidades del universo sombra, y una respuesta nacida de una necesidad no será jamás una respuesta satisfactoria. Fuera de las sombras no hay necesidad de su Dios. De la misma manera que fuera del mundo de los dibujos animados no hay necesidad alguna para el Pájaro Loco.

—¿Puedo citar esto?

—Puede usted citar lo que le venga en gana. No creo que el Pájaro Loco se vaya a ofender a estas alturas. Y ahora, si me lo permite… creo que su tiempo ha terminado.

El muchacho de *Ciencia salvaje* se levantó de la mesa, y el corresponsal de *Las manos de Orlac* tomó su lugar.

—Seré breve —dijo Trífero—, al fin y al cabo el tiempo es otra de las cosas de las que andamos escasos los tristes personajes de las sombras.

Había empezado a llover. Desde su mesa el doctor Trífero podía ver el agua cayendo sobre los coches de caballos alineados a la entrada del parque, desde Columbus Circle hasta la Quinta Avenida. Había dejado para el final su entrevista con el *New York Times*, la nota de prensa, como ellos la llamaban, dando a entender que un periódico de tal importancia alojaría a cualquier invitado dudoso entre las estrechas columnas de su anecdotario, esas páginas destinadas a entretener al lector con asuntos irrelevantes, más o menos curiosos, y cuya finalidad última no es otra que darle al diario un poco de aire, entre el recuento de muertos del último terremoto en Turquía y las siempre inquietantes noticias de bolsa. Trífero no se engañaba al respecto, para la prensa seria no era más que un farsante, otro de esos falsos profetas que amenizan los telediarios con la enésima reinterpretación de Nostradamus, un personaje ridiculizable como los inventores de pueblo o esos biólogos marinos disparatados que de cuando en cuando aseguran haber establecido una comunicación intelectual con las focas.

Mavel Dave, así se llamaba la reportera del *New York Times*, llegó empapada y por supuesto con retraso. Saúl había organizado su agenda con el fin de que la gente del *Times* pudiera ver el revuelo y el interés que sus comparecencias públicas causaban en la prensa. El insidioso periodista del *NYT*, sería insidioso sin lugar a dudas, debía asistir al desfile de colegas dejando el Oak Bar y mantenerse alejado de cuanto les había dicho. Tenía siempre dispuestos dos discursos paralelos, uno para oyentes escépticos y otro para oyentes devotos, y resultaba de vital importancia que los unos no escucharan los delirios destinados a los otros. El retraso de la señorita Dave había arruinado el efecto tan cuidadosamente diseñado. Cuando aquella mujercita con aspecto de secretaria espabilada se sentó por fin a su mesa, alrededor del doctor Trífero ya no quedaba nadie. Toda la magia se había esfumado.

—He oído hablar mucho de usted, doctor, ¿debo llamarle doctor?… y he leído lo que de usted dicen esas fantásticas revistas periféricas del verdadero pensamiento científico, así que mi pregunta no puede ser otra. ¿Qué le distingue del resto de charlatanes?

Bien empezamos, pensó Trífero, pero enseguida se repuso. No serán sus golpes bajos los que me tumben, amiga mía.

—En primer lugar, señorita Dove…

—Dave.

—¿Dave? ¿Está usted segura?, hubiera jurado que era Dove… En fin, es una lástima, ¿ha leído usted a Blake?

—Por supuesto —dijo Mavel, que es lo que se dice siempre que uno no sabe de qué cuernos le están hablando.

—To be weak as a lamb and smooth as a dove and not to rise envy, is call'd Christian love.

—Muy bonito, doctor, pero sigue siendo Dave.

—Bien, usted debe saberlo, en primer lugar señorita Dave, es su trabajo y no el mío tratar de descifrar si soy o no un charlatán; esperan ustedes que se entregue uno atado de pies y manos, querida, y eso no es periodismo. Por otra parte, ¿qué clase de charlatán sería yo si le respondiera a esa pregunta? Y de no serlo, ¿por qué habría de molestarme?

«Un charlatán», apuntó Mavel en su libreta. No hay duda.

—Hábleme de su formación académica. ¿Dónde cursó estudios?

—En Praga —respondió Trífero, convencido de que aquello era el más delicado homenaje póstumo a la dulce Lotte.

—En Praga, ¿no puede ser más concreto?

—Ah, no ha estado usted allí, evidentemente. En Praga aprende uno en todas partes, bajo los puentes, junto al río, a la sombra del campanario de la catedral.

«Sin estudios», apuntó Mavel, que era capaz de mutilar las respuestas de Saúl con la misma habilidad con que una campesina de La Mancha decapita un pollo.

—Ahora que cita usted la sombra, ¿no es así como le llaman, Doctor Sombra?

—Lo he oído mencionar.

—¿Y no es igual de cierto que el ilustre profesor Tauloski dijo de usted en el último congreso de la AACU: «No es ni la sombra de un científico»?

—Lo dijo, desde luego que lo dijo, pero tenga usted en cuenta que cosas peores se dijeron de Copérnico o Galileo, y que los hermanos Wright eran un par de idiotas con unas tablas y unas lonas un segundo antes de alzar el vuelo.

—Orville.

—¿Perdón?

—Orville Wright fue quien alzó el vuelo, su hermano se quedó en tierra. Lo echaron a cara o cruz.

—Orville, Joe, quien sea. —Trífero comenzaba a perder los nervios, ponerse a merced de los periodistas era como acudir voluntario al paredón—. Voló, ¿no es así, señorita Mavel?, voló y eso es lo que importa. Si fuera por ustedes, aún estaríamos dudando acerca de la utilidad de la rueda.

«Discurso demagógico», apuntó la señorita Mavel en letras mayúsculas.

—¿Escribe usted en letras tan grandes porque es miope o sólo para que yo pueda verlo?

Mavel no se molestó en contestar. Sólo añadió en su libreta, «quisquilloso».

—Y, dígame, «doctor» Trífero —Saúl podía oír las comillas en su entonación—,

su teoría acerca de los universos sombra ¿tiene alguna base científica? Al parecer los esfuerzos del profesor Jerusalem fueron descritos por la *American Review of Quantum Mecanics*, cito, una vez más, textualmente, como los intentos desesperados de un mal sastre. Las mangas no llegan, la sisa tira, los botones no casan con los ojales. Su sospechosa asociación con el esquivo doctor Trífero nos recuerda a un ciego guiando a otro ciego.

—Todos estamos ciegos en el mundo de las sombras —interrumpió Trífero.

—Ya, y eso lo explica todo, ¿no es así?

—Así es, señorita Mavel.

—Bien, creo que con esto tengo bastante. —Mavel Dave comenzó a recoger sus cosas—. Muchas gracias por su tiempo.

—¿Ya está? ¿Y la foto?

—Me temo que no hay foto, doctor, muy buenas tardes.

Antes de levantarse apuntó aún algo más en su dichosa libreta, algo que parecía un titular o un epitafio: «El último y desesperado intento del doctor Trífero».

IV

MAJAKOWSKI RING

A Saúl le gustaban las mujeres grandes con grandes piernas y muslos robustos o las mujeres pequeñas sujetas al suelo con patas de alambre, y es que a Saúl lo normal le hacía el daño que a otra gente le causa sólo lo extraordinario. No besaré jamas a una mujer sin un corte en una ceja, sin una marca en un costado, sin un sombrero estrambótico, sin una pena aparente, sin un rasgo de locura. Podría decirse que Trífero había sustituido en su vida el amor por el interés. La belleza para él era cuestión de fracturas. Como el agua de lluvia, resbalaba indolente por la fachada perfecta de los edificios en busca de las grietas. Como el agua de lluvia, despreciaba las superficies pulidas y sólo encontraba refugio en las heridas.

Vístase, le dijo la puta, ya hemos terminado.

Saúl se sorprendió entonces por la aspereza de la voz, que tan sólo hacía un instante le había resultado completamente distinta, se puso los pantalones y salió de la habitación.

Estaba lloviendo en Pankow y probablemente en todo Berlín, pero Pankow era uno de esos barrios del este que parecía tener vida propia, como si en su frenético crecimiento, la ciudad se hubiera olvidado de arrastrar un tentáculo.

Saúl permaneció un buen rato en la calle, quieto, esperando un taxi, luego empezó a andar despacio hacia Majakowski Ring. Cuando llegó a la vieja embajada belga estaba empapado. La casa se encontraba vacía. Marcos, el alegre filipino que cuidaba del jardín, sólo iba por allí los fines de semana, y la señora Kanterwas, que había servido a los antiguos embajadores antes del traslado —ahora la representación diplomática belga estaba emplazada en un moderno edifico del Mitte—, llevaba a cabo una concienzuda limpieza general cada diez o doce días.

La mansión es mía, se dijo antes de cruzar la puerta. Después dejó los zapatos mojados en la entrada.

La antigua embajada belga era una vieja casa de tres plantas, más un sótano y media docena de diminutas buhardillas. No era una casa elegante, sino una construcción de cemento sólida y aburrida y estaba lejos de contar con todas las comodidades, tal y como había prometido Hagenbatz. Para empezar no tenía televisor, ni siquiera una radio; los muebles, sillas de comedor desparejadas, sofás raídos y una treintena de mesitas de café, llevaban pegada una etiqueta con un número.

—Es por las subastas —le había explicado el jardinero filipino—. De vez en cuando subastan los muebles. Éstos son los que han ido quedando.

A Saúl le resultaba irritante sentarse en un sillón marcado con el número 17 que un montón de cazadores de gangas de domingo habían despreciado antes. La casa tenía, eso sí, un espléndido jardín y una piscina vacía que Marcos había jurado llenar en cuanto llegase el calor, aunque, tratándose de Berlín, Trífero no estaba seguro de

que pudiese aguantar allí el tiempo suficiente. Su trabajo con el manuscrito de Tauloski avanzaba a buen paso. Incluso creía haber encontrado ya un título. Es cierto que al llegar a Berlín se había lanzado a la calle a comer wiener Schnitzels, beber cerveza y alternar en el Paris Bar, pero a los pocos días, por alguna razón que no llegaba a entender, tal vez un tardío sentido de la responsabilidad, se había encerrado en la mansión y apenas salía de cuando en cuando, para ir de putas por ejemplo, volviendo enseguida a concentrar toda su atención en el manuscrito, al que en su humilde opinión estaba dotando no sólo de cierto ritmo, sino incluso de algunos momentos de auténtico brillo.

El texto, por lo que Trífero pudo entender, era una especie de *Mein Kampf* cuántico, un intento desesperado por cerrar las puertas a las interpretaciones más audaces, extraídas de la teoría de la relatividad, en especial todas aquellas que desafían a un creador todopoderoso.

Multiuniversos, alteraciones en la flecha del tiempo, el azar ganándole la batalla al destino, todos estos términos, frecuentes en los tratados de sus más destacados colegas, eran rebatidos de manera furibunda por Tauloski. Muchos de esos mismos colegas eran tachados de herejes, y al menos en una ocasión reconocía el profesor haber llegado a añorar la vieja pira.

El doctor Trífero había dado con su título, *Los asesinos de Dios*, cuando apenas llevaba una semana trabajando, pero había decidido no comunicarle nada al escurridizo Hagenbatz hasta bien pasado un mes, así podría disponer de la casa el tiempo que considerara necesario. *Los asesinos de Dios* le parecía un título muy apropiado para el libro, tenía un indudable gancho comercial y reflejaba el carácter revanchista de la cruzada emprendida por Tauloski.

También había puesto nombres a un par de paradojas, «La paradoja de la ballena sonriente» y, su favorita, «La paradoja del reloj de arena vacío». Además de bautizar como Faithes a unas partículas elementales que según el pequeño profesor eran responsables del origen de la fe.

Al doctor Trífero le importaba un rábano que el libro de Tauloski tuviera o no éxito, no sentía por el profesor ni por sus teorías la menor simpatía, pero le animaba, tal vez por primera vez en su vida, la necesidad de realizar un trabajo competente.

Por las noches, después de repasar los avances realizados durante la jornada, Trífero se bebía a solas una copa de vino y permanecía en silencio en la soledad de aquella mansión de doce dormitorios, dejando que la calma y una leve satisfacción por el deber cumplido se mezclaran con el vino y el cansancio para llevarle hasta el más agradable de los sueños.

SANGRE EN LA PISCINA

Otoño. Saúl Trífero puso agua a hervir, desplegó un filtro de café sobre la jarrita de cristal y oyó pasar un avión camino del aeropuerto de Tegel. Algún día saldré de aquí, pero no hay prisa. Eran las diez de la mañana y Marcos ya llevaba un par de horas enredado con el césped. A Saúl no le gustaba demasiado encontrarse con Marcos, por eso se sobresaltó de forma exagerada cuando dejó de escuchar el motor de la cortadora. Se olvidó del café y corrió hacia sus habitaciones, pero Marcos, que era un filipino muy veloz, le atrapó en el hall cuando apenas había puesto un pie en el primer peldaño de la escalera.

—Buenos días, señor —dijo Marcos sonriendo, porque Marcos siempre sonreía.

—Buenos días —dijo Saúl.

—El señor va a tomar un baño.

—Eso parece.

—¿Quiere el señor que le suba el café?

Saúl se estremeció al imaginarse a Marcos con la jarrita de café en la mano frente a su cuerpo desnudo bajo el agua verde de la bañera.

—No, es igual, no se moleste.

Saúl le había dicho una y mil veces al amable filipino que no tenía por qué ocuparse de él y que bastaba y sobraba con que se encargara del jardín. Pero Marcos parecía disfrutar acorralándole por toda la casa.

—Creo que el agua para el café ya está hirviendo, señor.

—Yo me ocuparé, y no me llame señor, que no me gusta. No soy aquí más que un invitado.

—Pero es usted un eminente científico, señor.

—La sencillez es la levadura del pan de la ciencia. —Saúl se arrepintió de decirlo antes incluso de terminar la frase, y es que la insistencia de Marcos le empujaba siempre al ridículo.

—Si usted lo dice, señor.

Saúl volvió a la cocina, tiró el agua hirviendo a la pila y se dispuso a subir de una vez por todas a su cuarto.

—Así que no hay café después de todo —dijo Marcos, que le había seguido hasta la cocina sin que Saúl se diera cuenta. Aquel hombre insoportable, aunque excelente jardinero, dominaba las artes del silencio, como los ninjas.

—No hay café. Y ahora, si no le importa, me voy a dar un baño.

—Como usted quiera, señor. Si le parece bien, yo seguiré con lo mío.

—Me parece magnífico. Déjeme usted ese césped bien cortado.

—Sí señor, descuide. Si la mismísima reina de Bélgica se pasara por aquí a merendar, no le quepa a usted duda de que podríamos estar bien orgullosos de nuestro césped.

Saúl consiguió llegar al baño y se metió por fin en la bañera. Nuestro césped. La idea de compartir un territorio con aquel hombre le pareció aterradora.

El agua estaba caliente, pero eso no evitó que el doctor Trífero pensara por un momento en qué clase de persona se había convertido. La pereza me ha empujado hasta aquí. Soy un esclavo del absurdo. En fin, no nos derrumbemos todavía.

Al poco volvió a oír el ruido de la cortadora de césped y hundió la cabeza en el agua verde, ya mucho más tranquilo.

Corté hasta la última rosa de mis rosales para arrojarla sobre su tumba. El profesor Tauloski, el único de entre todos sus amigos y enemigos que asistió al entierro, me ofreció generosas palabras de consuelo y me facilitó, ademas, su actual dirección. Le doy las gracias por ambas cosas y espero no importunarle con estas líneas.

Majakowski Ring sostenía a duras penas el perfil elegante de su importancia perdida. En tiempos de la República Democrática Alemana había reunido alrededor de sus jardines al grueso de las representaciones extranjeras, pero tras la caída del muro las viejas embajadas habían sido ocupadas por pequeñas empresas locales o convertidas en pensiones. Pankow no era ni mucho menos un barrio a la altura del nuevo Berlín unificado, y las incomodidades propias del Berlín oriental, unidas a lo que por allí se conocía como el olor de la fontanería comunista, mantenían alejados de la zona a los agentes inmobiliarios.

Majakowski Ring había adquirido en poco tiempo un aire decadente, muy al gusto de Saúl, que se había acostumbrado al sabor de las glorias pasadas y al paso cansado de los ejércitos vencidos desde los días confusos de su infancia.

Después de su paseo matinal por la arboleda que rodeaba las embajadas abandonadas, Saúl regresó a casa para encontrarse con Marcos en la puerta, sujetando dos cartas certificadas.

—Acaban de llegar —dijo—, he firmado en su nombre; espero que no le importe.

—En absoluto —dijo Trífero—, sin saber aún el contenido envenenado de ambas misivas.

Abrió primero la de Thelma Jerusalem, y dejó para después la de su pobre marido. Se dio cuenta demasiado tarde de que debía haber arrojado ambas cartas al fuego, y ahora no tenía más remedio que seguir leyendo.

Mi esposo decidió quitarse la vida la madrugada del martes pasado. Amaneció colgado de las vigas del techo de su pequeño despacho. En la mesa había dos cartas. Una estaba dirigida a mí y su contenido no le atañe. La otra, dirigida a usted, la incluyo en este envío. Sepa usted que el respeto debido a mi esposo me ha impedido leerla, aunque espero que de alguna manera sea capaz de

hacerle daño. No me juzgue con dureza si le digo que transformó usted al hombre que yo amaba en un hombre distinto. Siempre tuve al señor Jerusalem por un honesto profesor de matemáticas con delirios de grandeza. Usted avivó la llama que terminó por consumirle. Si lo hizo o no de buena fe es algo de lo que nunca podré estar segura. Prefiero dejar que su conciencia lidie con ello. Tampoco me siento capaz de acusarle a usted de su muerte, y no quiero que piense, ni por un instante, que no llevo yo también gran parte de ese peso. Puede que tratara de hacer de él un hombre pequeño, y que usted se empeñara en convertirle en un hombre grande, y que tirando cada uno de un lado se nos rompiera la cuerda. Tal vez si no me hubiera empeñado en que dejase de fumar aún estaría vivo. Sólo Dios lo sabe.

Lea usted su carta y saque sus propias conclusiones.

No puedo decir mucho más. Yo le quise y le tuve por el mejor de los hombres, pero al parecer, no fue bastante.

Sinceramente,

Thelma Jerusalem

Saúl Trífero dobló la carta y la introdujo de nuevo en el sobre como si con ello tratara de borrar cada una de las palabras que acababa de leer.

—¿Malas noticias? —preguntó el amable jardinero.

—Buenas no son, desde luego —contestó Trífero.

Después guardó también la otra carta, sin abrir, con el nombre del profesor Jerusalem en el remite. Los muertos no deberían escribir cartas, pensó Trífero, sobre todo teniendo en cuenta que no hay manera humana de responderlas.

Gloria había perdido una pierna en un accidente de tráfico. Su cuerpo se apoyaba a la izquierda en una prótesis negra de goma rígida. Tenía los brazos fuertes de un hombre fuerte y la espalda cargada de músculos redondos como pelotas de golf. Había sido campeona regional de culturismo y a punto estuvo de pisar el podio en un torneo nacional celebrado en Múnich. Me faltó esto, le dijo a Saúl juntando los dedos pulgar e índice. Saúl comprobó que la distancia que quedaba entre ambos era casi insignificante. Tengo otra pierna más natural, de color carne, le dijo, pero los clientes parecen preferir ésta.

Saúl no tuvo más remedio que estar de acuerdo. La pierna negra montada con correas de cuero sobre la piel blanca del muñón completaba un conjunto impresionante, y Gloria, consciente del efecto, se movía por la pequeña habitación con la arrogancia de un domador de leones.

¿Qué mal se consuela sólo con el mal?, pensó Trífero mientras la mujer terminaba de quitarse la ropa.

Gloria estaba desnuda y Saúl aún conservaba su traje gris de alpaca. Cuando la

vio a su lado, en el espejo del armario, decidió que valdría la pena guardar una fotografía. Sacó su pequeña cámara Instamatic y, con el permiso de Gloria, preparó con esmero el encuadre apoyando la máquina en una mesita de noche, luego activó el disparador automático. Se sentaron los dos en la cama. Contaron seis segundos. El flash iluminó por un instante la habitación. Saúl Trífero puso su mano derecha sobre el pecho de la puta y trató de lucir su mejor sonrisa.

Esa misma noche el doctor Trífero visitó a dos ancianas que ofrecían un dúplex lésbico a un precio tentador. La cosa no resultó. Ambas se negaron a aparecer en la fotografía y Saúl tuvo que conformarse con un solitario autorretrato, sentado en una cama cubierta por una colcha rosa de ganchillo, rodeado de almohadones en forma de corazón.

Antes de regresar a Majakowski Ring, se detuvo en el Club Marsella y, previo pago de cincuenta marcos, bailó una java con una adolescente tailandesa que presumía de no tener más de quince años. El doctor Trífero, impresionado por la belleza de la menor, apenas si se atrevió a ponerle la mano encima.

Cuando llegó por fin a la mansión, Marcos le esperaba despierto.

Saúl le dio las buenas noches y se fue derecho a la cama.

En el bolsillo de la chaqueta guardaba aún cerrada la carta del profesor Jerusalem.

¿Y por qué dejar que se arruinen los buenos presagios?, se decía Trífero mirando de frente al futuro, a los días por venir, sintiendo ya el calor de las hogueras del mañana. Y, sin embargo, el rumor de la desgracia se escuchaba ya claramente como se escucha la primavera misma en las últimas tardes de invierno. ¿No la escuchó Lotte, la primavera, antes de calzarse los patines junto al lago?

Si Trífero hubiera sido capaz de ver, más allá de su propia felicidad, la sombra oscura de los trenes en los que habría de viajar dando vueltas y vueltas alrededor de su propia desgracia, si hubiera prestado atención al sonido insignificante causado por las grietas que comenzaban a quebrar el hielo bajo la pesada figura de su esposa. Pero no fue capaz, como casi todos los hombres, y a pesar de que no se tenía por uno más, sino tal vez por uno menos, sustraído por sus propios méritos de la cifra común, como todos aquellos, en fin, de los que él creía no formar parte, se enfrentó a la muerte con las manos atadas y la boca abierta en una estúpida mueca de asombro.

Saúl Trífero, el que creía verlas venir, vencido por las pesadas bromas de la muerte. Partido en dos por la espada de la sorpresa.

Y eso no es todo, añadió Trífero, por si alguien estaba escuchándole. Aún habría de llegar el maldito Jerusalem. Si una gota puede colmar el vaso, y una sola moneda arrojada sin fe en una máquina tragaperras puede convocar las ruedas de la fortuna, de la misma manera la suerte del más insignificante de los hombres puede derrumbar el castillo de naipes de nuestra propia suerte.

El más insignificante de los hombres, razonaba Trífero, podría muy bien haber

sido el absurdo profesor Jerusalem. En cuanto a su suerte, tumbado sobre su propia sangre en el fondo de una piscina vacía, nadie sería capaz de persuadirle de que no estaba en el escalón más bajo de una larga mala racha.

Ánimo, Trífero, se dijo entonces, y enseguida él mismo se respondió: ¡Imbécil!

Empezó a llover, pero Saúl sabía que no iba a llover lo suficiente, pues hasta la desgracia se muestra rácana cuando se espera algo de ella. Si pedimos una tormenta, nos trae llovizna. Si esperamos un incendio, apenas nos regala humo. Si le pedimos un disparo que acabe de una vez con todo, con suerte nos atiza una pedrada.

¿Qué cosas son éstas?, se preguntó Trífero, que se dan la vuelta y se retuercen como luchadores en el barro?

Él mismo se respondió de nuevo: ¡La vida, Saúl! Y él mismo volvió a añadir: ¡Imbécil!

La carta del profesor Jerusalem, la que aparentemente terminó con el doctor Trífero en el fondo de la piscina de la vieja embajada de Majakowski Ring, ardía aún en la papelera de metal, en el porche, cerrada, pues a Saúl le había faltado el valor y, para qué negarlo, el interés, tan tediosos le parecían todos los asuntos relativos al profesor, tanto los de su vida como los de su muerte. Junto a la carta, ardía el libro del profesor Tauloski, con su flamante título, y todas las anotaciones con las que había adornado el insufrible manuscrito. Trífero había decidido abandonar la tarea como homenaje póstumo a Jerusalem. Es lo menos que puedo hacer. En ese último arrebato de fidelidad, al que otorgaba una importancia exagerada, había esperado Trífero recuperar la calma. Se equivocaba.

Eran las cinco de la mañana cuando Saúl saltó de la cama, después de tratar en vano, durante horas, de conciliar el sueño. Se puso una bata de franela, se calzó sus zapatillas y bajó a la cocina, con la sana intención de descorchar una botella de vino. Se sentó junto a la ventana y se bebió una copa de vino y luego otra y aún una más, hasta que perdió la cuenta y se encontró con la botella vacía. ¡Maldito Jerusalem!, susurró entre dientes, pues temía que el alegre Marcos se despertase y se uniera a la fiesta. Acabaré con usted ahora mismo, añadió Saúl, y corrió de nuevo a su cuarto en busca de la carta del profesor. Dejó la papelera con el manuscrito y la carta envueltos en llamas, en la terraza, y se sentó a esperar. No pasó nada. La paz que esperaba encontrar en el fuego, no llegó. Si no es el fuego, pensó entonces, ni desde luego el vino, tendrá que ser el agua y así fue como el asombroso doctor Trífero decidió acabar con su propia vida sumergiéndose en mitad de la noche en las oscuras aguas de la piscina. Evidentemente, olvidó que la piscina estaba vacía, apenas encharcado el fondo de cemento azul por el agua de lluvia. El golpe estuvo a punto de matarlo. De hecho, al abrir de nuevo los ojos, incapaz aún de moverse, llegó a dudar sobre su estado. Como el gato de Schrödinger, ese absurdo animal que puede o no ser la víctima mortal de un gas liberado por una partícula subatómica de movimiento

variable, Saúl Trífero permaneció durante las últimas horas de la noche y las primeras del día, suspendido en ese territorio de vida-muerte que precisa de un observador para ser verificado.

Por lo que a mí respecta, se dijo Saúl adelantándose al resultado del experimento, el doctor Trífero ha muerto.

UN ASUNTO SIN IMPORTANCIA

La señorita Mavel Dave, aspirante a reportera del New York Times, abrió un ejemplar de la revista *American Science* mientras esperaba su turno para entrevistar al profesor Tauloski, un matemático pequeñajo pero al parecer tremendamente relevante dentro de la compleja espiral de la moderna física cuántica. Mavel Dave no sabía demasiado acerca de la importancia de los trabajos del profesor, en realidad no sabía gran cosa de física, apenas entendía quién o por qué había desterrado a Newton, pero al cerrarse su camino hacia la sección de deportes —si de algo sabía aquella mujer era de béisbol—, había aceptado una vacante en el suplemento científico, por alguna parte hay que empezar a escalar el monte, se había dicho en su día, sin saber lo aburrido que resultaría perseguir a una pandilla de sabios hasta la oscura cueva de sus extrañas divagaciones acerca de la naturaleza del tiempo, la gravedad o el espacio. A menudo tenía la sensación, transcribiendo las notas de sus entrevistas, de encontrarse enredada en una cinta de Moebius, o en un pretzel, donde el final es el principio y el principio el final y uno, en realidad, atrapado en la lógica de la trenza, nunca comienza ni finaliza el viaje, ni ha ido a ninguna parte.

«La muerte de Trífero», leyó Mavel en las notas necrológicas de la revista sin prestar demasiada atención, y luego, enseguida, volvió atrás. ¿No había entrevistado a ese hombre hacía apenas dos meses? Se quedó un instante mirando la fotografía que acompañaba el texto y no fue capaz de relacionar esa cara con el recuerdo impreciso de un hombre sentado en el Oak Bar del Hotel Plaza una tarde de lluvia. A pesar de todo es él, se dijo, Saúl Trífero, un pobre charlatán, si no recuerdo mal. Ni siquiera se había tomado la molestia de mandar la nota al periódico, pues nada más finalizar su breve encuentro había juzgado al doctor Trífero, y a la totalidad de sus disparatadas teorías, un asunto sin importancia.

Sin embargo, la noticia de su muerte capturó de nuevo su atención, aunque sólo fuera porque la muerte de aquellos con quienes hemos mantenido siquiera la más mínima relación nos hace sentir siempre un poco más importantes o, al menos, un poco más vivos. Había algo más. Sin entender el porqué, Mavel estaba segura de haberse sentido extrañamente atraída por el asombroso doctor Trífero pese a estar absolutamente convencida, ahora y entonces, de que no era lo uno ni lo otro, es decir, ni asombroso ni doctor. El rostro aniñado de la fotografía, la imagen de un hombre que bien podría tener menos de treinta años y bien podría tener más de cuarenta, estaba lejos de causarle la menor impresión y, sin embargo, al recordar ahora su breve encuentro, no podía evitar sentir de nuevo la misma inexplicable excitación. Mavel se dio cuenta, al continuar leyendo, de que en su momento no se había preocupado por saber nada acerca de ese hombre. Viudo, padre de un hijo, perteneciente a una noble familia española, tres meses después de la muerte de su esposa se traslada a Nueva York, donde conoce al profesor Jerusalem, también fallecido recientemente, suicidio

en ambos casos, uno colgado de las vigas de su estudio, el otro ahogado en una piscina en Berlín. Caramba, se dijo Mavel, bien podría tratarse de alguna clase de conspiración. Su corazón de periodista, si es que existe tal cosa, se agitó por un momento, pero enseguida se detuvo. El mismo artículo abría y cerraba, en un par de líneas, la posibilidad de que alguna oscura maquinación se escondiera detrás de tan repentinas muertes.

Las tribulaciones del tándem Trífero-Jerusalem resultaron finalmente tan inofensivas que los únicos enemigos que podrían haber cosechado eran sin duda ellos mismos.

Pues qué bien, añadió Mavel, decepcionada.

Tres muertes en extrañas circunstancias, la esposa y los dos farsantes, y ni la sombra de una duda.

En ese momento apareció por fin el profesor Tauloski. Caramba, pensó Mavel, es aún más pequeño de lo que había imaginado y, sin embargo, no del todo desdeñable.

Y este extraño interés por los hombres de ciencia, ¿de dónde viene? Mavel Dave recordó entonces la bata blanca que solía utilizar su padre, un honrado farmacéutico de Oregón.

BLACK & DECKER

Marcos se había encariñado con aquella cortadora de césped. Una Black & Decker naranja del 1978. Una máquina antigua que él se había encargado de mantener siempre en perfecto estado.

Apenas hubo terminado la puesta a punto, la revisaba como se afina un coche de carreras, sacó el artefacto del garaje y alineó luego el rastrillo, las tijeras de perfilar y el rollo de bolsas de basura junto a la pradera que se extendía desde la verja de entrada hasta la valla de piedra, tras los cipreses. Se estaba poniendo los guantes cuando, al pasar junto a la piscina, descubrió el cuerpo del doctor Trífero en el fondo.

—Dios mío —exclamó antes de descender él mismo a la piscina y auxiliar al pobre doctor, que para entonces ya se había acostumbrado, casi con placer, a su condición de gato muerto—. ¿Se encuentra usted bien? —preguntó el amable jardinero.

—Desde luego.

—Se ha caído usted a la piscina, doctor, hay que llamar a una ambulancia.

—No me he caído, amigo mío, me he tirado. Y no hay que llamar a nadie. Ayúdeme a salir de aquí y prepáreme un café.

A pesar de sus protestas, Marcos, al comprobar que a simple vista el estado del doctor no revestía gravedad, terminó por seguir al pie de la letra sus instrucciones y se conformó con hacer café. Saúl subió a su habitación y se preparó un baño caliente. Al contrario de lo que había imaginado, la presencia de Marcos, en pie junto a su cuerpo desnudo, sirviéndole una taza de café humeante, le resultó reparadora.

Podría acostumbrarme a esto, pensó.

—Y ahora, amigo mío, si quiere usted seguir ayudándome, hágase con papel y bolígrafo, que voy a dictarle una breve nota.

Marcos, que había trabajado como auxiliar en una tabacalera filipina, resultó ser un secretario excelente y, a pesar de su sorpresa, transcribió al pie de la letra la pequeña biografía que Saúl le dictó (ligeramente aumentada la gloria, minimizada la miseria en lo posible), y añadió después las circunstancias de su muerte.

—¿Suicidio? —preguntó Marcos, más extrañado por las intenciones de Trífero que por el hecho de que aquel hombre estuviera tan vivo como él.

—Así es —respondió Trífero—. No hay de qué avergonzarse. ¿Acaso no debe uno llevar hasta el final las riendas de su propia existencia?

Marcos escribió, a mano, cinco copias de la necrológica y las mandó a otras tantas publicaciones, entre ellas, *American Science*, y así fue como la señorita Mavel, el profesor Tauloski, la señora Jerusalem y unos cuantos cientos de lectores más se enfrentaron a la noticia de su muerte.

Saúl Trífero dejó Majakowski Ring una buena mañana de diciembre, camino de la estación. A las nueve en punto salía un tren para Leipzig y, aunque no estaba seguro de qué demonios se le había perdido allí, por nada del mundo pensaba perderlo. Marcos le despidió con un fuerte abrazo, después arrancó su potente cortadora y, envuelto en un rugido, atacó la pradera.

V

BAVIERA

¿Y qué esperabas de mí, Lotte? ¿Qué compromiso ineludible reclamaban tus besos? ¿Qué respuesta esperas ahora que todas tus demandas yacen congeladas bajo la superficie del lago? ¿Cómo puedo poner ya nada en tus manos vacías? ¿Cómo medir el alcance de mi traición?

El tren seguía el curso del Rin. Desde el vagón restaurante, atontado por la cerveza y el cansancio, Saúl miraba pasar los castillos y se imaginaba dentro de cada una de las mazmorras, encerrado en cada una de las torres, encadenado a los muros y marcado por la punta de las lanzas.

¿Y quién o qué demonios te da derecho a revisar ahora el estado de mis cuentas, a exigirme el pago de las deudas? ¿No es acaso la muerte la mayor de las traiciones? ¿No incumple la muerte, definitivamente, las cláusulas del contrato?

Trífero lanzaba cada una de sus preguntas contra el fantasma de Lotte, pero el fantasma helado de la que fue su única esposa guardaba silencio, y en el silencio adivinaba él la peor de las condenas.

Llevaba ya diez días y diez largas noches recorriendo Alemania en aquellos trenes envejecidos. Algunos mantenían, incluso, asientos reservados para veteranos de guerra y eran esos asientos los que Saúl ocupaba siempre que tenía ocasión, y en ellos creía abrazar por fin la dulce calma del soldado derrotado.

¿Qué guerra es ésta, Lotte, en la que los supervivientes envidian a los muertos y los vencedores a los vencidos? ¿Con qué vendas se cubren estas heridas? ¿Qué armas diabólicas abrieron estas llagas?

Cuanto más avanzaba el tren más se acercaba Trífero a sus propias huellas en la nieve, dejadas un año atrás, junto al lago Librick, y más frescas parecían las pisadas de Lotte en su memoria, las extrañas marcas que dejaron sus cuchillas de acero camino del lago.

Me obligaste a hacer solo el camino de vuelta, Lotte.

El maître del vagón restaurante recogió los vasos vacíos.

—¿Desea algo más?

—¡Cerveza! —exclamó Saúl como si le fuera en ello la vida—. ¡Cerveza de Baviera!

En menos de un minuto ya estaba el maître de vuelta con la cerveza. El vagón restaurante era pequeño y, además de la mesa en la que bebía Trífero, sólo otras dos estaban ocupadas. Una de ellas, al otro extremo del vagón, por una pareja de estudiantes que había pasado la tarde con una limonada y un batido de chocolate. La otra, por un hombre dormido junto a un maletín negro de piel, del que asomaban un montón de papeles, negocios que podían esperar.

Y ahora, querida Lotte, hablemos con calma. ¿Qué bien puede hacernos este tono exageradamente dramático?

Saúl había decidido que, si tenía que continuar charlando con el fantasma mudo de su esposa, lo mejor sería abandonar el rumbo grandilocuente, sentencioso, apocalíptico, otra palabra insufrible, que sin quererlo había tomado su pensamiento. Se sacó a sí mismo de las mazmorras, se liberó de las cadenas y apartó su cuerpo de la punta de las lanzas. Dejemos en paz los castillos del Rin, se dijo. Querida Lotte, continuó, ya más tranquilo, las cervezas de Baviera son grandes como cubos de agua y, tal vez aturdido por culpa del movimiento constante del tren, he encajado el golpe del alcohol con menos serenidad y desde luego menos gracia de lo que en mí es habitual. En cuanto a mi comportamiento durante estos días posteriores a tu desgraciado accidente, que se alargan ya hasta haber tomado la consistencia de un año, doce meses y tres semanas, exactamente, debes saber que me parece tan extraño como a ti.

No todo ha carecido de sentido, sin embargo, y debes admitir, aunque bien puedes no estar de acuerdo, que me esforcé más de lo que aconsejaba el sentido común en el encargo de Tauloski, y que de hecho realicé un trabajo más que satisfactorio animando aquel aburridísimo manuscrito. Pero, ¿qué puede interesarte a ti de todo este asunto?

Nada en absoluto. Olvidémonos de Tauloski. En cuanto al profesor Jerusalem, ah, la cosa cambia, o como dicen en América, ése es un juego distinto. Ahí la bola, querida Lotte, cae sobre mi terreno. Y sin embargo, ¿no es justo reconocer que apenas si arrimé la silla del profesor a la mesa de su desgracia? El banquete ya estaba servido años atrás, preparado por él mismo y por su atenta esposa. No se acaba con una vida, en contra de la creencia popular, con un solo gesto. No arde la madera tierna por una chispa. No se oxida un columpio, y con esto acabo, por culpa de una sola gota de rocío.

Saúl se había jurado no volver a pensar en el desdichado Jerusalem, pero el fantasma de Lotte parecía haber convocado al fantasma del profesor, y allí estaba, más reciente y más fresco, las manos en los bolsillos, en la cara una sonrisa. Los fantasmas no son ni más valientes ni más temibles que los hombres que fueron, sino una mera prolongación de la misma suerte. Los grandes vuelven para atormentamos con sus grandezas, los pequeños vuelven para atormentamos con sus miserias. Trífero, francamente irritado, no tuvo más remedio que rogarle a Jerusalem que se fuera. El profesor no puso ninguna objeción, pero antes de abandonarle quiso puntualizar, sin embargo, que no estaba allí para atormentarle, sino por puro accidente, y que había subido al tren persiguiendo a la sección de viento de una orquesta escolar femenina, que en ese mismo instante debía de estar despojándose de sus lustrosos uniformes en alguno de los compartimientos del coche cama.

¿Supo Saúl que mentía? Seguramente, no mienten mejor las almas en pena que el común de los mortales.

En el bolsillo de la rebeca del profesor ardía, además, la carta que Trífero no quiso leer, devuelta al remitente, supuso, por el mismo demonio, y a pesar de que Jerusalem parecía no prestarle atención, Saúl sabia que el sobre blanco envuelto en llamas habría de avivar aún más el fuego de sus remordimientos.

El tren casi rozaba las ramas de los árboles y, tal vez alertado por el ruido, Saúl se incorporó y abandonó ese estado de semiinconsciencia que se extiende entre la vigilia y el sueño, por el que transitan con idéntica soltura los vivos y los muertos.

Aprovechando el paso por un túnel, la chica se abalanzó sobre el muchacho sin darse cuenta de que Saúl aún podía ver lo suficiente a la luz de la lámpara de mesa. Entre los encendidos abrazos, el batido fue a estrellarse contra el suelo.

De la misma manera que los fantasmas vienen unos con otros cogidos de la mano, las manos de algunas cosas, es bien sabido, nos traen otras de vuelta. Gestos insignificantes, palabras escuchadas en una conversación ajena, el olor y el sabor de algunos guisos, la luz de una tarde de invierno o el murmullo de la pesada maquinaria de un tren, nos llevan a visitar otras horas. Y así fue cómo Saúl, a pesar de estar despierto, se vio de nuevo en el camarote de un barco que cruza la estrecha franja de mar que separa Noruega de la península de Jutlandia, y creyó ver, tan clara como entonces, dibujada en el techo, la rosa de los vientos. Y con la misma claridad volvió la mañana del entierro de Lotte, el llanto de aquel centenar de primas, la mirada severa de Ingrid, los pasteles de canela y el snaps. Y enganchado como un vagón a otro vagón, de esa mañana a la tarde anterior, ya casi al anochecer, las barcas dragando el fondo del lago bajo la luz de las linternas, y enlazados con ésos llegaron días de su infancia que creía ya olvidados, sentado en la iglesia de la Florida, durante la misa. El asombro que le producía su incapacidad para reaccionar ante la muerte de su esposa de una manera natural, y ahí Saúl incluía tanto la pena como el alivio, le pareció en aquel momento estrechamente ligado a la indiferencia que había reconocido dentro de sí mismo ante el calvario de Cristo. Mientras el párroco desgranaba el sufrimiento del hijo de Dios, hombre como él al fin y al cabo, Saúl, siendo niño, se vio incapaz de sentir el dolor, la compasión, ni siquiera la angustia que acompañaban a Cristo desde el monte de los olivos hasta su muerte en la cruz. ¿Qué me importa a mí todo esto?, había pensado entonces Trífero, y eso mismo había vuelto a pensar en todos los momentos de su vida en los que la razón le había impulsado a buscar reacciones sinceras ante una realidad que se le aparecía siempre como una fotografía de otro tiempo, algo visto en un archivo o en una vieja revista, algo que no conseguía establecer un contacto directo con sus propias emociones. Qué tiene esto que ver conmigo, había vuelto a pensar el día de su boda, durante el nacimiento de su hijo o en el instante en el que el cuerpo de Lotte desapareció tragado por el agua helada del lago Librick.

Qué tiene esto que ver conmigo, pensó mirando la rosa de los vientos sobre su cabeza, en aquel camarote, y una vez más no encontró relación alguna entre el movimiento del mar, el vaivén del barco, y la forma en que su cuerpo se mecía

llamando al sueño.

Y sin embargo, pensó Saúl dentro de esa pesadilla que unía el pasado y el presente, que juntaba el uno con el otro, como las manos de un hombre al iniciar una plegaria, no es posible que la vida entera sea simplemente una simetría perfecta en la que un borrón de tinta marca con rigor inexorable, al doblar la hoja de papel, una forma idéntica, un eco perfecto al otro lado del doblez. ¿No había luchado hasta el límite de sus fuerzas para impedir que así fuera?

Saúl se despertó en ese tren camino de Colonia, junto a la ribera del Rin, y se encontró tratando de alcanzar algún acuerdo con el fantasma de su esposa y con su propio pasado. Tratando de espabilar su corazón dormido. Como un hombre que trata de resolver un enigma, empujado más por la curiosidad que por la necesidad de resolverlo. Un hombre que intuye que la solución del enigma es sólo valida en el terreno aislado del propio juego y que no alcanzará por lo tanto la categoría de solución fuera del mismo. De igual modo que las estrategias desplegadas sobre un tablero de ajedrez, no importa su complejidad, mueren al rebasar los límites del tablero.

En cuanto al pequeño Frederick Nicolaj, nuestro hijo, reza, si es que los muertos pueden rezar, para que la belleza de tu sangre le ayude a escapar del camino del diablo. Jamás podrás decir que me viste, ni en las imágenes robadas a tus mejores sueños, demostrar el menor entusiasmo ante la idea de perpetuar mi estirpe de bañistas. Jamás te dije: otro Trífero es precisamente lo que este mundo necesita. Que sea pues tu sangre la que caliente su cuerpo, y tu sangre la que corra por sus manos de pianista. ¿No era eso lo que tú querías? ¿Un pianista?

La chica de la última mesa se negó a pagar el batido.

No voy a pagar por un batido derramado, le dijo al camarero, antes de abandonar el vagón restaurante con la cabeza muy alta, como si hubiese visto algo pegado en el techo.

El chico pagó el batido con un montón de monedas y salió del vagón con la cabeza baja, como si se le hubiera caído algo al suelo.

Con todo el jaleo Saúl perdió el hilo, y el fantasma de Lotte, estuviera o no allí, desapareció. Y Saúl no pudo continuar porque no tenía sentido seguir hablando solo.

Aún miraba al chico dejar el restaurante cuando volvió a reparar en el otro ocupante del vagón, el hombre de negocios adormilado, ahora ya despierto, que recogía sus papeles antes de guardarlos en la maleta. En uno de los folios creyó ver entonces escrito su propio nombre, y supo en ese instante que aún quedaba un

fantasma al que enfrentarse.

No le sorprendió en absoluto que aquel hombre, que ahora le resultaba lejanamente familiar, se acercara hasta su mesa.

—¿Doctor Trífero?

—Se confunde, amigo mío, para usted sería doctor Weisman.

El temible noruego no pudo reprimir una sonrisa.

—Espero que perdone esa burda maniobra. Perdí el tren para Aschaffenburg, de manera que no tuve más remedio que llamar uno por uno a todos los hoteles de la ciudad para asegurarme de que pasaba usted allí la noche. La naturaleza de este asunto requería un encuentro personal y no podía permitirme el lujo de alertarle y perderle así de nuevo. Tomé el tren nocturno y pude encontrarle finalmente en el andén, esperando este enlace hacia Colonia.

—¿Y quién demonios es usted, si no le importa que se lo pregunte, y cuál es la naturaleza de este asunto? —preguntó Trífero mientras el hombre ocupaba el asiento vacío frente a él, al otro lado de la mesa.

—Oh, por supuesto, le ruego que me perdone. Me llamo Agedor Grenen y trabajo para Angsbard, Jorgen y Dretzel.

Agedor Grenen le extendió su tarjeta.

—¿Es usted un espía?

—Oh no, un abogado. Creí que habría oído hablar de nosotros en la vieja mansión, somos sin lugar a dudas una de las firmas más importantes de Noruega y, como ya se habrá imaginado, representamos los intereses de la familia Happensauer. El desgraciado accidente de su esposa en el lago Librick nos dejó a todos desolados, bien es cierto, pero también confundidos. No quisiera parecer desconsiderado para con su propio dolor, pero la situación legal a la que nos enfrentamos es, cómo decirlo, delicada.

—Así que le manda a usted la recia abuela Ingrid.

—Oh, no, no… Puede decirse que en estos momentos represento los intereses de su hijo, el pequeño Frederick Nicolaj.

—Eso me deja más tranquilo. ¿Y cómo está el pequeño Frederick?

—¡Oh, está hecho un gigante! Le alegrará saber que no he visto nunca un niño más grande ni más hermoso.

—Me alegra, desde luego.

—Bien, el caso es que no es la salud del pequeño lo que nos preocupa sino, cómo decirlo, el estado de sus finanzas. Verá usted, la abuela Ingrid no es ya una jovencita y, tras la muerte de su amada hija, puede decirse que los años se le van de dos en dos, y más deprisa aún se le van las fuerzas. Sepa usted que le deseamos una vida muy larga, pero siendo realistas podría decirse que la abuela está ya al final de la escalera.

—¿Al final de la escalera?

—Eso es, y antes de que se vaya definitivamente al cuarto de allá arriba debemos ocuparnos de que todo quede atado y bien atado aquí abajo.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Bueno, doctor… de mucho, muchísimo dinero en realidad. Pero eso no debería inquietarle. Si usted tuviera intención, y no insinúo que la tenga… pero si usted quisiera algún día acercarse a ese dinero… créame, no le resultaría fácil.

—¿Ah, no?

—No, no, en absoluto. Nos hemos ocupado de eso. Verá usted, no se puede negar que la muerte de su esposa estuvo rodeada de circunstancias muy poco corrientes, es más, yo diría que circunstancias extrañas sería la definición más acertada y, aún más, llevadas al terreno legal estas circunstancias extrañas podrían muy bien transformarse en sospechosas. Su precipitada salida de Noruega, apenas un día después del entierro, no ayudó en absoluto a aclarar las cosas. Le diré para su tranquilidad que la investigación policial no encontró otro culpable en la muerte de Lotte que el propio deshielo y la llegada repentina de la primavera. Por desgracia, nosotros tenemos la obligación de ser más meticulosos. La póliza de seguros…

—¿Qué póliza?

—Oh, doctor, no puede ser usted tan ingenuo. Su esposa había contratado un seguro de vida, una suma importante, en el que usted figuraba como primer beneficiario. Por supuesto en casos como éste las agencias de seguros están obligadas a emprender su propia investigación. ¿Conoce usted el significado de las siglas APF?

—No, no sé nada de seguros, nunca he pretendido beneficiarme de la muerte de mi esposa.

—Por supuesto, doctor, y eso le honra. El caso es que las siglas APF significan en nuestro argot, Atención Posible Fraude, y debo decirle que estaban escritas en cada una de las páginas del informe. Oh, todo esto debe de resultarle a usted muy desagradable, pero no nos considere mezquinos, le sorprendería saber de qué es capaz un hombre cuando las cifras alcanzan la longitud adecuada, doctor. Pero no, nadie ha ido tan lejos, nadie le ha acusado. Todavía. Ahora bien, si usted pretendiera cobrar esa póliza no tendríamos más remedio que protegernos.

—Supongamos, amigo Agedor, que soy un hombre capaz de estar a la altura de sus insinuaciones, supongamos que hundí a mi propia esposa en el fondo del lago, ¿cómo demonios podrían probar que lo hice?

—No tendríamos que hacerlo, nos bastaría con sustentar una duda razonable sobre lo que no hizo.

—¿Lo que no hice? ¿Y qué no hice?

—Salvarla.

—Dios mío, cómo hubiera podido salvarla. Tenía al niño en los brazos y el tamaño de Lotte era al menos dos veces el mío. Jamás hubiera podido sacarla del agua.

—No nos cabe la menor duda. Su esposa era desde luego una mujer, cómo decirlo, grande, pero ¿hubiera podido intentarlo? Vera usted, hay una fórmula penal, más que ambigua, denominada *negación de auxilio*, y constituye en sí un delito.

Dado el montante de los intereses económicos en juego, ¿quién nos dice que no dudó usted siquiera un segundo en lugar de correr sobre el hielo para intentar salvar la vida de Lotte? ¿Quién nos dice que hizo usted todo lo posible? Esa duda, doctor; más allá del peso que pueda tener en su propia conciencia, es el arma que necesitamos para salvaguardar los intereses del pequeño Frederick Nicolaj, y mi obligación es asegurarle que si tuviéramos que hacerlo, si tuviéramos que mandarle a usted al infierno para proteger su fortuna, lo haríamos. Puede que sea usted el más noble de los hombres, doctor, pero un segundo de más, la sombra de una duda frente al lago, sería más que suficiente.

Trífero desvió entonces la mirada hacia los bosques de Newied, bajo el verde de las copas de los árboles se extendía la negrura de las ramas enredadas, de igual modo que bajo la sonrisa del pequeño Frederick Nicolaj Trífero Happensauer, apenas un bebé, se extendía la ira de un ejército de ambiciosos abogados. Mandado al infierno por mi propio hijo, pensó Trífero, no era ése un destino que el menos noble de los hombres aceptase de buen grado.

—Y dígame, amigo mío, ¿cómo narices me ha encontrado? ¿Y por qué ahora, y no antes o después, se ha decidido usted a desplegar con tanta franqueza sus amenazas?

—Bueno, en realidad llevamos ya un tiempo tras su pista. Nos sorprendió encontrarle en Nueva York y nos sorprendió aún más la naturaleza de sus diferentes negocios. Incluso crucé con usted unas palabras en una velada muy agradable en el puerto deportivo de Battery Park.

—Lo recuerdo —dijo Trífero—, pero entonces era usted un predicador.

—En efecto, reconozco que a veces me dejo llevar y le añado a este sórdido trabajo una pizca de aventura. Quería estar seguro, al mismo tiempo, de que no me recordaba usted.

—¿Por qué habría de recordarle?

—Bueno, asistí al entierro de su esposa. Tal vez nos cruzamos una o dos veces en la vieja mansión.

—Había allí demasiada gente.

—Desde luego, pero comprenderá que tenía que estar seguro.

—¿Me ha seguido usted todo este tiempo?

—No realmente. Mi trabajo consistía en elaborar un informe sobre sus actividades en América y sobre todo cerciorarme de que no estaba usted en tratos con una de esas despiadadas firmas de abogados de Manhattan. Esa gente adora los litigios y, con un dinero como éste de por medio, podrían haberle convencido a usted de cualquier locura. Viendo que, al parecer, no tenía usted intención de emprender acciones legales, me limité a vigilar sus pasos desde una distancia ¿cómo decirlo?, prudencial. Oh, incluso estuve en Atlantic City, asistiendo a una de sus brillantes disertaciones. Después, le perdí la pista. Supe por su buena amiga Albita que había regresado usted a Europa, pero, oh, Europa es un pequeño continente muy grande.

Decidí regresar a Noruega y no habría salido de allí de no haber sido por la sorprendente noticia de su muerte. Su muerte, de ser cierta, hubiera zanjado definitivamente este asunto, y los intereses de Frederick Nicolaj hubieran dejado de estar amenazados.

—Siento haber decepcionado al pequeño Frederick.

—No se preocupe, este viaje me da la oportunidad de buscar otra solución más razonable; además, ni el pequeño ni nosotros le deseamos ningún mal.

—¿Y qué solución es ésa?

—Bueno, se trata en realidad de algo muy sencillo. Traigo conmigo un documento, cómo decirlo, de renuncia, por el cual usted quedaría liberado de cualquier conflicto en el futuro y su hijo tendría asegurado el acceso directo no sólo al montante de la póliza, sino al total de la parte que le corresponde de la fortuna de las Happensauer. Siendo el único descendiente varón y por deseo expreso de la abuela Ingrid, estaríamos hablando de una suma considerable.

—¿Puedo ver esos papeles?

—Por supuesto, doctor.

Agedor puso su maletín sobre la mesa y sacó un breve contrato.

Saúl tomó su propia pluma y firmó tres copias. No se tomó la molestia de leer el documento. Quería demostrarle al pequeño Frederick, a su estúpido abogado y, por qué no, a sí mismo, que jamás habría tenido intención alguna de sacar oro del fondo del lago.

—Acaba de hacer a su hijo un hombre muy rico, doctor. Y créame si le digo que es lo mejor para todos.

—Gracias, Agedor, y ahora, sino le importa, me gustaría seguir el viaje solo.

—Lo entiendo, doctor, y créame que siento haberle importunado.

—No lo ha hecho, amigo mío. Todo este maldito viaje ha estado muy lejos de resultar tranquilo. Dígame una cosa más, Agedor, ¿dormía usted de verdad hasta hace un momento o sólo fingía?

—Oh no, doctor, dormía de verdad. Viaja usted muchísimo.

—Gracias, Agedor, eso me había parecido.

—Antes de irme querría añadir, doctor Trífero, que le deseamos lo mejor en el futuro y que personalmente no le he considerado nunca culpable de delito alguno.

Dicho esto, el a veces temible, a veces afable noruego, dejó el vagón restaurante.

No sabe usted cuánto se equivoca, pensó Trífero al quedarse solo.

Como cualquier otro hombre, no soy culpable del crimen del que me acusan, sino del crimen que mi propio corazón estaba condenado a cometer. No puede culparse a un hombre de no intuir a tiempo la llegada del deshielo, ni puede culparse a quien no es un héroe de no serlo. ¿Se hubiera usted arrojado al lago, Agedor Grenen, para morir con ella?

Saúl había repasado la nefasta ecuación una y mil veces y el resultado siempre había sido el mismo. Ella está muerta. Nosotros no.

Y sin embargo, Agedor, no soy un hombre inocente, por más que no sepan ustedes adivinar la naturaleza de mi culpa. No es ante usted, ni ante Lotte, ni ante el pequeño Frederick que me veo obligado a bajar la cabeza, sino ante la mirada inclemente de mi propio corazón. Es su llamada la que no he conseguido escuchar, la que jamás he atendido. Si soy un monstruo, soy un monstruo dormido. Un monstruo que tal vez ya nunca despierte. Y he aquí el único consuelo, pensó Trífero. Quien cometió el crimen dormido y dormido recibió el castigo, tal vez pueda seguir durmiendo durante los años que dure la condena. Y al final, cuando llegue el día, al contrario que el resto de los hombres, no tendrá más que pasar plácidamente de este sueño al otro.

El tren siguió su curso, camino de Colonia, y después camino de cualquier otra parte, pues todos los paisajes, quemados por el sol o escondidos por la oscuridad de la noche, eran ya para Trífero nada y lo mismo.

Aún creyó ver a su mujer, quién sabe si por última vez, los largos cabellos rubios cubiertos de escarcha, las manos azules, las cuchillas ya oxidadas. Trató de recordar si escuchó las campanas el día de su boda, y si volvió a escucharlas, tras la muerte de Lotte, la misma mañana de su entierro. Trató de imaginar también, qué otras cosas no habría sido capaz de escuchar en todo este tiempo.

RAY LORIGA nació el 5 de marzo de 1967 en Madrid (España) y es escritor, guionista y director de cine.

Tras diversos trabajos y la publicación de relatos, debutó en 1992 con su novela *Lo peor de todo* con gran éxito de público y crítica. También es autor de *Héroes*, *Días extraños*, *Caídos del cielo* y *Tokio ya no nos quiere*, entre otras. Su obra ha sido traducida a más de diez idiomas.

Debutó como director de cine en 1997 con *La pistola del hermano* y colaboró en el guión de *Carne trémula*, de Almodóvar. Desde entonces ha ido alternando la escritura de novelas, relatos guiones y cuentos, además de algún otro trabajo como director de cine.